ÀGUEDA PARELLADA

MI LUGAR FAVORITO
ACADEMIA RIDER



MI LUGAR FAVORITO

ACADEMIA RIDER

ÀGUEDA PARELLADA

© Àgueda Parellada, 2025
Primera edición: noviembre, 2025
Instagram: @agueda.dressage
YouTube: Agueda Dressage

ISBN: 978-84-09-75481-6
eISBN: 978-84-09-83427-3
Impresión: Vanguard Graphic

Corrección y maqueta: María Bravo y Olga Pardo
www.maribravo.es
Ilustraciones: Beatriz García González @bea.gg

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de autor, bajo la sanción establecida por la legislación.

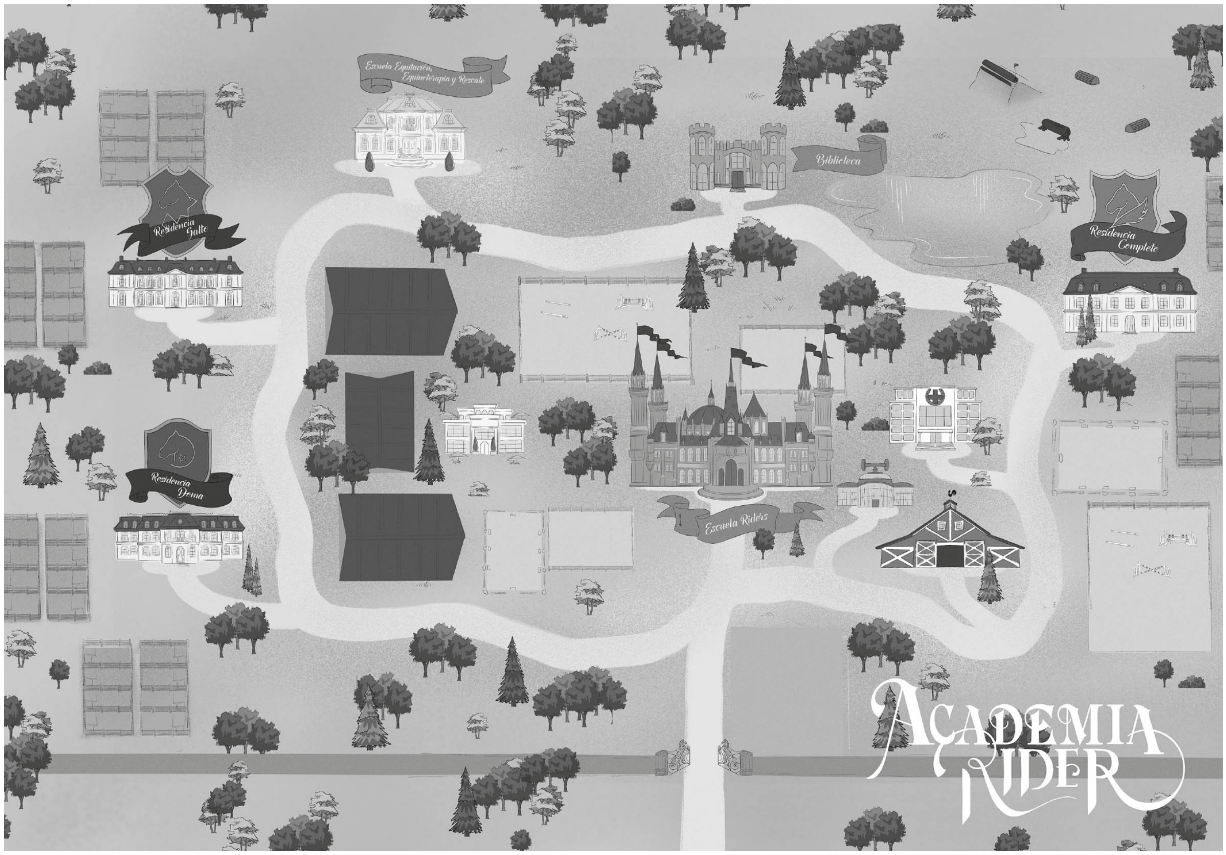
Para todos los que alguna vez soñamos con una academia como esta. Que, si no la halláis en la vida, al menos podáis encontrarla en un libro.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
JACK
PREGUNTAS
¡FICHAS *RIDERS!*
- LEGACY
- WINTERFELL
- ALEXANDER LOMBARDI
- HARPER HAUGEN
- HARMONY
- GRACE ELLINGTON
- REVOLUTION

GLOSARIO


Escuela Equitación Gimnasia y Rescate
Biblioteca
Residencia Suite
Residencia Completa
Residencia Doma
Escuela Rodeo
Academia Rider

Capítulo 1

Las Navidades habían llegado a Wickford Hollow, y en las calles se respiraba ese ambiente tan característico de estas fechas. Tenía diez días de vacaciones para pasar en casa y pensaba disfrutarlos al máximo.

De las casas salía un delicioso olor a chocolate caliente, madera quemada y castañas, en la plaza del pueblo cantaban villancicos a todas horas y las tiendas estaban abarrotadas de gente haciendo sus últimas compras para Navidad. Parte del día me lo pasaba pensando en si Liberty estaría bien, aunque los encargados que se habían quedado en la academia nos mandaban actualizaciones sobre cómo iban las cosas. Con Brooke y Emily no había parado de hablar; estábamos todas nerviosas por recibir las notas del trimestre pasado, y como era día veinticuatro, no podían tardar mucho más. La espera se me estaba haciendo eterna.

Estas vacaciones me iban a venir genial para recuperar fuerzas antes de afrontar el segundo trimestre en la academia.

Había llegado a casa la noche anterior, después de que mi hermano Tyler me recogiera y nos pusiéramos al día durante las siete horas de coche que teníamos por delante, hasta llegar a casa. Menos mal que mis padres aún no se habían mudado, porque, si no, habrían sido nueve horas. Aunque echaba de menos hablar tanto con mi hermano, siete horas poniéndonos al día ya eran suficientes. Llegamos agotados, pero mis padres estaban emocionados de vernos y nos tenían la mesa puesta y la cena preparada. Hacía tanto tiempo que no cenábamos en familia, que me moría de ganas.

En casa, poco había cambiado. Bella, nuestra perrita bóxer, seguía igual de juguetona, aunque seguramente mis padres le habían dado más comida de la cuenta durante este trimestre. Ahora que yo no estaba para controlar que no le cayera nada «accidentalmente» de la mesa durante las comidas y cenas, tenía algunos kilos de más.

El veinticuatro de diciembre no íbamos a hacer nada especial con mi familia. Era un día para terminar las compras navideñas y cenar junto con mis abuelos tranquilamente en casa. Era el día veinticinco cuando nos reuniríamos con mis tíos, primos y el resto de la familia en casa de mi abuela para celebrar la Navidad.

Aquella mañana me arreglé para la comida. Por suerte, Brooke me había prestado un vestido negro midi que era perfecto para la ocasión. Creo que mi familia nunca me había visto tan arreglada.

—¡Olivia, qué guapa! ¿De quién es este vestido? —preguntó mi madre.

—Me lo prestó Brooke antes de salir de la academia. Ella se había comprado otro para estas Navidades y no iba a ponérselo.

—¡Guau! Pues te queda espectacular —dijo mi padre, mirándome con asombro.

Nos dirigimos a casa de mi abuela, que quedaba a unos veinte minutos en coche. Mientras miraba por la ventana los campos nevados, no podía evitar pensar si Liberty estaría teniendo suficientes horas de *paddock* con tanta nieve o si lo calentarían bien antes de darle cuerda. El plan que había dejado preparado era sencillo. Mientras otros jinetes preferían que les montaran los caballos, yo llegué a la conclusión de que un pequeño descanso antes de volver a la rutina nos vendría bien. Así que Liberty pasaría en el *paddock* todo el tiempo posible y luego haría una combinación de días de cuerda y de paseos pie a tierra por el campo. De esta manera, se mantendría activo, pero sin sobrecarga.

Al llegar a casa de mi abuela, la fachada dejaba claro que era una fanática de la Navidad: muñecos de nieve en el jardín, luces sobre las ventanas, en los setos y en las farolas y hasta un Papá

Noel saliendo de la chimenea. Adoraba la Navidad, y creo que todos nos habíamos contagiado de su entusiasmo a lo largo de los años.

Nada más entrar, sabía que mi familia tendría mil preguntas sobre mi trimestre en la academia: la gran novedad.

—¡Olivia, qué grande y guapa estás! —exclamó mi tía Mary—. Tienes que contarnos todo sobre la academia, ¿cómo ha sido este primer trimestre?

—¡Bien! La verdad es que ha estado muy bien. Al principio me costó un poco coger el ritmo, es bastante intenso. No paramos en todo el día, porque, además de montar, también estudiamos y complementamos el entrenamiento con gimnasio —contesté mientras cogía un canapé de las bandejas que estaban en el centro de la mesa del comedor.

—Ya veo… ¿Y Liberty está mejorando? —preguntó mi primo Henry, dos años mayor que yo.

Era una de esas preguntas que solía hacer la gente que no estaba familiarizada con el mundo del caballo, para mostrar interés.

—Bueno…, estamos aprendiendo mucho. En doma hemos mejorado bastante y hemos descubierto que el salto nos encanta.

—Pero ¿no era un caballo para hacer únicamente doma clásica? —intervino mi abuela mientras sacaba los canelones del horno.

—¡Sí! Pero por casualidades de la vida probamos a saltar y se le da genial. Hasta hice el examen final con él. Un poco locura, ahora que lo pienso fríamente, pero bueno… ¡solo vivimos una vez! —dije con entusiasmo.

—Veo que te lo has pasado en grande y que la academia te está aportando muchas cosas —comentó mi abuelo.

Poco a poco, toda la familia se fue reuniendo a mi alrededor, escuchando con atención mis aventuras en la academia. La verdad, ahora que lo veía con perspectiva, el trimestre anterior había sido como un sueño. Me había costado adaptarme, pero tenía a Brooke y a Emily… y, bueno, a Jack. No sabía muy bien qué pensar de él, pero nuestra relación había mejorado a lo largo del trimestre.

Justo en ese momento, *PIII PIII*, sonó mi móvil mientras se iluminaba la pantalla para ver un mensaje en Instagram:

> **@Jack.Hawthrone:** Feliz Navidad, Rompenormas. Coge energía para este trimestre.

No pude evitar sonreír y pensar durante unos segundos en qué responder. Al final opté por:

> **@Olivia.Thorn:** Estoy cogiendo energía para seguir rompiendo normas. Igualmente, Jack, disfruta con tu familia.

Emily y Brooke también me habían escrito para felicitarme la Navidad y contarme los regalos que les había traído Papá Noel: varios sudaderos Stockholm, una brida nueva FairFax, ropa, una *tablet*… En mi casa, nuestros regalos seguían debajo del árbol, ya que era tradición abrirlos después de la comida con la familia, aunque yo no esperaba ningún gran regalo.

Mi lista de Papá Noel era relativamente corta y asequible, ya que tenía de todo y no me hacían falta grandes cosas. Aunque en mi mente solo pensaba en una montura nueva, ya que la que tenía no se ajustaba del todo bien al dorso de Liberty. Este trimestre tendríamos prácticas con una Saddle Fitter, un especialista en el ajuste de monturas para caballos, y estaba segura de que solo se confirmarían mis sospechas de que realmente la montura no encajaba bien. Aun así, decidí dejarlo fuera de la lista:

- Libro: *Ignite Me*
- Libro: *Assistant to Villains*
- Libro: *From Blood and Ash*
- Una mochila para ir a clase
- Agenda
- Botas de agua para la academia

Nos sentamos a comer alrededor de la una. Aunque pasaran los minutos, me seguía sintiendo como la novedad.

Mi móvil volvió a vibrar, esta vez con un mensaje de Joe. Joe era el *groom* que se había quedado a cargo de Liberty, y que cada día me hacía una actualización de cómo había pasado el día. Hoy me mandaba una foto de Lib saltando en la nieve y me deseaba unas felices fiestas.

Era un conflicto interno. Tenía ganas de disfrutar de mis vacaciones, pero sentía que dejar a Liberty tantos días sin mí iba en contra de mi filosofía. Por muy bien que lo cuidara Joe (que, según los mensajes que me mandaba, estaba encantado de que le hubiera tocado Liberty, ya que al menos tenía buen carácter y era mimoso, a diferencia de muchos otros caballos de la academia), él lo apodaba *Mr. Libertades*. Lo llamaba así porque, cuando salían a pasear por el campo, Liberty a veces se tomaba demasiadas libertades para ir hacia donde quería.

Los caballos no entienden de Navidades, y por mucho que todos queramos pasarlas con nuestros familiares, en las hípicas, las personas responsables tienen que seguir las rutinas de los caballos y cuidarlos.

Cuando terminamos la comida, los más pequeños, que tenían siete y ocho años, ya estaban ansiosos por abrir los detalles que había dejado Papá Noel en casa de mi abuela. Yo, como cada año, era la encargada de repartirlos a los diferentes miembros de la familia. Poco a poco, las caras de todos se llenaron de sonrisas y mis primos correteaban arriba y abajo, jugando con sus nuevos juguetes.

Yo, por suerte, tuve un libro por sorpresa: *Onyx Storm*, el tercero de la saga Empíreo. El primero y el segundo me los había leído durante el primer trimestre, y me habían ayudado a evadirme cuando tenía tantas dudas sobre lo que hacía en la academia, en la que esperaba seguir estudiando, aunque, sin las notas del trimestre, era toda una incógnita si podría continuar ahí.

Capítulo 2

Los días transcurrieron tranquilamente en casa. Leía mucho, salía en bici por las calles cubiertas de nieve y ayudaba a mi madre con las comidas y a preparar las cajas para la mudanza. Aún no tenían claro el día exacto en que se mudarían al sudoeste de Inglaterra, pero preferían ir adelantando trabajo y dejar todo listo para cuando llegara el momento.

Debían dejar la casa actual en febrero, pero yo no estaría para ayudarles. Ellos se ocuparían de trasladar mi ropa y otras cosas mías.

También tenía pendiente ir a Blackwood a ver a Emma, la propietaria de la hípica donde me inicié en el mundo del caballo y el lugar donde Liberty y yo crecimos y aprendimos juntos. Estos días, ella había viajado al norte del Reino Unido para visitar a su familia, pero en un par de días volvería a estar por aquí, y me moría de ganas de hacerle una visita y contarle todo.

Esa mañana me despertó el sonido del móvil. Era una videollamada de Emily y Brooke. Intenté arreglarme el pelo como pude antes de descolgar, solo para que me chillaran, nada más darle al botón verde, que habían salido las notas y tenía que ir corriendo a verlas. Ellas ya las habían abierto y no les había ido nada mal. En la academia, suspender era impensable y todos sabíamos que, justos o no tan justos, debíamos aprobar todos los exámenes. Se rumoraba que, hace un par de años, algunos alumnos habían suspendido y, mientras estaban de vacaciones, recibieron una carta en la que se les informaba de que no hacía falta que volvieran a clase. Tenían una semana para recoger sus cosas y regresar a casa. Este rumor

nos mantenía a todos dando el máximo de nosotros en época de exámenes.

A Brooke le había ido bastante bien. Su examen de Anatomía fue perfecto, aunque en el intercambio de disciplina de completo, según ella, había pinchado un poco, por lo que su nota era de un 6,5 de media. También los entrenadores y profesores les habían dejado comentarios sobre cómo mejorar en los próximos trimestres.

Emily, por otro lado, lo había aprobado todo también, aunque por los pelos, excepto el examen de doma, en el que todas sabíamos que lo había bordado y se merecía ese 9,8. Brooke estaba eufórica, por haber superado con éxito el primer trimestre, pero Emily seguía en su *mood* pasota, intentando restarle importancia a todo lo relacionado con la academia.

—¡Venga, Olivia! Tienes que ir a ver las tuyas y después llamarnos para comentarlas —dijo Brooke.

—Pff… ¿Y si me quitan la beca y ya no puedo seguir en la academia? —pregunté preocupada.

—Si te la quitan, será a final de año, no en mitad del trimestre. Sería muy feo por su parte hacerlo ahora —comentó Emily.

—No lo sé. Solo espero haber sacado buenas notas en todo. Pero claro, mi examen de doma… Y el de salto… —murmuré recordando todo lo que había pasado el trimestre anterior.

—No digas eso, lo bordaste. O al menos te quedaste con todos los profesores, porque, chica, ¡qué manera de hacer exámenes! —dijo Brooke.

—Vale, os aviso en cuanto las vea y os mando un wasap. Aunque, la verdad, ¡no quiero abrirlas! —dije con nervios.

—Vaaa, esperamos tu mensaje en menos de veinte minutos, ¿eh? Si no, empezaremos a preocuparnos —bromeó Emily.

Colgué y respiré hondo. Me daba miedo ir a por el ordenador y ver mis notas. Abrí el portátil, que estaba encima del escritorio, mis dedos temblaban ligeramente mientras escribía mi usuario y contraseña de la Academia Rider. Respiré hondo, conté hasta tres para armarme de valor y hacer clic en el apartado de notas.

Notas Olivia Thorn:

- Examen inicial de Manejo: 9
- Anatomía I: 9,5
- Cuidados del Caballo: 8
- Preparación Física, Jinete y Nutrición: 7
- Gestión de Hípica: 8
- Bienestar Animal: 9
- Disciplinas: 7
- Redes sociales y Actualidad: 8
- Clases prácticas: 9
- Examen de doma: 10
- Examen de salto: 10

—OMG, ¡dieces en doma y salto! Definitivamente, les encantó cómo afronté los exámenes —pensé, antes de empezar a leer el apartado de observaciones.

Observaciones:

«Olivia, has demostrado un rendimiento excepcional este trimestre, por lo que has destacado como una estudiante comprometida y apasionada. Sin tener el mejor caballo del mundo, tu esfuerzo se ha visto reflejado y lo has conseguido. Nos sorprendiste a todos en tus exámenes de doma y salto. Te puedo asegurar que lo que hizo Liberty por ti no lo haría ninguno de los caballos de la academia y, entre tú y yo, esta capacidad que tiene para hacer ambas disciplinas tenemos que explotarla al máximo.

Tu dedicación en Cuidados, Anatomía I y Bienestar Animal resalta tu interés por los aspectos fundamentales. Se nota que te fascinan, pues se reflejó en tus exámenes. Sigue trabajando con dedicación en el gimnasio.

Con este nivel de esfuerzo y pasión, no cabe duda de que seguirás alcanzando grandes logros. ¡Continúa así! Te esperamos el próximo trimestre, y deja de sufrir por la beca.

P. D.: Estuvo muy bien lo del *neck rope*, pero no te va a salvar en más exámenes. Toma nota.

Sabina»

Cogí el móvil y mandé un pantallazo de las notas y las observaciones a las chicas, acompañado de un mensaje:

@Olivia.Thorn: Parece que voy a seguir con vosotras un trimestre más.

Luego, abrí Instagram y le escribí a Jack:

@Olivia.Thorn: Sintiéndolo mucho, te informo que vas a tener que aguantarme un trimestre más. Parece que les gustó lo que hice con Liberty. Espero que tus notas hayan ido bien.

A los dos minutos, me llegó su respuesta:

@Jack.Hawthrone: Ahora tienes un trimestre más para seguir haciendo de las tuyas. La que no te vas a librar eres tú de mí. Todo en orden con las notas.

Suspiré con una sonrisa, levanté la vista del móvil y me dejé caer en la cama con un gran peso menos encima y pensando que tenía un poco de ganas de volver a ver a Jack. Después de procesarlo un rato, grité:

—¡Mamáááá! ¡Han llegado las notas!

—¿Y qué tal, Libby? —contestó desde la cocina.

—¡Súper! La verdad, no me esperaba tan buenas notas —le dije mientras me levantaba y me dirigía a la cocina para enseñárselas.

—Se nota que te esforzaste al máximo. Estoy muy orgullosa de ti. Pero no te agobies intentando mantener este ritmo, no te presiones. Sigue trabajando como una hormiga, y los resultados llegarán.

—¡Gracias, mamá! Síií —respondí, aunque mi mente ya estaba preocupada por el próximo trimestre.

Cuando volvió mi padre, también le enseñé las notas, no cabían en sí de felicidad. Definitivamente, el primer trimestre pasaba a un segundo plano, y yo ya tenía ganas de saber qué asignaturas nuevas tendría en el segundo. Porque, si algo había aprendido en estos meses, era que en la Academia Rider nunca sabías lo que te esperaba…, y el segundo trimestre seguro que no iba a ser la excepción.

Capítulo 3

Quedaban pocos días para volver a la academia y aún no había ido a Blackwood a ver a Emma, así que esa mañana me levanté, me puse los únicos *breeches* que había traído de la academia y me subí a mi bici para reencontrarme con mi lugar favorito. La verdad, no concebía ir a la hípica con otra cosa que no fueran *breeches*. Nunca se sabía cuándo te tocaría montar algún caballo.

El invierno parecía querer quedarse para siempre y las calles cada día estaban más nevadas. Esquivaba los montículos de nieve acumulada mientras pedaleaba con rapidez. Tenía unos quince minutos de camino si iba a buen ritmo, y con el frío que hacía, intentar ir lo más rápido posible para entrar en calor no me parecía un problema.

Llegué sobre las diez de la mañana. Se respiraba tranquilidad; los *paddocks* estaban completamente blancos y el sol que se reflejaba en ellos los hacían brillar. No había caballos fuera, básicamente porque la nieve les llegaría hasta las rodillas y tener todo el día las patas mojadas sería un criadero de arestines más que un beneficio para ellos; visto así, la hípica parecía completamente desierta.

Al entrar en la nave, sentí mariposas en el estómago, como si fuera la primera vez que viera las filas de cuadras en forma de U de Blackwood. En la esquina, donde quedaba la oficina, se veía la luz tenue de una estufa y la silueta de alguien dentro. Sonreí y eché a correr, empujando la puerta con energía.

—¡Hola! ¡He vuelto! —chillé emocionada.

Emma levantó la mirada del escritorio y me sonrió emocionada.

—¡Olivia! Por fin. Qué alegría verte. Entra rápido, hace un frío que pela.

Me quité el gorro y los guantes mientras entraba.

—¡Ay, Emma!, ¡cómo echaba de menos estas cuadras! Y este olor… Es como volver a estar en casa.

—Esta siempre será tu casa —respondió con los ojos iluminados —. ¡Cuéntame! ¿Cómo va todo por allí? Mrs. Sabina me ha mandado algún correo para informarme de tus avances, ya me contó la que liaste con el examen de doma y de salto. Eso solo se os podía ocurrir a ti y a Liberty. ¿Has hecho amigos?

—¡Sí! Emily y Brooke son las mejores amigas que podría tener. Y bueno, después está Jack…, que ha sido como una montaña rusa. Y Charlotte, que es…, bueno, en fin. —Recordé el momento en el que cargó a Phoenix en el camión con una sonrisa, porque al final le había salido el tiro por la culata—. Este trimestre seguro que conozco a más gente.

—¡Qué bien, Olivia! ¿Y estos días Liberty está bien?

—Sí, lo están cuidando superbién. Pasado mañana ya vuelvo a la academia para afrontar la nueva categoría que nos corresponde, y comenzaremos con nuevos ejercicios. ¡No puedo esperar!

—Es verdad, ahora os toca empezar con los cambios de pie. Liberty tiene un equilibrio increíble, seguro que no le costará mucho aprender.

—Eso espero. —Me reí—. ¿Y cómo va todo por aquí?

—Pues ya sabes, como siempre. Tenemos algunos clientes nuevos con sus caballos, la escuela sigue funcionando, pero tampoco está el tema para tirar cohetes. Vamos saliendo adelante, pero sin lujos.

Pasamos un buen rato poniéndonos al día. Luego, Emma me llevó a ver los nuevos caballos. Había un par de potros de seis meses recién destetados que pasarían un par de años en los campos antes de empezar su doma. También habían llegado dos ponis para la escuela, pero de momento Emma no tenía a nadie para domarlos.

Uno de ellos era un *welsh* A, los ponis A tienen que medir hasta un máximo de uno con diez a la cruz, y yo creo que ese poni estaba al límite. Le habían apodado Lollipop porque lamía a todos los niños que se le acercaban. Su nombre real, como en la mayoría de *welsh* de raza, era impronunciable.

El otro era un *dartmoor* castaño oscuro, precioso, tenía todas las características de la raza, mucha crin y cola, cuerpo robusto, perfectamente proporcionado. Estas características hacían de él un poni muy elegante, perfecto para ser un poni de *hunter* o para participar en *show pony's* con los más pequeños. Emma me dijo que era un poni C, aunque bastante pequeño para su categoría. Los ponis C podían medir desde uno con treinta hasta uno con cuarenta centímetros, pero yo creía que él no pasaría de uno con treinta y dos centímetros. Emma me contó que su nombre oficial era Stormhill Shadow, pero aquí lo llamaban *Shadow* porque siempre se pegaba a los demás ponis como una sombra.

El día pasó volando entre caballos, clases y risas. Cuando volví a la oficina para despedirme, Emma se levantó de su silla y me miró con una sonrisa traviesa.

—Antes de que te vayas, tengo algo para ti.

Fruncí el ceño, intrigada, y la vi sacar una caja del armario, envuelta con un papel rosa y un gran lazo.

—No hacía falta, Emma… —dije mientras abría la caja con curiosidad.

Dentro, envueltas en papel fino, había unas botas de cuero negro, preciosas, de charol brillante duras, con cuatro brillantes en la parte superior y un cierre lateral, eran de la marca Petrie y me parecían lo más bonito que había visto nunca.

—¡Feliz Navidad! Sé que llevas usando las mismas botas desde hace tiempo y que Liberty no es el único que merece equipación nueva —dijo con una sonrisa—. Son un regalo por todo lo que has ayudado aquí durante años.

Me quedé sin palabras, emocionada.

—Emma… Son increíbles, de verdad. Muchísimas gracias.

—Quiero verte competir con ellas —me dijo.

—Lo haré. Lo prometo —dije, mientras nos dábamos un abrazo fuerte para despedirnos.

Llegué a casa sobre las ocho de la noche. Después de contarles a mis padres todas las novedades de Blackwood y terminar de bajar las cajas de la mudanza al garaje, me dispuse a hacer la maleta, pero la procrastinación me ganó. Ya la terminaría al día siguiente cuando me levantase.

A la mañana siguiente, me desperté con un mensaje de Brooke y Emily.

> Ya casi hemos llegado a la academia. Vamos a revisar a los caballos y comprar algo de comida en el supermercado para todas. Luego pondremos sábanas limpias en las camas para que todo esté preparado cuando llegues.

Sonreí. Gracias. Después de siete horas de viaje, lo último que me apetecía era limpiar mi habitación tras dos semanas vacía.

A las cuatro de la tarde, y con solo unas pocas horas por delante antes de salir a primera hora de la mañana, la maleta seguía sin estar hecha. Entonces, mi teléfono vibró con una notificación de Instagram.

> **@Jack.Hawthrone** te ha enviado un mensaje.

No pude evitar sonreír. Ya estaba otra vez molestando. Aunque… me encantaba.

> **@Jack.Hawthrone:** ¿Te has rendido? ¿Ya no sabes qué norma más romper? Aún no te he visto por aquí.

Pensé en mi respuesta durante unos segundos y la conversación fue un constante bombardeo de mensajes.

> **@Olivia.Thorn:** No seas dramático Jack. Voy mañana. Seguro que estás mejor sin mí.

@Jack.Hawthrone: Mmm, ni confirmo ni desmiento. Pero dime ¿tienes pensado coger el protagonismo otra vez este trimestre? No se para de comentar tu «hazaña» en los finales.

@Olivia.Thorn: No es mi culpa que el protagonismo me persiga. Aunque entiendo que te cueste aceptarlo.

@Jack.Hawthrone: Oh, claro. Porque llamar la atención saltándote las normas es un talento digno de admirar.

@Olivia.Thorn: Te recuerdo que NOS saltamos las normas JUNTOS. Varias veces, además…

@Jack.Hawthrone: En fin, Rompenormas. Técnicamente, yo solo vi tus grandes ideas y te ayudé a llevarlas a cabo. Así que el título de Rompenormas te pertenece con honores.

@Olivia.Thorn: ¡Vamos, admítelo! Soy tu fuente de inspiración para querer romper las normas.

@Jack.Hawthrone: Si por «inspirar» te refieres a meterme en líos, entonces sí, eres toda una musa.

@Olivia.Thorn: Sé que estás deseando que llegue a la academia para que nos metamos en más líos. Eres más divertido conmigo, no me lo puedes negar.

@Jack.Hawthrone: Divertido no es la palabra que usaría… Más bien, estoy ocupado cubriéndote las espaldas.

@Olivia.Thorn: ¿Cubriéndome las espaldas? Qué considerado. Aunque juraría que eres tú quien se cuela en los *paddocks* para dejarme la montura y me espía a las seis de la mañana mientras entreno.

@Jack.Hawthrone: Alguien tiene que asegurarse de que no te pase nada. ¿Ves? Siempre pensando en ti.

@Olivia.Thorn: Pensando en mí… claro. Solo que, no te confundas, no necesito que me salves. Aunque admito que es adorable ver cómo lo intentas.

@Jack.Hawthrone: Adorable, ¿eh? Qué sería la academia sin ti, Olivia. Aburrida. Eso sería. Ahora prepárate, porque este trimestre prometo superarme. Rompenormas y rompecabezas. Eres todo un desafío, Olivia.

Suspiré con el móvil en la mano. Me encantaba picarle y que me escribiera, pero no tenía claro hacia dónde nos llevaba esto. Había notado un cierto cambio en Jack desde el examen de salto. Estaba viendo cómo, poco a poco, dejaba caer esa coraza de chico malote y chulo.

Pero por ahora, lo único que tenía claro era que tenía muchas ganas de ver a Liberty. Estos días sin él se me estaban empezando a hacer eternos.

Capítulo 4

Salimos al día siguiente a las seis de la mañana, en coche con mi hermano, para poder llegar al mediodía a la academia, tener tiempo para instalarme y estar con Liberty.

—¿Estás nerviosa por volver? —preguntó Tyler sin apartar la vista de la carretera.

—Un poco, estoy pensando en todo lo que tengo que hacer esta semana: empezar los entrenos, el *planning* de Liberty, las nuevas asignaturas…

—Típico de ti —dijo con una sonrisa—. No puedes estar cinco minutos sin planificar.

—Algún día deberías intentar tomarte la vida estudiantil en serio: organizarte, estudiar con tiempo…, aunque se te dé genial y con solo ir a clase apruebes todo. Solo para probar —le dije.

—Si somos el equilibrio perfecto, así nos compensamos, ¿no? —Tyler se encogió de hombros—. Pero fuera de coñas, me flipa lo centrada que estás. Yo a tu edad solo pensaba en fiestas y sobrevivir a los exámenes.

—Eso sigue sin cambiar, ¿no?

—*Touché* —rio.

Empezaba a acostumbrarme a estos viajes con él. Era un momento solo para nosotros dos: él me contaba todos los líos que había tenido en la universidad, sus ligues, asignaturas, fiestas y desmadres. La academia, en ese sentido, era mucho más tranquila, pero tengo que reconocer que, cuando me explicaba todas las cosas que pasaban allí, una parte de mí deseaba vivir esta experiencia universitaria. Mi hermano nunca había tenido una novia formal que

hubiera presentado a mis padres. Era un picaflor, como le llamaba mi madre, y de momento parecía que disfrutaba al máximo de esta época.

Durante las últimas horas de viaje, me describió, una a una, cada asignatura que tenía en Ingeniería de Diseño Industrial y lo que se estudiaba en ellas. No entendía casi nada, aunque él estaba emocionado contándomelo, así que lo dejé hablar. En el trimestre pasado, había diseñado una boya que emitía un sonido de baja frecuencia que solo las ballenas podían escuchar, ahuyentándolas para que no llegaran a la costa. Seguramente, con alguno de sus inventos, va a cambiar el mundo, pensé.

Al llegar a la academia, Tyler me dejó en la puerta para seguir su viaje. Me bajé del coche ante las dos grandes puertas de hierro forjado en forma de caballo, tras las cuales quedaba el largo camino de robles y al fondo la academia. Después de despedirme de mi hermano, piqué al timbre para afrontar unos meses más ahí dentro, tenía las mismas mariposas en el estómago que en el primer trimestre. Ya no había vuelta atrás. Una vez dentro, todo volvería a empezar.

Aún con las dos maletas, me dirigí directamente al *paddock* de Liberty. El suelo estaba embarrado por la nieve que se derretía lentamente, se habían formado pequeños charcos por todas partes. Me daba miedo andar muy rápido, hacer patinaje artístico y acabar rodando por el suelo. Lib estaba tranquilo y levantó la cabeza cuando me vio. Silbé, y él relinchó mientras se acercaba trotando. Sabía que me había reconocido y se había puesto contento de verme, aunque, después de dejar que lo acariciara, se volvió hacia el montón de heno que tenía en medio del *paddock*. Me supo a poco el recibimiento que me dio, pero tampoco le di mayor importancia.

Vi que todo parecía en orden: sus comidas del día siguiente estaban preparadas, el *paddock* se encontraba limpio y todo seguía igual que como lo había dejado hacía diez días. Era momento de volver a ver a las chicas y deshacer todas mis maletas.

En la residencia se respiraba emoción. Todos contaban cómo les habían ido las Navidades con sus familias, los regalos que les había traído Papá Noel y las cosas que habían aprovechado para hacer en estos días. Subí al piso de arriba, arrastrando las maletas por esa moqueta que había echado más bien poco de menos, hasta llegar a la habitación dieciséis, mi lugar seguro.

Al igual que cuando había llegado a la academia y había visto a Liberty, seguía teniendo mariposas en el estómago, porque entrar en esa habitación solo significaba una cosa: vuelta a la rutina.

Abrí la puerta un poco, y desde dentro escuché:

—¡Oliiii! ¡Por fin has llegado! Llevamos horas esperándote —dijo Brooke, levantándose de la cama y corriendo a abrazarme.

—¡Chicas! ¡Qué ganas tenía de veros! —contesté mientras le devolvía el abrazo.

—Ey, Olivia, ¿qué tal tus días de vacaciones? —preguntó Emily.

—Muy bien —respondí, dejando caer la mochila sobre mi cama—. Aunque, para ser sincera, ya necesitaba volver. Echaba un poco de menos todo esto… y a Liberty.

Emily y Brooke se rieron.

—Lo dices como si hubieras estado fuera años, y han sido solo días —dijo Emily.

—¡Tal cual! Claro, tú, como tienes los caballos en casa, no te da tiempo a echarlos de menos —repliqué.

—Uff, calla, calla. No he dejado de montar ni un día. Yo sí que necesito unas vacaciones de caballos y que nadie me hable de ellos —contestó Emily.

—Tiene que ser tan brutal tener los caballos en casa… Te despiertas y ya ves las pistas y las cuadras —dije mientras sacaba de la maleta las libretas nuevas que había comprado antes de volver. Una en particular, con una cubierta granate con puntitos que me hacía especial ilusión: mi nueva agenda para este año.

—No te creas —contestó Emily.

—¿Y tantas libretas nuevas? —preguntó Brooke, señalando la pila que había hecho en mi cama.

—Libretas nuevas para el trimestre —añadí.

—¿Y las del trimestre pasado? —preguntó Brooke.

—Todas llenas de esquemas. Había que renovar. Además, Mrs. Sabina insiste en que llevemos un registro detallado de todos los entrenos de los caballos, así que he cogido alguna más para la organización de Liberty. Estoy intentando ser responsable, chicas —dije con una sonrisa.

Ellas asintieron mientras yo seguía deshaciendo la maleta, ordenando mi ropa y reorganizando el armario como podía, para tenerlo todo bien colocado antes de empezar la vorágine de clases.

—Por cierto, chicas —dijo Emily de repente—. He visto un cartel cuando he entrado en la resi esta mañana. En él se avisaba de que por la tarde hay una reunión en la sala común para repasar las normas de la residencia.

Brooke soltó un suspiro.

—¿Otra vez? Si ya nos las sabemos de memoria.

—Sí, pero ya sabes cómo son. Les encanta recordárnoslas cada vez que pueden. Además, para qué engañarnos, hay más de uno que disfruta rompiéndolas.

Intenté seguir a lo mío y hacer como que no había escuchado esta última parte que había dicho Emily, pero tampoco pensé que fuera dirigido a mí.

Bajamos puntuales a la sala común. Casi todos los jinetes y amazonas ya habían llegado y se habían ido sentando en grupitos en los diferentes sillones, mesas y sillas. Cuando estuvimos todos reunidos, el ambiente era una mezcla de entusiasmo por el reencuentro, y nerviosismo por afrontar el nuevo trimestre. La jefa de la residencia, la señora Hathaway, que había venido nueva a ocupar el puesto del anterior jefe de residencia, empezó su discurso con el clásico: «Bienvenidos al segundo trimestre».

—Espero que hayan disfrutado de sus vacaciones de Navidad. Este trimestre va a ser intenso, pero estoy segura de que todos darán lo mejor de sí, como siempre. Antes de que se relajen demasiado y vayan a cenar, vamos a repasar las normas.

Un murmullo de fastidio recorrió la sala, pero Mrs. Hathaway lo ignoró.

—Primero, recuerden que no se permite la entrada de alumnos de otras residencias en esta residencia ni en las habitaciones. Si necesitan estudiar o reunirse con ellos, utilicen las zonas comunes, como la biblioteca o el restaurante.

Hizo una pausa, dejando que todos asintiéramos antes de continuar.

—Segundo, todos deben estar en la residencia antes de las diez de la noche, al igual que nadie puede salir antes de las siete de la mañana. Es por su seguridad.

Algunas chicas intercambiaron miradas de aburrimiento, pero nadie dijo nada. En el primer trimestre ya habíamos cogido el ritmo de irnos a dormir a las diez y, con lo agotados que terminábamos el día, esta norma no era un problema.

—Tercero, las zonas de *paddocks* son exclusivas para los jinetes de cada casa. No se les permite entrar en los *paddocks* de las otras casas.

Esta última norma…, bueno, me la había saltado unas cuantas veces, y no sé por qué tenía la sensación de que no iba a ser la última vez.

—Por último, recuerden que las habitaciones son privadas. Si quieren hablar o reunirse, utilicen las áreas comunes como esta sala.

Finalmente, Mrs. Hathaway nos informó de que al día siguiente habría una reunión en el auditorio para introducirnos al nuevo trimestre. Con eso, terminó la reunión y todos pudimos irnos.

Esa noche decidimos cenar con Harper y Grace, quienes ya estaban sentadas en la mesa cuando llegamos al comedor. Harper, con su característico cabello pelirrojo y su cara blanca llena de pecas, nos saludó con entusiasmo mientras movía el tenedor en el aire.

—¡Olivia, Brooke, Emily! ¿Qué tal? ¿Listas para empezar el trimestre? —dijo Harper.

—¡Siempre! ¿Y tú? ¿Cómo han ido tus vacaciones? —contesté.

—Muy bien —respondió con una sonrisa—. Pasé tiempo en Irlanda con mi familia y mis caballos. Al final, a Harmony la dejé aquí en la academia para las vacaciones, pero he seguido montando. Tengo un nuevo caballo para la temporada, así que tenía que aprovechar el tiempo para conocernos mejor.

Harmony era su poni, una *connemara*, una raza típica de Irlanda que siempre llamaba la atención porque tenía una preciosa capa pía negra.

—¿Y qué vas a hacer con Harmony? —pregunté, curiosa.

—Quiero participar en algunos concursos grandes con ella este trimestre. Después de eso, la venderé. Ya sabes que, este año al cumplir los diecisiete, ya no puedo competir más en concursos oficiales de ponis con ella, el año pasado fue mi último año con ponis. Ahora que ha ganado el campeonato de UK de ponis D y ha ido a los Europeos, es el mejor momento para venderla. Así podrá tener una niña que la cuide bien y aprenda al máximo con ella.

Grace, que estaba sentada al lado de Harper, escuchaba atenta mientras comía un poco de verduras a la plancha. Su pelo rubio, siempre con el volumen perfecto, y sus ojos azules la hacían parecer sacada de un anuncio.

—¿Y tú, Grace? —pregunté.

—Nada del otro mundo. Pasé las fiestas en Noruega con mi familia. Revolution también se quedó aquí en la academia por Navidad, así que no he visto caballos en días, los he echado de menos. Ahora toca volver a ponerlo en forma después de las vacaciones.

Revolution era su caballo, un purasangre inglés *isabello*, con las crines pelirrojas y sin más marcas en el cuerpo. Lo que más me llamaba la atención de él cada vez que lo veía eran sus ojos azules clarísimos, algo raro de ver en caballos.

—A mí me ha pasado lo mismo, Grace. Necesitaba caballos ya de ya —comenté—. Estar lejos de Liberty unos días era como si me faltara una parte de mí…, aunque, al final, en la academia acabamos con sobredosis de caballos las veinticuatro horas.

Entre risas y anécdotas de las vacaciones, mientras cenábamos, alguien mencionó a Jack.

—¿Sabíais que, después del Internacional de Salto de Londres, Jack pasó varios días aquí? —dijo Brooke, levantando las cejas—. Me lo ha comentado el chico que se quedó a cargo de Bumblebee. Era el único en toda la academia.

—¿En serio? —pregunté, sorprendida—. ¿Y por qué no fue con su familia?

—Eso mismo me pregunto yo. Es raro, ¿no? —preguntó Brooke.

Cuando finalmente volvimos a la habitación, estaba agotada. Me dejé caer en la cama y cerré los ojos, pero no podía dejar de darle vueltas a lo de Jack. Pasar las Navidades solo en la academia no era nada normal, especialmente en esas fechas en las que todos queremos estar en familia. ¿Qué le habría pasado?

Esa incógnita me impidió conciliar el sueño al principio, aunque al final pude dormirme pensando en que, tarde o temprano, lo descubriría.

Capítulo 5

No había tenido casi tiempo de terminar de ordenar todas mis cosas cuando la energía frenética de un lunes en la academia ya me envolvía. El movimiento en la residencia a primera hora de la mañana era un caos, solo se escuchaban jinetes correteando arriba y abajo por las escaleras y risas nerviosas; era un ir y venir constante.

Por mi parte, me había preparado un bol de leche con mi marca de cereales preferida (gracias a que Emily y Brooke se la habían aprendido y habían comprado paquetes para casi todo el trimestre), mientras esperaba a que las dos despertaran de lo que parecía un coma. No entendía cómo podían dormir tanto y tan profundamente a unas horas del inicio del nuevo trimestre.

A las ocho, después de dar el desayuno a los caballos, nos habían citado en el anfiteatro para repartirnos los nuevos horarios y explicar cuándo empezarían los intercambios de caballos. Porque sí…, un trimestre más tocaba intercambio con las otras casas.

Brooke, como siempre, estaba emocionada por empezar. Las vacaciones en casa le habían ido bien, pero se encontraba en un momento de su vida en el que se había acostumbrado a vivir en la residencia, lejos de sus padres y sus normas, donde podía organizarse como ella quería y hacer un poco lo que quería. Tantos días en casa con su hermano y sus padres había creado un poco de tensión familiar.

A Emily, la pobre, su familia le había pedido ayuda con los potros nuevos y había tenido que montar cinco o seis caballos al día, incluido el día de Navidad. Lo de su familia era obsesión, pensé. Normal que no estuviera motivada si lo único que veía eran caballos, caballos y más caballos, debía soñar hasta con ellos y me podía imaginar sus cenas en casa, hablando única y exclusivamente de caballos.

Nos sentamos las tres juntas mientras nos repartían el dosier con toda la información. Charles, el director de la academia, empezó su discurso:

—Bienvenidos al segundo trimestre, alumnos. Ahora que ya han visto cómo funciona la academia en el primer trimestre, este va a ser mucho más intenso —dijo mientras de fondo se escuchaban algunos murmullos—. En el dosier que les han repartido tienen el horario de este trimestre y no hace falta recordarles que la asistencia a clase es obligatoria.

Abrí el dosier junto con Brooke y Emily, y empezamos a comentar por encima lo que veíamos.

<table>
<tr><th></th><th>Lunes</th><th>Martes</th><th>Miércoles</th><th>Jueves</th><th>Viernes</th><th>Sábado</th><th>Domingo</th></tr>
<tr><td>7:00-8:30</td><td colspan="6">Desayunos caballos, limpieza cuadra + desayuno jinete</td><td rowspan="12">Día libre</td></tr>
<tr><td>8:30-9:00</td><td colspan="6">Prepararse para clase e ir a clase</td></tr>
<tr><td>9:00-9:45</td><td colspan="2">Anatomía II</td><td colspan="2">Cuidados del Caballo II</td><td>Anatomía II</td><td>Limpieza instalaciones</td></tr>
<tr><td>10:00-10:45</td><td colspan="3">Biomecánica ecuestre</td><td colspan="2">Historia de la Equitación</td><td rowspan="3">Trabajo escogido para nuestro caballo</td></tr>
<tr><td>11:00-11:45</td><td colspan="5">Disciplinas II</td></tr>
<tr><td>12:00-12:45</td><td colspan="2">Bienestar Animal II</td><td>Redes Sociales, Actualidad II</td><td>Bienestar Animal II</td><td>Redes Sociales, Actualidad II</td></tr>
<tr><td>13:00-15:00</td><td colspan="6">Comidas caballos + comer jinetes</td></tr>
<tr><td>15:00-17:00</td><td colspan="5">Clases prácticas (saddle fitter, bit fitter, hospital, horsemanship...)</td><td rowspan="4">Tarde libre</td></tr>
<tr><td>17:30-18:30</td><td colspan="5">Trabajo con tu caballo</td></tr>
<tr><td>19:00–19:30</td><td colspan="5">Cena caballos + repasar cuadras</td></tr>
<tr><td>19:30-21:00</td><td colspan="5">Estudio / actividades de mantenimiento/gym</td></tr>
</table>

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
21:00	Cena jinetes						
22:30	A dormir						

—Veo que tenemos la segunda parte de muchas asignaturas que ya teníamos el trimestre pasado, pero la de Historia de la Equitación seguro que me va a gustar —comentó Brooke.

—Yo creo que Biomecánica Ecuestre se va a convertir en mi favorita —dijo Emily, dejándonos a Brooke y a mí sorprendidas.

—¡¿Emily va a tener una asignatura favorita?! —exclamó Brooke con dramatismo—. ¿Te estará empezando a gustar esto?

—Perdonad, chicas… ¿qué es eso de Biomecánica Ecuestre? —pregunté, sintiéndome un poco perdida entre tanta información.

Emily sonrió con paciencia antes de explicarme:

—La Biomecánica Ecuestre se centra en el estudio del movimiento del caballo y del jinete, busca mejorar la conexión y la armonía para optimizar el rendimiento y prevenir lesiones. Seguramente analizaremos cosas como la distribución del peso, la alineación de las articulaciones del caballo y cómo nuestra manera de montar (cómo usamos las riendas, las piernas y nuestra postura en general) puede influir en su rendimiento. Así, a grandes rasgos, sería eso —concluyó, mirándome mientras yo cerraba la boca, impresionada.

El resto de asignaturas estaban bien. Seguíamos con las clases de *horsemanship* en las sesiones prácticas, pero este trimestre también incluían *bit fitting, saddle fitting* y más horas en el hospital.

En un momento, la sala se había convertido en una olla de grillos mientras todos comentaban las novedades. Mr. Charles pidió silencio para continuar.

—La semana que viene —prosiguió el director—, saldrán los nombres de las personas con las que realizaréis los intercambios de caballo. Recordad que os puede tocar repetir la disciplina del trimestre pasado. Adicionalmente, los alumnos de primero y segundo, en la asignatura de Disciplinas, asistirán a diferentes centros para conocer y probar disciplinas menos conocidas, como *raid*, carreras de caballos, volteo, TREC, entre otras. Espero que lo aprovechéis al máximo.

Un murmullo de emoción recorrió la sala, pero Mr. Charles continuó tranquilamente:

—Por último, recordad enviar hoy el *planning* con el trabajo que vais a hacer con vuestros caballos esta semana. Tened en cuenta que vienen de un parón navideño y necesitan volver al trabajo de forma progresiva.

En ese preciso instante, noté la vibración de mi móvil.

@Jack.Hawthrone: ¿Has organizado el *planning* de la semana? Apunta: campo el martes después de clase, Rompenormas.

@Olivia.Thorn: Sin exigencias, eh, ¿dónde quedamos? No te veo por aquí.

@Jack.Hawthrone: Yo a ti sí. Fila 15, 3.ª butaca. A las 17:30 en la salida del *cross*. Sé puntual, que después tengo una reunión como representante de los alumnos con el director Charles.

La reunión se alargó unos veinte minutos más mientras repasaban las normas y nos enseñaban cómo pedir, a través de la aplicación de la academia, la ropa extra que necesitábamos para el trimestre.

Cuando terminamos, nos dirigimos a los *paddocks* para ver a nuestros caballos y empezar a trabajar con ellos, ya que las clases y la rutina normal no empezaban hasta el día siguiente. Con el mensaje de Jack, el *planning* de Liberty había cambiado un poco, pero este trimestre, después de todo lo ocurrido en el anterior, había incluido nuevas formas de trabajo que a Liberty le iban a encantar:

- Lunes: cuerda
- Martes: campo con Jack
- Miércoles: clase
- Jueves: clase
- Viernes: cuerda
- Sábado: salto/*cavalettis*
- Domingo: descanso

Estaba emocionada por incluir un poco de salto los sábados en nuestra rutina y seguir aprendiendo juntos. Aunque aún no lo había comentado con ningún profesor y tampoco sabía si alguien me iba a ayudar o tendría que ser un poco autodidacta. Siempre podía pedirle ayuda a Jack, pero, de momento, esa opción era la última en mi lista.

Hacía tantos días que no estaba con Liberty que necesitaba unos momentos de tranquilidad con él. Brooke, Emily y yo habíamos decidido

darles un poco de cuerda esa tarde a nuestros caballos, así podríamos observar cómo estaban física y emocionalmente después de las vacaciones.

Fui directamente a buscar a Liberty y, cuando llegué a su lado, esperé unos segundos con la cabezada abierta, dejando que él decidiera cuándo ponérsela. Para mi sorpresa, no estaba muy receptivo; sin moverse del sitio, giraba el cuello en mi dirección, pero sin acercarse. Segundo día en la academia y Liberty ya está enfadado conmigo, pensé. Después de tantos días sin verlo ni darle su ración diaria de mimos, era normal que estuviera un poco distante.

Esperé con paciencia hasta que, finalmente, metió el morrito en la cabezada y me dejó cogerlo.

Lo llevé al preparador, el suelo estaba húmedo por la lluvia y la nieve se acumulaba en algunas esquinas, pero quitando eso y algunos cepillos sucios y viejos que se habían quedado fuera, seguía impecable. El guadarnés tenía una fina capa de polvo; no obstante, estaba tan ordenado como lo había dejado. Me hacía feliz saber que ese era el hogar de Liberty.

Lo cepillé a fondo mientras lo sobornaba con las últimas chuches de caballo que me quedaban en el guadarnés y unos cuantos azucarillos, esperando que su humor mejorara. Se le notaba enfadado a la legua. Menos mal que habíamos decidido dar cuerda hoy, así podíamos jugar un rato pie a tierra en lugar de meterlo de lleno en la rutina de trabajo. Aunque parecía que otros jinetes habían decidido lo contrario.

Subiendo por el camino de los *paddocks*, con un retrote casi de *passage*, vi a Charlotte con First Romance. Pasó por delante del *paddock* mirándome. Miss Perfecta, pensé. Llevaba un impecable conjunto de *Equestrian Stockholm* en granate, a juego con una camiseta de la academia que le resaltaba la figura, y una manta con el logo de la casa de doma, bordado en dorado sobre la grupa de su caballo. First Romance, el pobre, parecía estresado y tenso; resoplaba fuerte y, sin ni siquiera haber trabajado, ya tenía el cuello sudado. Pero ella solo lo aguantaba mientras lo guiaba hacia la pista. No habría estado de más pensar que un poco de cuerda, para que se estirase después del parón de Navidades, podría haber evitado todo ese estrés en él.

—¡Charlotte! —chillé desde el preparador mientras me acercaba al camino.

—Olivia…, no tengo tiempo para ti —dijo con desdén.

—Llevarte a Phoenix antes del examen no estuvo bien —le solté, sintiendo cómo la rabia volvía a quemarme por dentro al recordar el agobio

que pasé antes del examen.

—A mí nadie me dijo que tenías un examen —respondió—. Jack me dio permiso para llevármelo.

—Lo sabías perfectamente —repliqué enfadada—. Llevaba meses entrenando y preparándome.

—No tengo tiempo para discutir contigo, Olivia. Ya nos veremos —dijo, mientras First Romance piafaba en el sitio sin parar.

Me hervía la sangre. No solo por ver lo estresado que tenía a su caballo, sino por lo que había dicho de que Jack le había dado permiso para cargar a Phoenix y llevárselo. Pero esa era una conversación que pensaba aclarar en el paseo que teníamos pendiente mañana.

Trabajé a Liberty y jugamos a los siete juegos de Parelli. Cuando terminamos, lo solté en una pequeña pista redonda con arena de playa por si quería revolcarse o estirar las patas. Para mi sorpresa, no se separó de mí en ningún momento, pidiendo mimos y atención. Así que terminamos el día con una sesión de relajación para ambos: rascándole la crin y paseando y trotando en el redondo sueltos, uno al lado del otro. Ya me había perdonado del todo y volvía a ser él, o al menos ya no había ni rastro de enfado en su semblante.

Capítulo 6

Era la segunda semana de enero y, aunque mi cuerpo ya estaba acostumbrado al frío, seguía siendo todo un desafío salir de la residencia por las mañanas. En el mundo del caballo nada se detenía, ni por frío, lluvia ni nieve, así que me envolví en mi abrigo más gordito, me puse una bufanda alrededor del cuello, unos guantes y salí sin pensarlo mucho.

Era martes y el primer día de clases oficial. Lo tenía todo preparado: una libreta de cada color para cada asignatura, bolígrafos y lápices recién afilados, un estuche organizado con regla y goma de borrar, la mochila lista con mi botella de agua y un pequeño tentempié. Nos dirigimos al castillo principal con Brooke y Emily después de hacer nuestros *duties* matutinos con los caballos. En la puerta nos encontramos con Harper y Grace, ellas eran de la casa de completo, también de primer año, como nosotras.

Las cinco entramos puntuales a nuestra clase. Anatomía II no tenía misterio: seguíamos con el temario que habíamos dejado a medias el trimestre pasado. La clase de Biomecánica Ecuestre fue tal cual la había descrito Emily. A tercera hora teníamos Disciplinas, y aunque ya la habíamos cursado el trimestre anterior estudiando los reglamentos de las tres disciplinas olímpicas, este trimestre iba a ser diferente, tal y como nos había adelantado el director.

—Bienvenidos al segundo trimestre —empezó Mr. Arthur, el profesor—. El trimestre pasado repasamos los reglamentos de doma clásica, salto de obstáculos y completo, las tres disciplinas que os tocarán practicar con el intercambio de caballos aquí en la academia.

Este trimestre será diferente: vamos a descubrir y probar tres disciplinas nuevas.

En la clase se formó el mismo revuelo que se había formado en el anfiteatro.

—En primer lugar, dentro de dos semanas, iremos a la Academia Internacional de Horseball para probar el *horseball*, por lo que esta semana y la siguiente estudiaremos su reglamento —continuó.

—A inicios de marzo, probaremos la disciplina del enganche en Twin Oaks Driving Academy y, por último, a mediados de abril, iremos a Windspire Vaulting School para practicar volteo.

—Definitivamente, se acaba de convertir en mi asignatura favorita —dijo Brooke emocionada.

—Si me cuesta el salto, probar todo esto va a ser un reto —comenté con cierto agobio.

—¡Qué va, Olivia! Si tienes una base de doma, el resto de disciplinas son mucho más fáciles —respondió Brooke.

—¿Habéis probado otras disciplinas vosotras? —pregunté con curiosidad.

—Yo, de pequeña, había hecho de todo —dijo Grace—. Antes de dedicarme al completo, probé *pony games*, polo, un poco de *horseball* y volteo.

—¡Madre mía, Grace, has hecho de todo tú! —exclamó Emily, sorprendida.

—Mis padres pensaban que no podía decidirme por una disciplina sin haber probado un poco de todo —continuó Grace—, así que me animaron a experimentar.

Las primeras clases siempre se hacían pesadas, era introducción al temario, métodos de evaluación, etc.; sin embargo, yo me di cuenta de que las prácticas volvían a ser mi asignatura favorita. Este trimestre íbamos a entrar más en quirófano para conocer el hospital y, además, tendríamos días dedicados a realizar curas a los caballos ingresados, así como a organizar y dar los medicamentos, siempre bajo la supervisión de un veterinario.

Aunque mi única motivación del día de hoy, era la salida al campo con Jack de esa tarde, y los últimos minutos del día se me estaban haciendo eternos.

Cuando por fin fueron las cuatro y media, preparé a Liberty a toda prisa y me dirigí a la puerta del campo de *cross*, donde Jack me había dicho que nos encontraríamos. Llegué diez minutos antes y aproveché para enseñarle a Liberty los diferentes saltos del *cross* al paso, para que los asimilara con calma.

—¡Ey, Olivia! ¿Cómo ha ido el primer día de clase? —dijo Jack mientras se acercaba con Phoenix.

Iban muy elegantes. Jack llevaba la sudadera azul oscuro de la casa de salto, y Phoenix un sudadero Cavalleria Toscana del mismo tono, a juego. La montura y la brida eran de color marrón avellana, algo muy típico entre los saltarines, mientras que los domeros solíamos preferirlo todo en negro.

—Jack…, sobreviviendo, ja, ja. Las asignaturas no están mal, tengo ganas de probar las diferentes disciplinas.

—Va a ser divertido vernos a todos montando otros caballos que funcionan completamente diferente a los nuestros —contestó, emocionado.

—Jack, antes de irnos… Ayer me crucé con Charlotte y me dijo que le habías dado tu permiso para llevarse a Phoenix… —dije con el tono de voz más sereno que pude.

—¿Y de verdad la crees, Olivia? Habíamos quedado en cargarlos después del examen. Tengo los mensajes que nos cruzamos, si los quieres ver —contestó muy seguro de sí mismo.

—No te preocupes, te creo a ti, solo necesitaba preguntártelo —respondí, viendo en su cara total sinceridad.

—Vale, no te preocupes. ¿Y ahora? ¿Estás preparada para hacer una sesión de campo como los jinetes de salto?

—Mmm… ¿cómo son esas sesiones? Nosotros nos dedicamos a hacer espaldas adentro, cesiones y apoyos en los caminos, y galopamos en suspensión solo en la última recta.

—¿Y eso te parece divertido? Los domeros sois realmente aburridos —contestó Jack, riéndose—. Vamos a ver qué tan entrenados estáis tú y Liberty para seguir saltando, porque… entiendo que vas a seguir saltando, ¿no?

—Mmm… pues lo he puesto en el *planning*, pero no lo he comentado con ningún profesor.

—Tienes que hacerlo sí o sí, no admito discusión, Olivia —dijo, cerrando la conversación, mirando hacia adelante y añadiendo—: ¿Preparada? —A lo que simplemente asentí.

Habíamos estado andando unos minutos y Jack había cogido un par de caminos que se salían de la ruta que teníamos marcada los domeros para hacer en el campo, porque si, en esta academia estaba todo controlado: los kilómetros de campo que hacíamos, la velocidad que debíamos llevar en cada tramo y los ejercicios que se debían realizar en cada camino según el terreno. Vaya, otra norma más rota, pensé. Pero no quería que esto me quitara este momento.

Unos metros más adelante se abría un largo camino que subía de manera constante, pero con no mucha inclinación. El camino estaba rodeado de campos verdes en los que a estas horas no quedaba mucho más que una fina capa de nieve. A la derecha, había un lago azulado que reflejaba el cielo de tonos rosados, mientras que al fondo se podían ver unas montañas enormes, bien puntiagudas, que dominaban el paisaje. Todo estaba precioso, y los últimos rayos de sol rebotaban contra la nieve, haciéndola aún más blanca y brillante. Mientras observaba el paisaje, escuché:

—A ver si me sigues el ritmo, Rompenormas —dijo Jack mientras empezaba a galopar con Phoenix.

Empujé a Liberty con las piernas y empezamos a galopar, me coloqué justo detrás de Phoenix, un poco en suspensión. ¿En qué momento no me acorté un poco los estribos?, pensé. Phoenix llevaba un buen ritmo. Jack lo estaba controlando para que pudiéramos seguirlo, así que decidí apretar un poco y colocarnos a su lado para ver su cara.

—¿Esto es todo lo que sabéis hacer? —le pregunté mientras nos quedábamos a la misma altura. El camino era eterno, aún no podía ver el final.

—Ahora verás —contestó mientras soltaba un poco las riendas de Phoenix y le marcaba con la voz que corriera.

Phoenix empezó a galopar. Más que galopar, parecía que volara. Así que le di rienda suelta a Liberty para poder seguir su ritmo. Lo conseguimos, y la cara de Jack era de sorpresa y satisfacción.

—¡Yuhuuu! —solté, sintiendo el aire congelado en mi cara.

Nunca había galopado así con Liberty.

—Olivia, ya pareces toda una saltarina con estas velocidades.

Galopamos unos metros más hasta que, poco a poco, fuimos aflojando la velocidad y caímos al paso, respirando fuerte los cuatro, con la adrenalina corriendo por nuestro cuerpo. Me había sentido tan libre, tan bien, tan feliz… en estos minutos.

—¿Sabes qué solía preguntarle a mi madre cuando era muy pequeño?

—Sorpréndeme, Jack —pregunté con curiosidad.

—Que por qué montaba —contestó, y luego añadió—: ¿Y sabes qué me respondía siempre?

—Ni idea.

—Para sentirse viva —añadió, mirando hacia arriba—. Es en estos momentos cuando lo entiendo. No se trata de competir, de ser el mejor, de tener los mejores caballos, de triunfar, de estar en la mejor academia… Se trata de sentir lo que estás haciendo y ser feliz con ello. Y eso es lo que intento conseguir. Por la exigencia y la competitividad en la academia, a veces se me olvida ese objetivo, pero momentos como este me lo recuerdan.

Yo solo podía observarlo mientras daba su *speech*, Jack estaba tan guapo como siempre, quizá un poco menos prepotente que cuando lo había conocido. Como si me dejara ver más de él. Y eso me encantaba.

Volvimos tranquilamente y nos despedimos en la puerta de la pista de *cross* para ir cada uno a despreparar los caballos en su

correspondiente zona. Seguía con la adrenalina por dentro, hacía tiempo que no disfrutaba tanto, y quería que esta sensación se repitiera una y otra vez…, y si era con Jack, mejor que mejor.

—Me han dicho que os han visto con Jack corriendo por el campo. ¿Algo que contarnos, Olivia? —dijo Brooke mientras se sentaba al lado de mi cama.

No sabía quiénes nos habían visto, pero no tenía sentido mentir a mis amigas.

—Sí, hemos ido a correr por el campo. Tengo que decir que el recorrido del campo de los saltarines mola mucho más que el nuestro.

—¿Mola mucho más? A ti lo que te mola es otra cosa, no nos engañes, Olivia —dijo Brooke, riéndose.

Nos tiramos en la cama riendo, pero en mi cabeza no dejaba de ver esa imagen: Jack y yo juntos corriendo por el campo y él mirándome. Sabía que algo estaba empezando a surgir en mí y que no iba a quedarse en una simple carrera al aire libre…

Capítulo 7

Era finales de enero y las clases y el trimestre transcurrían con tranquilidad. No me podía creer que ya llevara casi un mes sin ningún tipo de problema y que me sintiera más adaptada a la academia que nunca. Cada vez me sentía más a gusto, con Harper y Grace nos veíamos más, y Brooke y Emily eran las mejores amigas que podía pedir.

Tal y como nos habían comentado al inicio del trimestre, hoy era el día en que probaríamos una nueva disciplina. Estábamos todos emocionados. Un par de autobuses nos esperaban en la entrada de la academia, para que tanto alumnos de primero como de segundo subiéramos y pusiéramos rumbo a la Academia Internacional de Horseball, un centro que estaba a no más de dos horas de allí.

—¡Atención, alumnos! —gritó Mr. Arthur para llamar nuestra atención.

El autobús iba lleno hasta arriba y todos estábamos comentando lo que iba a pasar. Era nuestra primera salida oficial de la academia y teníamos muchas ganas de romper un poco con la rutina del día a día.

—Muy bien —prosiguió—, hoy vamos a ir a unas cuadras profesionales de *horseball*, pero antes vamos a repasar qué es el *horseball* y cómo nos organizaremos una vez lleguemos allí.

—¡Qué emoción! —dijo Brooke, sentada a mi lado, mientras prestaba aún más atención a Mr. Arthur.

—Recordemos —continuó—, el *horseball* es una disciplina que podría ser una mezcla entre baloncesto y rugby, pero montados a caballo. Se juega entre dos equipos de cuatro jinetes o amazonas, y

el objetivo es encestar una pelota que tiene asas. Estas sirven para facilitar el agarre de la pelota cuando está en el suelo, en un aro a tres metros y medio de altura. Antes de tirar, se deben realizar al menos tres pases entre diferentes jugadores. La duración de un partido es de dos tiempos de diez minutos cada uno, con un descanso intermedio de tres minutos.

—¿Jugaremos todos? —preguntó Grace, levantando la mano, emocionada también.

—Sí, una vez allí, tendremos varios caballos preparados. Haremos equipos de cuatro, mezclando todas las casas, y cada equipo jugará durante cinco minutos para probar la disciplina.

—¿Aprenderemos a recoger la pelota del suelo? —preguntó Daniel, un jinete de la casa de salto que se sentaba en las últimas filas.

—Eso es. Recordad que, para recoger la pelota del suelo, debéis aprender a colocar el recogedor, una tira que va de un estribo a otro para evitar que volquemos al agacharnos a coger la pelota, ya sea al paso o al galope.

—¡Uaa! ¡Ojalá consigamos hacerlo! Tiene que ser una sensación brutal —comentó Brooke.

—Igualmente, en este centro veréis que también hay unos simuladores especiales que os ayudarán. Mientras unos estén probando, otros estarán en los simuladores, y algunos recibirán explicaciones de los jinetes del centro sobre las jugadas que se pueden realizar.

El resto del trayecto transcurrió tranquilamente. Brooke no paró de hablar en todo el viaje, pero no me molestaba escucharla ni ayudarla con los problemas que estaba teniendo con su novio, Will. En el primer trimestre apenas nos había hablado de él. Solo la habíamos visto hacer algunas videollamadas y, cada vez que le preguntábamos, todo parecía estar bien. Decía que estaban muy enamorados, y cuando cogía el móvil tenía algún mensaje de él diciéndole lo bonita que era o lo bien que le sentaba el conjunto que llevaba en la foto que le acababa de mandar. Pero esto de las

relaciones a distancia, sumado a una academia que no te dejaba tiempo para respirar, hacía que todo se complicara. Además, Will no era del mundo del caballo, lo que añadía aún una dificultad más, ya que para la mayoría de la gente es difícil entender que los caballos son nuestra prioridad por encima de todo.

Al cabo de un rato, el autobús se detuvo en un gran aparcamiento. Bajamos todos y nos quedamos esperando hasta que, a lo lejos, apareció un chico de no más de veinticinco años, vestido con ropa de montar, que saludó a nuestro profesor de manera efusiva.

—¡Alumnos! —exclamó Mr. Arthur—, prestad atención un momento. Os quiero presentar a Ethan, uno de los jugadores que se está formando aquí y quien nos acompañará en el día de hoy.

—Bienvenidos, alumnos de la Academia Rider —empezó Ethan—. Detrás de mí queda la Academia Internacional de Horseball. Al igual que en vuestra academia se forma al más alto nivel a jinetes de doma, salto y completo, este es un centro de alto rendimiento, diseñado para preparar a los futuros campeones en *horseball*. La academia cuenta con instalaciones de última generación que la convierten en un referente mundial. Vais a poder ver sus amplias pistas cubiertas, equipadas con suelo amortiguado, gradas para los espectadores y tecnología de análisis en tiempo real, lo que permitirá a los jugadores estudiar cada pase, tiro y movimiento de sus caballos —finalizó.

—Guau, no sabía que existían otras academias. Pensaba que solo estaba la nuestra —les comenté a Brooke y a Emily.

—Si me seguís —prosiguió Ethan—, entraremos en el edificio principal y os contaré un poco más sobre lo que hacemos aquí.

Seguimos a Ethan por un camino de piedrecitas blancas, delimitado perfectamente por una hierba verde cortada de manera milimétrica. Por suerte, hacía unos días que no nevaba y la temperatura empezaba a ser más agradable. Entramos en un gran edificio y lo primero que vimos fue una enorme cristalera que daba a una pista cubierta. En el techo colgaban las banderas de todas las

nacionalidades europeas, y la pista tenía una de las mejores iluminaciones que había visto hasta el momento (como si hubiera visto muchas pistas cubiertas, también pensé).

En la entrada había varios carteles con direcciones que indicaban: pista rosa, pista azul, pista roja y pista naranja. Entendí que la originalidad no había sido su fuerte y que simplemente habían nombrado las pistas por colores. También había carteles con indicaciones hacia la residencia, las salas de formación y los simuladores. Nos detuvimos en la entrada y Ethan continuó:

—La academia no solo entrena a sus propios estudiantes, sino que organiza regularmente *stages* internacionales con países europeos, como España o Francia, que son grandes potencias del *horseball*. Estos encuentros fomentan la competencia y el intercambio de estrategias entre jugadores de élite, lo que permite consolidar la reputación de la academia como cuna de los mejores talentos del mundo —dijo Ethan con orgullo.

Se acercó a los carteles con indicaciones mientras añadía:

—Además, uno de sus elementos más innovadores son los simuladores de caballos. Tenemos la suerte de contar con dispositivos mecánicos que simulan el galope y trote para que los estudiantes practiquen recoger la pelota del suelo o perfeccionar la técnica de encestar desde diferentes ángulos y velocidades. Estos simuladores permiten corregir errores sin la presión de estar en un partido real y sin que el caballo se canse.

—¡Esto lo quiero probar yo! —dijo Emily, que había estado todo el camino muy callada, observando.

—Entiendo que ya os han explicado un poco cómo va a funcionar el día y lo que vamos a hacer —añadió Ethan—, así que formad equipos de cuatro personas y decidid contra qué equipo queréis jugar.

Se generó un revuelo entre todos los alumnos mientras decidían a sus compañeros de equipo. Obviamente, Brooke, Emily y yo íbamos a estar juntas. Cuando estábamos pensando en quién podríamos añadir, vi a Jack a lo lejos, acercándose con una sonrisa.

Justo cuando estaba a menos de dos metros y parecía a punto de hablar, Charlotte apareció de la nada, lo cogió del brazo y sentenció:

—Jack, tú te vienes a nuestro equipo, ¡y no admito discusión! —dijo, señalando a otros dos compañeros del equipo de salto mientras lo arrastraba con ella.

—Mmmm… —fue el único sonido que salió de la boca de Jack mientras me miraba, antes de que Charlotte lo soltara del brazo unos metros más lejos de nosotras.

—Charlotte siempre llamando la atención. Pues nada, tendremos que buscar a otra persona.

Entre la multitud, vi a Grace y Harper. Parecían haber formado equipo, pero miraban a su alrededor como si quisieran encontrar a alguien. Cuando nos vieron, se dirigieron directamente hacia nosotras.

—¡Chicas! Nosotras ya estamos completas, pero a Alexander le falta un equipo. ¿Os importa que se junte con vosotras? —preguntó Grace.

—¡Claro que no! Encantada, Alexander. ¿Eres de la casa de completo? —dijo Brooke.

—¡Sí! *Grazie* por aceptarme, mis niñas. ¡Vamos a darle caña al *horseball*! —soltó Alexander, emocionado.

No lo había visto mucho por la academia, pero ahora que nos había saludado, desprendía una vibra brutal. Gesticulaba de manera amplia y exagerada. Había algo en la forma en que se movía que le daba un toque de descaro encantador. Llevaba con mucho estilo la equipación de la academia, aunque le añadía su toque personal con un casco lleno de brillibrilli y unas botas de charol verde militar, a juego con la casa de completo.

—¿Queréis jugar contra nosotros? —le pregunté a Harper.

Antes de que pudiera responder, una voz detrás de mí interrumpió:

—Lo siento, Harper, este equipo ya tiene contra quién jugar.

La reconocí al instante. Jack.

—Jack…, dudo que tu perrito faldero te deje jugar contra nosotras. Por lo visto, te quiere bien lejos —contesté mientras me giraba hacia él.

—¡Bua!, ¿Charlotte? Ya le he dicho que yo decido contra quién jugar. Además, creo que será más divertido estar en equipos opuestos en vez de en el mismo, ¿no, Rompenormas? —añadió con una mirada pícara antes de volver con su equipo.

—¿Rompenormas? ¿Eing? ¿A qué ha venido eso? ¿Por qué te llama así? —preguntó Brooke, alucinada.

—Una historia demasiado larga para contar ahora mismo, pero básicamente me gané ese mote el primer día que pisé la academia —expliqué con una media sonrisa.

—No sé vosotras, chicas, pero he visto algo entre estos dos, y eso que no os conozco de nada…, en eso tengo muy buen ojo —intervino Alexander, que había presenciado la escena.

—Vamos a jugar, anda —zanjé la conversación.

Capítulo 8

Sonreí, emocionada. No tenía ni idea de cómo se me daría el *horseball*, pero la idea de probar algo nuevo me encantaba. Además, montar un caballo diferente siempre era una experiencia interesante. Aunque con Phoenix costó un tiempo adaptarnos, siempre había pensado que montar diferentes caballos te da herramientas como amazona que no consigues montando siempre al mismo y en la misma disciplina. Así que tenía la mente bien abierta para ver qué compañero equino sería con el que me tocaría jugar.

Para el partido y entrenamiento, me asignaron a Serendipity, un angloárabe castaño de tamaño pequeño. Llevaba el mismo conjunto que todos los caballos de la academia: sudadero negro con el logo y vendas en las cuatro extremidades, aseguradas con una tira de cinta aislante en el velcro para sujetarlas bien. Cuando me monté y empezamos a andar al paso, noté que se movía rápido y ágil, mucho más que cualquier caballo de doma. Giraba con una facilidad impresionante en muy poco tiempo y espacio, y estaba lleno de energía. En algún momento del calentamiento, esa vitalidad, incluso con demasiada fuerza e impaciencia para una domera como yo, que siempre queremos tener todo bajo control, hizo que tuviera que adaptar mi forma de montar rápidamente.

—¡Bien, Rompenormas, vamos a ver si eres buena en esto también! —bromeó Jack desde su montura, guiñándome un ojo mientras observaba cómo tiraba la pelota a canasta.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar sonreír. Nos colocamos todos en fila, mirando al entrenador, que nos explicó las reglas básicas: había que marcar en la canasta contraria, antes de

tirar debíamos hacer tres pases a tres jugadores diferentes y, lo más importante, era obligatorio recoger la pelota del suelo sin desmontar. Iba a ser una pelea para ver quién estaba más ágil.

—Para eso, vamos a practicar recogerla antes de empezar el partido. Olivia, inténtalo tú primero.

Asentí y, cuando el entrenador lanzó la pelota al suelo, apreté con las piernas a Serendipity y nos acercamos al trote. Me incliné con suavidad, asegurándome de que mi pie exterior quedara bien dentro del estribo, y me solté directamente con los dos brazos, buscando la pelota con la mirada. Serendipity iba recto y sin dudar. Alargué un poco más el brazo y, en un solo movimiento, recogí la pelota sin perder el equilibrio.

—¡Eso es! Podrías haberlo probado primero al paso, pero estupendo. ¡Ya lo tienes! —exclamó el entrenador, sorprendido—. ¿Seguro que no has hecho esto antes?

—Ni una vez —respondí, riendo.

—Tú lo has hecho muy fácil, Libby, podrías haberme dicho que en realidad era difícil —bromeó Emily, mientras lo intentaba una y otra vez sin éxito, hasta que finalmente lo consiguió desde la parada.

Cuando llegó el turno del otro equipo, Jack intentó recoger la pelota con su característico aire de «a mí se me da bien todo», pero tardó un par de intentos en hacerlo con la misma fluidez con la que lo había hecho yo. Me resultó sorprendente.

—Vaya, Rompenormas, parece que eres mejor que yo en esto —dijo, acercándose a mi lado—. Pero no te emociones demasiado, aún falta que juguemos el partido.

El partido empezó con energía. Todos estábamos concentrados en el juego, pasando la pelota, riendo y disfrutando. Hacía tiempo que no nos reíamos tanto mientras montábamos. Era algo muy diferente a la seriedad de la doma, donde las clases transcurrían en absoluto silencio y lo único que se escuchaban eran los cascos de los caballos sobre la pista y las indicaciones que recibías a través del auricular *Ceecoach* de tu entrenador.

Cuando llevábamos unos diez minutos, en una jugada rápida, Charlotte robó la pelota con un movimiento brusco y, al hacerlo, se quejó:

—¡Auch! —protestó, sacudiendo los dedos.

Jack la miró con el ceño fruncido, desviando por un segundo su atención del juego.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No. No ha soltado la pelota cuando he ido a robársela. ¿Me lo puedes mirar bien? No quiero tener nada roto —respondió ella, acercando su mano a Jack.

—Se trata de no soltar la pelota, Charlotte, para que no la puedas robar. De eso va el juego. Todo parece estar en orden con tu mano —añadió Jack después de palparla.

Jack asintió para que el partido pudiera continuar.

Cada vez que el árbitro lanzaba la pelota y debíamos ir a por ella, Serendipity reaccionaba de manera explosiva. Con cada intento, tenía más confianza en recoger la pelota del suelo, y ya lo estaba probando al galope. Realmente, las patas del caballo quedaban muy cerca en cada zancada cuando me tumbaba, pero después de dos recogidas ya parecía como si lo hubiera hecho toda mi vida. Estaba emocionada.

—¡Vamos, Olivia! —gritó Emily.

Giré en un movimiento rápido y le pasé la pelota a Brooke, que se la pasó a Emily mientras Alexander bloqueaba a Jack. El partido se convirtió en un pique intenso entre nosotros, con jugadas frenéticas y giros cerrados.

Jack intentaba robarme la pelota en cada oportunidad que tenía, parecía mi defensa personal, pero me las arreglaba para esquivarlo. En una de las jugadas, en la que tenía toda la pista para galopar y lanzar a canasta, en vez de intentar robarme la pelota, aprovechó para decirme:

—Si sigues así, voy a pensar que has entrenado en secreto para impresionarme.

—¿Y por qué querría impresionarte a ti? —contesté con una sonrisa desafiante, mirándolo por un segundo, antes de volver a centrarme en la canasta y lanzar. La pelota entró sin tocar el aro. Mi cuarto gol.

El entrenador nos observaba con los brazos cruzados, claramente impresionado. En un momento de descanso, se acercó y acarició a Serendipity.

—Olivia, lo tuyo con este deporte es innato. Te falta un poco de fuerza para poder tirar desde más lejos, pero deberías considerar practicarlo en serio.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida.

—Más que en serio. Nunca había visto a alguien aprender tan rápido —contestó el entrenador.

—Tiene práctica en esto de aprender disciplinas en días. Le pasó lo mismo con el salto, tiene facilidad para todo —soltó Jack.

Noté cómo me subían los colores un poco.

Después de la pequeña pausa, solo nos quedaban unos minutos de partido. Aunque nuestro equipo iba ganando por tres goles, yo aún quería más. La adrenalina corría por mi cuerpo. Logré interceptar un pase de Charlotte, hice los tres pases obligatorios hasta que me devolvieron la pelota y corrí a toda velocidad hacia la canasta.

Jack intentó bloquearme, pero Serendipity giró hacia el lado contrario con una velocidad increíble, dejándolo atrás. Lancé la pelota y… ¡canasta!

—¡Sí! —gritó Emily, levantando los brazos.

El entrenador tocó el silbato, señalando el final del partido. Emily, Brooke y Alexander se reunieron a mi alrededor, felicitándome entre risas y abrazos por haber ganado.

Jack se acercó con una expresión entre frustrada y divertida.

—De acuerdo, Olivia, admito la derrota, pero solo porque he estado distraído.

—¿Ah, sí? —dije, arqueando una ceja.

—Sí. Es difícil concentrarse estando tú en la pista —soltó con un tono descarado.

Lo miré, sin saber si pegarle o reírme, pero al final opté por poner los ojos en blanco por segunda vez en el día y sonreír.

—Jack —le respondí mientras se giraba para irse—, con un poco de práctica seguro que me atrapas —dije antes de alejarme con mi equipo.

Capítulo 9

Después de volver a la academia tras haber probado el *horseball*, parecía que la semana no dejaba de traer emociones fuertes. Al día siguiente, en el tablón de anuncios del castillo central, estaban colgados los intercambios de caballos que haríamos durante el segundo trimestre.

Brooke, Emily y yo fuimos directamente a buscar nuestros nombres en la lista. Para mi sorpresa, encontré el mío rápidamente:

Olivia Thorn: intercambio con
Alexander Lombardi.
Disciplina: doma-completo.

—¡Bien! —dijo Brooke—. Vuelvo a hacer completo otra vez.

—A mí me ha tocado salto, a ver qué tal —dijo Emily.

—¡Yo tengo completo, chicas! Y con Alexander —dije emocionada. Al menos, pensé, no tendré que lidiar con alguien tan duro como Jack.

Antes de irnos, busqué rápidamente a Jack para ver qué le había tocado este trimestre:

Jack Hawthorne: intercambio con
Grace Ellington.
Disciplina: salto-completo

Interesante, pensé. Vamos a hacer el mismo examen; esto se ponía cada vez mejor.

Por la tarde, me reuní con Alexander en la cafetería para comentar cómo eran nuestros caballos y trazar un plan de entrenamientos.

—¡Querida! —dijo Alexander desde lejos, levantando la mano para saludarme.

—Ey, Alexander —dije, sin tanta efusividad como él—. ¿Nos sentamos por aquí?

—¡Sí! ¡Ay, *che bello* que nos haya tocado juntos! Va a ser emocionante, ya verás. ¿Cómo llevas lo del completo? Los domeros soléis ser muy estirados y os cuesta un poco lo de correr por el campo.

—Bueno…, nunca he hecho *cross*. La parte de doma creo que la llevaré bien, el salto me apaño, pero el *cross*…, pues tendremos que descubrirlo —dije con una sonrisa.

—Uff, vale, chica. Tenemos *lavoro da fare*, porque mi yegua no es la más fácil del mundo.

—¡Cuéntame! ¿Cómo se llama?

—Se llama Winterfell. Es una yegua *trakehner* de capa ratonera; es decir, tiene el cuerpo grisáceo con crines negras. Es divina. Tiene trece años y estamos compitiendo en internacionales de una estrella, somos de lo más normal de esta academia, pero no me importa. Es muy valiente, pero tiene mucho genio. Si no entras bien en las distancias, arrasa con todo. Nunca rehúsa, pero alguna vez nos hemos comido algún que otro salto. Tiene muchísima energía y, cuando ve el campo de *cross*, se emociona un poco —concluyó. Viendo mi cara de preocupación, añadió enseguida—: Pero *non ti preoccupare*, empezaremos *piano piano* e iremos viendo.

—Vale… El examen de completo que tengo que hacer a final de trimestre tampoco es tan complicado, ¿no? Es como los del trimestre pasado.

—Sí, solo tenéis que hacer una *reprise*, y algunos saltos en pista y en el campo de *cross* a ochenta centímetros, una altura superasequible, ya verás —dijo animándome—. Y… cuéntame algo

sobre Liberty, *sono emozionato* de poder montar un caballo domero y mejorar mi posición.

—Liberty aún es un potro, no te esperes un gran caballazo. Está aprendiendo, pero es muy bueno.

—Sí, escuché algo de que el trimestre pasado sorprendisteis a todos.

—Algo así. Tuvimos que improvisar un poco en los últimos exámenes —dije, recordando la locura que fue—. En los próximos días vamos a empezar a trabajar los cambios de pie. En marzo, Liberty, cumple seis años y en la *reprise* de este año ya nos sale esto, así que vas a participar en el proceso. Ojalá le sea fácil aprenderlos, porque, si no, ya vamos a ser el hazmerreír de este sitio.

—¡Claro que sí, Libby! —dijo Alexander—. ¿Te puedo llamar Libby?

—Sí, así es como me llama mi madre y mis amigas, sin problema.

—¿Qué te parece si el domingo quedamos, pruebas algunos saltos con Winterfell y yo monto un poco a Liberty?

Como su familia está en Italia, a Alexander no le era posible ir a casa cada fin de semana, por lo que pasaba la mayoría de ellos en la academia, y los domingos podía hacer planes como yo.

—Genial, me parece súper. Yo también suelo quedarme los fines de semana por aquí, así que, por mí, perfecto —terminé diciendo.

Los domingos siempre eran los días más tranquilos en la academia. Un silencio apacible lo envolvía todo. La mayoría de los alumnos se habían ido a casa, y siempre había pensado que hasta los caballos sabían que era un día para bajar el ritmo y relajarse. Aunque mi domingo no prometía ser del todo tranquilo.

El día anterior, Alexander y yo habíamos organizado el plan: tendría a Liberty listo en la pista de doma a las nueve de la mañana para que él pudiera probarlo. Luego, mientras yo lo desensillaba, Alexander iría a buscar a Winterfell y nos encontraríamos en la pista de salto para hacer una introducción al completo con ella.

A las nueve en punto, tenía a Liberty completamente listo. Lo había vestido con los colores de la casa: llevaba el sudadero granate y protectores a juego. En las clases de Biomecánica, habíamos estudiado los efectos de las vendas en los tendones de los caballos en comparación con los protectores, y llegamos a la conclusión de que las vendas provocaban un sobrecalentamiento en los tendones, así que intentaba usarlas lo menos posible.

Alexander llegó con puntualidad, vistiendo con su característico estilo: pantalones grises, casco KEP completamente blanco y una sudadera caqui de la casa de completo, que le resaltaban la figura. La verdad, entre Liberty de granate y Alexander de caqui, no estaba muy convencida de que visualmente combinaran muy bien.

—¡Qué guapo está Liberty! —dijo, acercándose para acariciarlo.

—Liberty, te presento a Alexander. Este trimestre va a ser nuestro *rider* de intercambio —le dije a Liberty, sonriendo.

—Tú y yo nos vamos a llevar *molto bene* —añadió Alexander, siguiéndome el juego.

—¿Estás preparado?

—Por favor, nací preparado —dijo con dramatismo exagerado mientras se reía—. Al final, los intercambios con caballos de doma son los más fáciles que podemos hacer. Son los caballos más domados y predecibles.

Y no le faltaba razón, pensé. La *reprise* que Alexander tenía que hacer no era particularmente complicada: algunos apoyos, piruetas al paso, pasos atrás, diagonales y círculos en los tres aires, además de algunos cambios de pie simples. Era sencillo en teoría, aunque algunos caballos, al estar extremadamente domados, solían tensarse en la parte del paso, esperando empezar a piafar o salir al galope. Sus jinetes de intercambio no lograban relajarlos y, como todos los ejercicios al paso contaban doble, su puntuación bajaba mucho. Pero ese no era un problema que fuera a tener con Liberty, ya que vivía más bien relajado que estresado siempre.

Para aprobar el examen, Alexander necesitaba sacar más de un 67 %, así que teníamos que ponernos manos a la obra.

Alexander se subió a Liberty con una facilidad envidiable. Lib medía como mucho un metro y sesenta y cinco centímetros, así que, para un chico de un metro y ochenta centímetros como él, debía de sentirse como montar un poni. Desde el primer tranco, quedó claro que Liberty y Alexander se entendían a la perfección. Él lo acariciaba constantemente, le hablaba en voz baja, y Liberty respondía moviendo las orejas, atento y relajado. Parecía encantado, y yo también pude relajarme. Al menos, ellos dos sí habían hecho *match*. Ya veríamos qué tal me llevaba yo con Winterfell.

Durante la clase, hicimos ejercicios básicos para que se conocieran, principalmente transiciones usando mucho el cuerpo, ya que tenía a Liberty muy acostumbrado a esto. También trabajamos su rectitud al galope, haciendo serpentinas con bucles en galope firme y en galope trocado. Daba gusto verlos.

Era increíble poder ver a Liberty con otro jinete, ya que yo solo me veía en el espejo y no podía apreciar del todo cuánto había mejorado desde que llegamos a la academia.

—¿Cómo lo ves? ¿Qué piensas? —me preguntó Alexander cuando terminó.

—Que Liberty se ha enamorado de ti —dije sin pensar—. Ahora veremos si yo le gusto tanto a Winterfell.

Se bajó de Liberty con la misma elegancia con la que se había subido y, mientras yo lo desensillaba, él fue a buscar a Winterfell.

Mi conclusión era que los jinetes de completo tenían una base y posición mucho mejores que los jinetes de salto. Lo había comprobado comparando a Jack y Alexander, y también lo había notado en Grace y Harper cuando montaban. Al final, en el completo se incluye una *reprise* de doma, por lo que deben practicar mucho más su posición, mientras que los jinetes de salto casi siempre están más enfocados en volar por encima de los obstáculos (sea como sea) que en cuidar la elegancia de su posición sobre el caballo.

Winterfell era una yegua imponente desde el primer momento en que la veías. Su capa ratonera era realmente especial. Aunque Alexander ya me lo había contado, ver en directo esas crines tan

negras contrastando con su cuerpo gris resultaba fascinante. Tenía una expresión noble y unos ojos valientes y brillantes.

—¿Sabes, Olivia? Dicen que las yeguas tienen fama de ser *molto* valientes —comentó Alexander con su característico acento italiano mientras ajustaba los estribos a mi medida—. Por eso se usan tanto en disciplinas como el salto y el completo.

—¿Y es verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Totalmente. Lo más importante en el completo, aparte de tener un caballo capaz de desenvolverse bien en las tres pruebas, es que sea valiente y confiado. A ciertos niveles, no puedes permitirte un caballo que titubee ante un salto grande con un foso o con cualquier obstáculo extraño que le dé miedo.

La pista a la que me había llevado Alexander la había visto antes, pero nunca me había fijado tanto en ella como ahora que la tenía delante. Durante el tour inicial por la academia, me quedé tan maravillada cuando vi el campo de *cross* que le resté importancia a la pista Y en los exámenes de Emily y Brooke el trimestre pasado, había estado tan concentrada en ayudarlas que ni siquiera me había detenido a observarla bien. Pero ese día sí pude apreciar cada detalle.

Era impresionante. El suelo, al igual que en nuestras pistas, era de sílice, con un drenaje perfecto que lo mantenía seco pocas horas después de una tormenta. Debía de medir unos ciento veinte metros de largo por ochenta de ancho y estaba dividida en dos mitades. En una se encontraba un recorrido de salto clásico con verticales, *oxers*, una ría y un laboratorio de cinco o seis barras montadas. Pero lo más espectacular era la otra mitad: quedaba más elevada gracias a tres banquetas de distintas alturas, que debías subir o bajar para acceder a diferentes zonas.

Una vez arriba, había zanjas, troncos, algún *toronto jump* y un *sky jump*. Era como un recorrido de completo dentro de una pista.

—Es como un *chiquipark* para cualquiera que adore el salto —comenté, sin poder dejar de mirar a mi alrededor.

Alexander sonrió.

—Sí, aunque para algunos puede ser más bien una pesadilla.

—¿Has saltado mucho en general? —me preguntó antes de montar, con su acento italiano.

—Cero. Para serte sincera, salté por primera vez el trimestre pasado —confesé, algo avergonzada.

Él alzó las cejas, exagerando su sorpresa.

—*Cara*, eso hay que solucionarlo.

Me reí y Alexander me ayudó a subir a Winterfell de un salto. Como estaba acostumbrada a Liberty, cualquier caballo de más de un metro y sesenta y cinco centímetros me parecía un dinosaurio; es decir, el 99 % de los caballos de esta academia. Y Winterfell no era la excepción; el suelo quedaba bastante lejos desde ahí arriba.

Alexander ya me había advertido que era una yegua caliente y que debía tomarme las cosas con calma, porque a veces sacaba su carácter.

Empecé a calentar tranquilamente, al paso y al trote la notaba relajada y atenta a mí, pero al galopar sentías toda esa energía acumulada en los posteriores. Me daba la sensación de que en cualquier momento podía explotar.

—Usa muchas medias paradas con ella, tienen que ser constantes —me aconsejó mientras calentábamos al galope—. No dejes que se enganche del hierro para correr.

Una vez terminado el calentamiento en llano, nos dirigimos a la zona de salto de obstáculos, para probar algunas cruzadas y verticales para terminar de calentar. Exceptuando a Liberty, solo había saltado con Phoenix, y noté una diferencia abismal entre ambos. Winterfell empujaba con mucha más fuerza y, en cuanto veía un salto, quería correr hacia él.

Al final, en el completo no se trataba de saltar un metro y cincuenta centímetros y calcular la distancia perfecta para superar la barra; aquí, el objetivo era cumplir con el tiempo óptimo, galopando a la velocidad más eficiente para no cansarse, mientras superabas los obstáculos de la forma más fluida posible. Superfácil, pensé con ironía.

Una vez que logré calcular mejor su tranco en las cruzadas y veía un poco las distancias, pasamos a trabajar en las banquetas, primero en las más bajas y luego subiendo poco a poco. Alexander me guiaba en cada paso, corrigiendo mi posición y dándome consejos.

—*Ricorda*, Olivia, no es solo cuestión de técnica. Es mental. Confía en ella, y ella confiará en ti.

Y tenía razón. Cada vez que dudaba, Winterfell lo notaba. No podía imaginar a los grandes jinetes en los concursos cinco estrellas aproximándose a saltos imponentes con total tranquilidad, confiando a ciegas en sus caballos. Definitivamente, para hacer completo a ese nivel, había que tener una pizca de locura.

Después de un rato, empezamos a probar los obstáculos más complicados. El *sky jump* era imponente: primero tenías que subir un pequeño montículo donde, en la cima, te esperaba un salto de no más de ochenta centímetros, seguido inmediatamente de una bajada. Y las zanjas tenían una profundidad que intimidaba más de lo que esperaba, pero las primeras las cruzamos al paso con Alexander de la mano y las riendas casi sueltas, un ejercicio que según me había comentado hacían mucho para transmitir seguridad, era increíble la confianza que le transmitía a Winterfell. Eso constituía un verdadero vínculo entre ellos.

Cuando terminamos, desmonté y acaricié a Winterfell.

—Es impresionante —admití.

—Te dije que te gustaría. Ahora solo falta añadirle velocidad y unos cuantos kilómetros de terreno para correr.

—Uff, para el carro, poco a poco —dije mientras imaginaba cómo sería salir al campo grande con Winterfell.

Alexander sonrió, pero su expresión se tornó pensativa.

—Ahora fuera de bromas, sabiendo *tutto* lo que hizo tu caballo el último trimestre, tengo curiosidad por verte con Liberty en un completo.

Me reí.

—No puedo esperar para probarlo. Pero por hoy, creo que he tenido suficiente.

En ese momento, vi a Jack fuera de la pista, observándonos. Pero justo cuando me giré para mirarlo mejor, él, disimuladamente, se dio la vuelta y se fue como si no hubiera visto nada.

No pude evitar que mi mente volviera a él una y otra vez.

Acaricié a Winterfell una última vez antes de que Alexander la llevara al *paddock*. Debía de ser la hora de comer, pero la mañana se me había pasado volando.

Mientras caminaba hacia la residencia, deseando darme una ducha y ponerme ropa cómoda tras lo vivido hoy, no podía evitar sonreír. La combinación de adrenalina, saltos fijos, Jack, Alexander y ese primer *feeling* con Winterfell era algo que no se me borraría fácilmente.

Y lo mejor de todo: apenas había sido la primera clase. Aún teníamos un largo camino por delante antes de enfrentarnos al examen de abril.

Capítulo 10

Mrs. Sabina seguía a cargo de todos nuestros entrenamientos, algo que me encantaba, aunque me había hecho darme cuenta de lo exigente que era. Aun así, tenía una cualidad que la diferenciaba de muchos otros entrenadores: siempre encontraba la manera de hacerte mejorar sin que te vinieras abajo. Por eso, cuando me dijo que esa tarde íbamos a empezar con los cambios de pie, supe que la sesión sería intensa e interesante.

—Olivia, el objetivo de hoy es enseñarle a Liberty los cambios de pie. Este año entráis en la categoría de seis años, y todo se complica un poco más —me comentó—. Antes de empezar, tienes que entender que cada caballo tiene su ritmo para aprenderlos. Aunque Liberty puede sorprendernos, suele ser un ejercicio que les cuesta entender, y más si también tenemos que enseñártelos a ti, porque nunca los has trabajado con otro caballo —dijo Mrs. Sabina a través de los intercomunicadores *ceecoach* mientras observaba a Liberty desde la caseta en la letra E.

—De acuerdo —respondí—. ¿Y cómo se los enseñamos? —pregunté, acariciando a Liberty, que movía las orejas atento, como siempre.

—Primero, necesitamos que tenga un equilibrio perfecto al galope y que mantenga la rectitud. Recuerda que un cambio de pie no es más que el resultado del equilibrio y la coordinación entre las ayudas. Vamos a empezar con un ejercicio en la línea de cuarto: tres trancos al galope en firme, transición al paso, y tres trancos al galope en trocado. Así sucesivamente.

Empezamos con unos minutos de calentamiento, como siempre. Liberty parecía más motivado que nunca, como si notara mi emoción.

Cuando tuvimos controlado el ejercicio, Mrs. Sabina se acercó.

—Muy bien, Olivia. Ahora seguiremos trabajando en la línea de cuarto, pero manteniendo el galope en trocado. Vas a tocar a Liberty sutilmente, como si quisieras que saltara de atrás, y en el momento justo (te avisaré), empujarás con la pierna exterior y moverás tu peso de manera leve para pedir el cambio —lo explicó con una teoría perfecta, aunque de la teoría a la práctica había un mundo, pensé—. Tiene que ser sutil, como una invitación, no una orden. Debe sentirse cómodo cambiando.

Mrs. Sabina volvió a su sitio y, tras observarnos unos minutos, murmuró para sí misma, aunque yo lo podía escuchar todo a través de los auriculares:

—Este caballo está increíble hoy.

A medida que practicábamos, me di cuenta de que Liberty tenía una facilidad innata para entender lo que le pedía. De momento, solo saltaba la grupa preparando el cambio, pero eso ya era un gran avance. Mrs. Sabina me guiaba en todo momento, ajustando mi posición y corrigiendo mis piernas, manos y espalda con paciencia. Cada detalle contaba.

—Relaja las manos, Olivia, y no te precipites con las ayudas. Él lo hará cuando todo esté en su lugar.

Respiré profundamente y volví a intentarlo. El ritmo del galope era bueno: activo y saltado. Galopamos sobre la línea de cuarto y, en el momento justo, moví con sutileza las piernas y cambié mi peso. Liberty respondió al instante con un cambio de pie limpio y elegante.

—¡Eso es! —exclamó Mrs. Sabina, sorprendida. Su tono solía ser más comedido, pero esta vez no pudo contener su entusiasmo.

Puse a Liberty al paso de inmediato y me lancé sobre su cuello para acariciarlo.

—¿Lo has visto? ¡Le ha salido a la primera! ¡Qué *feeling*! —dije, aún sin creérmelo.

—No solo lo he visto, Olivia, lo he montado también contigo desde aquí. —Mrs. Sabina sonrió—. Tengo que decirte que Liberty tiene una facilidad asombrosa para los cambios. Felicidades, lo estáis haciendo genial. A este ritmo, seguro que podremos participar en algún concurso esta temporada.

No cabía en mí de la emoción. El resto del entrenamiento fue intenso, pero cuando Liberty hizo los cambios bien a ambas manos, lo dejamos. Parecía disfrutar del trabajo, como si no le costara. Aunque en los primeros intentos a mano derecha, cambiaba en dos tiempos, dejando el pie en el cambio y pasándolo un tranco tarde aun así, su capacidad de aprendizaje era impresionante.

Al final, mientras lo paseaba al paso, Mrs. Sabina se acercó y me comentó en voz bajita, casi como si no quisiera que nadie más lo escuchara:

—He revisado los planes de trabajo de Liberty que me has ido mandando. He visto que tienes pensado seguir saltando con él.

—Sí… —respondí, algo insegura sobre hacia dónde iba la conversación, ya que le había mandado varios *plannings* con día de *cavalettis* y salto—. Disfruté mucho saltando el trimestre pasado, y a él se le dio increíble, así que quiero seguir aprendiendo.

—Me parece una idea excelente. Siempre he creído que los caballos deberían hacer un poco de todo para mantenerse mentalmente sanos. Pero… —Mrs. Sabina hizo una pausa y suspiró— la escuela tiene normas muy rígidas al respecto. El cuerpo directivo quiere caballos top especializados en una sola disciplina. No entienden que un caballo puede destacar tanto en doma como en salto.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Déjamelo a mí. Voy a mover algunos hilos para que puedas usar la pista de salto en vez de las pistas generales. Quizás consiga que alguien te ayude a entrenar. Pero, Olivia, ten cuidado hasta entonces. No saltes mucho, no quiero que os hagáis daño.

Le agradecí su apoyo. Por un momento, había pensado que me lo iban a prohibir y, obviamente, se habría convertido en otra norma que romper.

Durante los días siguientes, tuvimos varias sesiones de intercambio con Winterfell. Cada entrenamiento era más emocionante que el anterior, y a Alexander le encantaba enseñarnos. Grace, Harper y sus caballos, Harmony y Revolution, nos acompañaban casi siempre en los entrenamientos.

—¿Sabes? Cantar mientras galopas ayuda a mantener el ritmo constante —me dijo Harper en una de las sesiones de esa semana, mientras trotábamos una al lado de otra.

—¿Cantar? —pregunté, riéndome.

—Sí. Piensa en una canción con un ritmo claro y sigue ese tempo mientras galopas por el campo de *cross*. Si te aceleras o pierdes el ritmo, lo sabrás enseguida porque no estarás siguiendo la canción.

Probé el truco y, para mi sorpresa, funcionó. Winterfell, a pesar de que cada día me sorprendía más con lo caliente que era, respondía mejor cuando mi ritmo era constante y mi cabeza estaba entretenida cantando. En efecto, estábamos progresando adecuadamente. Aunque aún no teníamos las distancias bien calculadas y había mucho por mejorar, Alexander se sentía muy orgulloso de mí.

—Por cierto, ¿qué tal estás viendo esto del completo? —me preguntó Grace al finalizar el entrenamiento.

—Es más complicado de lo que pensaba, pero me está encantando —les dije.

Finalmente, llegó el día más esperado de la semana. El sábado por la tarde me dirigí segura de mí misma con Liberty a la pista general para poner algunos pequeños saltos y practicar. Al ser sábado por la tarde, pensé que estaría sola, pero mientras ajustaba la cincha de mi montura de doma, una voz familiar me sobresaltó.

—¿Por qué no vuelves a casa los fines de semana como la mayoría? —dijo.

Me giré y ahí estaba Jack, apoyado en la puerta de la pista con esa expresión de aparente desinterés que siempre me ponía nerviosa, pero con una sonrisa pícara.

—¿Y perderme esto de poder saltar? —respondí, señalando a Liberty.

—Eres tan cabezota —dijo mientras se acercaba.

—Cabezota no; Rompenormas querrás decir.

—¿Y tú? ¿Por qué no vuelves a casa? —pregunté por curiosidad.

Jack se rio, pero no contestó mientras se acercaba a la cabeza de Liberty para ajustar una hebilla suelta del ahogadero.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, con ese tono burlón que siempre parecía usar conmigo.

—¿De ti? No, gracias —dije, intentando sonar seria y desinteresada, aunque no quería admitir que, ya que estaba allí, podría enseñarme algo.

—Bueno, menos mal que tu caballo es un genio saltando, incluso si tú no calculas las distancias bien. Nos lo dejó claro a todos en el examen.

—¡Oye! —protesté, dándole un leve empujón en el hombro.

Jack sonrió, encantado de haberme picado.

—Venga, Olivia, móntate y vamos a ver si puedo enseñarte algo útil.

Objetivo conseguido. Y sin tener que pedírselo yo, pensé mientras trataba de evitar que me saliera una sonrisa:

—Está bien, vamos a ver qué tienes para enseñarme.

El entrenamiento fue intenso. Mi montura de doma para saltar con Liberty me estaba matando, con los tacos no había manera de colocarme bien y a esto había que sumarle que Jack no se callaba desde el suelo, corrigiendo mi postura, que parecía estar toda al revés, y haciéndome repetir ejercicios básicos una y otra vez. Por supuesto, no podía evitar hacer sus comentarios sarcásticos cada vez que la liaba con la distancia o en el recorrido.

—¿Eso ha sido un salto o una catapulta? —bromeó después de que Liberty y yo cogiéramos cierta distancia desde muy lejos.

—¡Muy gracioso, Jack! —respondí, fingiendo no tener ganas de reír.

Al final de la clase, desmonté y llevé a Liberty al paso por la pista para enfriarlo. Jack caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos. No sabía qué decir, y el silencio empezaba a ser incómodo. Después de no callarse en toda la clase, ¿ahora no tenía nada más que decirme?

—Por cierto, Jack… —dije, rompiendo el silencio.

—¿Qué? —contestó, mirándome mientras seguía a mi lado.

—¿Cómo te va en el completo con Revolution? No te imagino siendo completero, no te he visto entrenar en esa disciplina.

Jack tardó un momento en responder, hasta que comentó:

—Me gusta el completo, pero no tanto la velocidad. Yo soy más de saltar altura. Prefiero la precisión de un recorrido limpio. Aunque Revolution tiene talento para las dos cosas, seguro que me va bien en el examen con él.

—Vaya, nunca pensé que dirías algo tan… razonable —dije, sonriendo.

—No te acostumbres. Y tú… ¿crees que podrás con el examen de completo? Has saltado más bien poco en tu vida ecuestre —me preguntó, volviendo a ese tono burlón que me sacaba de quicio.

—Claro que sí. No me subestimes, Jack.

—No te subestimo. Solo me divierte verte tan decidida después de estos últimos entrenos que has tenido. —Se detuvo y me miró con esa mirada que siempre me dejaba descolocada—. Pero, si quieres un consejo, no te obsesiones con ser perfecta. La imperfección es lo que hace que todo sea interesante en las disciplinas fuera de la doma.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Era cierto que en doma todo era perfección y pulcritud, pero en las otras disciplinas no debía cargar con esa misma presión.

—Gracias —supuse, sin saber muy bien cómo responder.

—De nada. Ahora, anda, ve a despreparar a tu caballo antes de que se piense que eres tan lenta como saltando.

—¡Jack! —protesté, pero él ya se estaba alejando, riéndose como siempre.

No podía negar que me sentía bien después de ese entrenamiento con Jack… y, para qué engañarme, tenía ganas de más.

Capítulo 11

La rutina de la academia ya nos había invadido del todo. Ya no teníamos que ponernos trescientas capas cada mañana, y el frío, aunque seguía presente, no se colaba tan hondo en los huesos. Por suerte, hacía semanas que había dejado de nevar y los *paddocks* comenzaban por fin a secarse. Esa mañana, Brooke y Will habían estado discutiendo a la hora del desayuno por videollamada. Últimamente, Brooke se sentía triste y Will no paraba de decirle que por qué no se podían ver más, que si los fines de semana apenas estaban juntos, que no le escribía todas las mañanas y que no le contestaba lo suficientemente rápido. Vaya, todas las *red flags* juntas y viéndose a la legua. Emily y yo tratábamos de animarla, pero Brooke había dejado de ser esa chica que desprendía magia, desparpajo y felicidad durante estos días. Ahora solo intentaba justificar cada cosa y acción que hacía con Will.

Además, hoy era San Valentín, una fecha que no ayudaba mucho. En la academia, había algunas relaciones, pero secretas, ya que era algo que aparentemente estaba prohibido. Sin embargo, era inevitable en una escuela con tantos jinetes y amazonas que alguna pareja se formara, aunque siempre con máxima discreción e intentando disimular en cada momento. Las relaciones en la academia eran complicadas. Si bien todos estábamos allí con el mismo propósito, el contacto constante, las largas horas de entrenamientos y la convivencia en un espacio tan cerrado favorecían que las conexiones surgieran de manera natural. Pero siempre había un riesgo: las normas.

Mi San Valentín era Liberty, teníamos una broma entre jinetes que era: feliz San Cavallín, y lo pasábamos con nuestros caballos; este año, no iba a ser diferente. Después del fin de semana saltando con Liberty, tenía que descubrir en qué actitud volvíamos a la doma. Los caballos de salto, por lo general, galopan completamente largos en su cuerpo, sin apenas reunión ni contacto, y cambiar el chip de una disciplina a otra podía ser complicado.

Mientras entrenaba, la pista cubierta estaba tranquila esa tarde. Solo se escuchaba el eco de los cascos de algún caballo de fondo. La verdad, Liberty había estado increíble, parecía que esto de saltar le venía estupendo. Además, me había regalado un par de cambios de pie a cada mano que me hicieron muy feliz.

Estaba tan concentrada en despreparar a Liberty cuando terminamos, que no note su presencia hasta que escuché sus pasos detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Jack, como si no fuera evidente, pensé.

Jack estaba justo a nuestro lado, plantado con algo grande y pesado en las manos. Algo que reconocí al instante: una montura.

—¡Jack, qué manía tienes con venir aquí! La zona de la casa de salto está en los caminos de más arriba, por si te has perdido —dije echándole la bronca, pero sin pasarme porque no quería que se fuera.

—Bah, no me he perdido, pero es que me encanta romper las normas —respondió sonriendo.

—¿Qué llevas ahí? ¿Has venido a enseñarme tu nueva montura? —le pregunté, entrecerrando los ojos con curiosidad.

Jack se encogió de hombros y contestó:

—Nada… bueno, algo. E-es para ti —dijo con un ligero tartamudeo, dejándola sobre la valla del *paddock* de Liberty.

Me quedé mirándola, sin palabras al principio. Era una montura, obviamente había sido usada, seguramente con ella se habrían ganado varios concursos, pero estaba en un estado impecable.

—¿Es tuya? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

Hubo un silencio prolongado hasta que respondió.

—Era mía —dijo mirando al suelo, nervioso—. La usé cuando Phoenix y yo empezamos a saltar. Ya no la necesito, pero pensé que tú podrías aprovecharla, ahora que estás saltando con Liberty.

¿Aprovecharla? Era mucho más que eso. Sabía lo que valían las monturas, seguramente era de buena marca y su precio debía ser elevado.

—Jack, no puedo aceptar esto. Es… tuya, has corrido con ella, tiene una historia.

—Precisamente porque tiene historia. No quiero que se quede ahí acumulando polvo. Además, Liberty necesita algo mejor que saltar con una montura de doma, bueno… Liberty salta con lo que le pongas, más bien tú. Necesitas una montura para mejorar esa posición que se queda en un intento de ser saltarina —dijo con una naturalidad que me desconcertó. Como si no se diera cuenta del valor de lo que me estaba regalando.

Pasé los dedos por encima. Detrás, en una placa plateada, tenía grabada una J. Qué bien, pensé, así cada vez que la pusiera me iba a acordar de él.

Estábamos los dos tensos, y yo no sabía qué más decir, así que lo primero que se me vino a la mente fue:

—¿Esto es por San Valentín? ¿Me declaras tu amor así, Jack? —solté, levantando una ceja mientras intentaba no sonreír más de la cuenta.

Jack levantó la mirada rápidamente, con una expresión de incredulidad y con las mejillas sonrojadas por completo.

—Por supuesto que no. No digas tonterías —dijo, frotándose la nuca—. Es solo… un detalle. Nada que ver con San Valentín, Rompenormas. No te flipes, ya te gustaría.

Lo miré, intentando descifrarlo. Jack siempre había sido complicado de comprender. Pero pensé que este gesto era algo importante para él.

—Gracias, Jack. De verdad. Prometo cuidarla, y ganar al menos una competición de salto con ella algún día —dije, intentando

restarle importancia al asunto.

Jack sonrió. Y pude ver como mi respuesta le hacía feliz por un instante, aunque enseguida añadió:

—Eso espero, porque, si no, me la devuelves. Con ella gané mi primer campeonato de Europa. Sin presión, Olivia, sin presión —dijo mientras se alejaba entre los árboles para que nadie lo viera.

—Sin presión, Jack —solté entre medio de una risa, observando cómo se alejaba con las manos en los bolsillos.

Acaricié de nuevo la montura, observándola detalladamente para verla mejor. Era de la marca CWD, marrón oscuro, con estribos Flex-On de seguridad negros; menos mal que Jack había dejado estos estribos, al menos no nos íbamos a quedar estribados en caso de caída. Los detalles de la montura lucían en plateado, y encima de ella había una cincha del mismo tono de marrón. Sonreí una vez más antes de colocarla sobre Liberty para ver cómo le quedaba.

—Liberty, la verdad es que ahora sí que parecemos unos saltimbanquis. Ahora vas a ir mucho más cómodo —le dije sin poder quitarme la sonrisa de la cara. La verdad, no solo era la montura lo que me hacía sonreír, sino de quién venía.

Capítulo 12

Ala semana siguiente teníamos otro intercambio con Winterfell. La temperatura estaba más baja ese día con respecto a los anteriores, y los caballos parecían notarlo, con el vaho saliendo de sus ollares en cada bocanada de aire. Me dirigí, después de las clases prácticas, al campo de *cross* para reunirme con Alexander. El paisaje estaba impresionante esa tarde, cubierto por una ligera niebla que hacía que todo pareciera salido de una postal inglesa. Winterfell estaba guapísima con su sudadero caqui, un salvadorso de borreguito negro y unos protectores *eQuick* que tienen un gel dentro que da aún más protección a los tendones. Yo me había puesto un conjunto completamente negro, así que hacíamos una buena combinación.

Alexander, con su habitual energía, me ayudó a subirme mientras me contaba el recorrido que íbamos a hacer ese día.

—*¡Cara*, ajusta esos estribos! ¿Crees que vas a un concurso de doma o a montar en el *cross*? —bromeó, lanzándome una mirada y poniendo los ojos en blanco.

Sonreí, subiendo rápidamente los estribos. Aún me costaba encontrar la medida perfecta para saltar, siempre me notaba demasiado corta en la montura de salto, pero, cuando volvía a mi montura de doma, notaba los estribos demasiado largos. Nunca sabía cómo ponerlos.

—¿Mejor ahora? —pregunté, levantando una ceja.

—*Molto meglio*, divina. Ahora sí parece que sabes lo que haces. ¡Vamos a darle caña! —dijo, aplaudiendo con entusiasmo.

Comencé a calentar a Winterfell con subidas y bajadas al trote y al galope. La notaba con mucha más energía que las otras veces que

la había montado, y eso me agobiaba un poco. Poco a poco, salía de mi zona de confort para dejar de galopar a ritmo domero, pero la sensación de descontrol me bloqueaba y ni siquiera me dejaba montar como sabía. Seguí calentando, haciendo muchas transiciones de trote-galope y galope-trote para ver si poco a poco se calmaba y se concentraba en mí. Sin embargo, parecía que cada vez tenía más energía. Se me enganchaba un poco a la derecha, y cada vez que pedía un giro, se resistía antes de escucharme y hacerlo.

Se lo comenté a Alexander que, con su desparpajo de siempre, me dijo que era normal con el frío que hacía ese día. Además, esa semana estaba en celo. El celo en las yeguas es el período en el que están receptivas para reproducirse, y durante estos días, igual que Winterfell, pueden mostrarse más inquietas o temperamentales. En clase nos habían comentado que el ciclo dura de tres a siete días y se repite cada tres semanas. Así que debía acostumbrarme a ello por si coincidía el celo con el día del examen.

Empezamos con un ejercicio al paso. Se trataba de pasar por diferentes obstáculos manteniendo la calma, con las riendas completamente largas. Alexander se quedaba cerca, pero a diferencia de otras veces, en las que él se ponía delante, esta vez estábamos yo y Winterfell solas. Primero pasamos un par de banquetas, unos obstáculos de *cross* que parecen escalones. Los había de diferentes medidas y, poco a poco, Alexander fue incrementando la altura. También pasamos alguna pequeña zanja que saltamos con facilidad. Las zanjas son agujeros en el suelo que acostumbran a dar mucho miedo a los caballos, y es uno de los grandes quebraderos de cabeza de los jinetes de completo. A Winterfell no le daban miedo, la notaba segura, pero a mí, mentalmente, me daba pánico caer dentro.

Una vez que completamos todos los ejercicios al paso, empezamos a galopar tranquilamente y a pasar los mismos obstáculos a un buen ritmo. El galope de Winterfell era perfecto, firme y constante. No se desmontaba cuando galopábamos en

bajada, y eso me daba mucha seguridad, aunque cada vez cogía un poquito más de velocidad.

—¡Perfecto! ¡Eso es! —gritó Alexander desde la valla del campo —. ¡Sigue así, *cara*! Ahora ve por el segundo tronco, pero controla esa velocidad. Ve jugando con las medias paradas. Es un *cross*, no una carrera de velocidad.

Seguí sus indicaciones y me fui con Winterfell hacia el tronco, saltando sin problema.

—¡Libby! ¿Ves ese obstáculo estrecho a mitad de la colina que tiene una triple barra? Es el siguiente. Está a ochenta centímetros, pero no te confíes, coge las riendas cortas y mantén ese ritmo constante para que puedas ver bien la distancia, *va bene?* —gritó Alexander a lo lejos.

Asentí, ajustando las riendas mientras llevaba a Winterfell hacia la pequeña colina. Todo parecía ir bien al principio. El galope seguía siendo rápido pero controlado; sin embargo, a medida que nos acercábamos, noté que Winterfell aceleraba.

—¡Calma, Winterfell! —dije en voz baja, tirando de las riendas para hacer una media parada y levantándome ligeramente de la montura para hacer más fuerza.

—¡No te levantes, relaja la cadera y siéntate más profundo, Olivia! ¡Marca tú el ritmo con tu cuerpo! —gritó Alexander, con tono firme pero confiado.

Intenté seguir sus instrucciones, sentándome profundamente en la silla y pidiendo más control. Pero Winterfell parecía que me ignorara. Estábamos demasiado cerca del obstáculo y ya íbamos demasiado rápido. Mi corazón empezó a acelerarse.

—¡Winterfell! ¡PARA, PARA! —grité, un poco desesperada, sintiendo cómo toda yo me tensaba.

Pero Winterfell no paró. Saltó desde muy cerca, a una distancia horrible. Sentí cómo tocaba el salto con las dos manos. Los obstáculos de *cross* suelen estar diseñados con mecanismos que hacen que se caigan o se rompan después de un impacto, pero esta vez no fue así. Todo ocurrió en segundos. Perdimos el equilibrio y,

antes de que pudiera reaccionar, ya estábamos en el suelo. Salí disparada hacia adelante, sintiendo el impacto de mi cabeza contra el suelo. Apenas tuve tiempo de procesar el golpe, cuando Winterfell cayó a mi lado, noté cómo apoyaba su peso sobre mi brazo y algo se clavaba en él. Un dolor inmenso atravesó mi cuerpo mientras la presión de Winterfell mantenía mi brazo aplastado en lo que a mí me parecían minutos, aunque seguramente fueron segundos.

—¡OLIVIA! —escuché a Alexander gritar, pero su voz sonaba muy lejos.

Mi visión empezó a oscurecerse. Lo último que vi fue la cara de Alexander, llena de pánico mientras corría hacia nosotros, antes de que todo se volviera completamente negro.

Capítulo 13

Abrí los ojos con esfuerzo. La luz blanca del techo me cegó por un momento, y en mi cabeza solo retumbaba el leve pitido de un monitor cerca de mí. Mi brazo izquierdo tenía una gran venda. Moví todos los dedos y pensé: «Estás más o menos bien Olivia, respira». Al girar la cabeza, allí estaba Jack, con la frente apoyada en mi cama, con los ojos cerrados y su mano rozando la mía.

Miré hacia mis pies y descubrí que seguía llevando los mismos *breeches* que me había puesto antes de mi caída, pero ahora sucios y con algún que otro agujero. Cuando Jack notó que me movía, levantó la cabeza, dejó escapar un suspiro de alivio y me dedicó una sonrisa.

—Por fin despiertas, Olivia, bienvenida de vuelta —dijo Jack, con una sonrisa de oreja a oreja.

Intenté reírme, pero todo me dolía y no podía moverme mucho. Solté un suspiro y cerré los ojos de nuevo.

—¿Qué…? ¿Dónde…? —logré decirle, con la voz entrecortada.

—Estás en el hospital de Northwood, Olivia. Han pasado unas horas desde que te caíste de Winterfell en el *cross*. Por suerte, solo te han tenido que dar unos puntos en el brazo.

Mi mente intentaba conectar los puntos. Recordé a Winterfell saltando, el impacto contra el salto, el suelo, y luego… todo se volvió oscuro.

—¿Cuántas horas llevo aquí? ¿Cómo llegué al hospital? —dije toda preocupada.

Jack se inclinó hacia mí, apoyando los codos en las rodillas.

—Fue todo un *show*, Rompenormas —dijo, riéndose—. Llamaron a un helicóptero para sacarte del campo de *cross*. Te aseguro que ahora mismo no se habla de otra cosa en la academia. Mrs. Sabina estaba a punto de desmayarse, y yo… bueno, casi me da algo. —Jack dejó escapar una risa nerviosa—. Pero vinieron rápido, y después te trajeron directo aquí. Los médicos dicen que estás bien. Que te habías desmayado, pero que, excepto el corte en tu brazo, todo lo demás está en orden.

—¿Y Winterfell? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—Tranquila, está perfecta. Solo tiene un pequeño golpe en una mano, pero nada grave. Los veterinarios la vieron al momento y todo ha quedado en un gran susto. En cuatro días tiene permiso para volver a saltar.

Suspiré aliviada y, tras una pausa, intenté bromear:

—Bueno, al menos alguien salió ileso de esto.

—Tú tampoco tienes nada grave —recalcó Jack.

—¿Nada grave? —levanté ligeramente mi brazo vendado—. ¿Te parece poco esto?

Jack se encogió de hombros con una sonrisa divertida.

—Comparado con lo que podría haber pasado, no está tan mal, créeme.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entró una enfermera vestida con una bata verde.

—Bienvenida, Olivia. Qué bien que estés despierta. Los doctores pasarán en un rato para darte el alta, pero quería informarte que tus padres ya están al tanto de todo.

Mi corazón se aceleró.

—¿Mis padres?

Jack asintió, apoyándose contra el respaldo de la silla.

—Les llamaron en cuanto llegaste aquí. Mrs. Sabina les explicó todo, y luego yo les fui contando novedades. Estaban preocupados, pero ahora tranquilos de saber que te encuentras bien, aunque están atentos al teléfono, yo de ti después les llamaría, les tranquilizará escuchar tu voz.

Solté un suspiro largo, dejando caer la cabeza contra la almohada.

—Genial, ahora tengo a toda la familia montando guardia.

La enfermera sonrió y revisó el gotero antes de salir. Jack volvió a mirarme y añadió:

—Hablando en serio, Olivia, los médicos han dicho que tienes que hacer reposo. Nada de montar en tres semanas. Los puntos te los quitarán en diez días, pero después no podrás montar inmediatamente; habrá que esperar unos días más hasta que la herida cicatrice. Tienes un corte bastante profundo y te han dado quince puntos, ya que te cortó el estribo de la montura, y aunque Winterfell se apoyó en tu brazo para levantarse y no te ha roto nada, el corte necesita tiempo para curarse. También te diste un buen golpe en la cabeza, así que nada de locuras ni romper normas.

Fruncí el ceño.

—¿Tres semanas? ¿Sin montar? Eso es una eternidad.

—Bueno, más tiempo para que vengas a verme montar a Phoenix, ¿no? Que parece que después del primer trimestre ya no quieres saber nada más de él, pobre —respondió Jack con una sonrisa pícara.

Intenté lanzarle una mirada de enfado, pero me rendí al ver su expresión. Y solo me salió:

—Gracias, Jack… Por quedarte conmigo.

Se encogió de hombros, como si no fuera nada.

Un rato después, los médicos confirmaron lo que Jack había dicho. Tres semanas de reposo, nada de montar, saltar ni nada parecido hasta que me quitaran y revisaran la herida. Podía seguir en la academia, con las clases y trabajo físico ligero en el gimnasio sin usar el brazo.

Al salir del hospital, Mrs. Sabina nos esperaba en un coche, con su semblante serio pero aliviado, para llevarnos de vuelta a la academia.

—Bienvenida a casa, Olivia. Qué susto nos has dado a todos. Y, bueno, si hubieras visto cómo se ha puesto el señor Hawthorne para

acompañarte en helicóptero al hospital… Vino corriendo con Phoenix a mitad del entreno y no se separó de ti —dijo Mrs. Sabina en un tono entre enfadado y divertido.

Mi mirada fue directa a Jack, que, aunque intentaba disimular, se le habían subido los colores.

—Ahora empieza tu proceso de recuperación —añadió Mrs. Sabina mientras conducía—. Aunque no puedas montar, seguiremos trabajando. Tendrás una rutina adaptada sin usar el brazo para mantenerte en forma y algún trabajo de clase extra para hacer.

Qué bien, pensé.

El resto del viaje lo pasamos en silencio. Me dolía la cabeza y prefería tranquilidad y no hablar. Cerré los ojos hasta que llegamos a la academia y entramos por sus puertas. Debían ser pasadas las doce de la noche. Jack, siempre oportuno, le preguntó a Mrs. Sabina:

—¿Puedo acompañarla a su residencia? Está muy oscuro y…

Mrs. Sabina lo miró, levantando una ceja, como si estuviera muy enfadada con él, y asintió. Así que en silencio nos pusimos rumbo a la residencia. Desde la entrada podía ver todo el edificio completamente oscuro, excepto mi habitación. Supuse que Brooke y Emily estaban preocupadas. Al abrir la puerta, no solo las vi a ellas, sino que me encontré con Brooke, Emily, Harper, Grace y Alexander esperándome con caras de medio preocupación y medio alivio. La habitación estaba decorada con pequeñas guirnaldas improvisadas y un cartel que decía: «¡Bienvenida, Olivia!».

—¡Por fin! —exclamó Brooke, corriendo hacia mí para abrazarme con cuidado—. Nos tenías preocupadas.

—Chicos —contesté—, como si me hubiera ido varios días, han sido horas, no seáis exagerados.

Emily se cruzó de brazos, fingiendo estar molesta.

—Pues yo ya iba a llamar a un comité de rescate, la verdad —respondió Emily.

Harper y Grace sonrieron, y Alexander, siempre dramático, se puso una mano en el pecho.

—Libby, no vuelvas a hacernos esto. *Il mio cuore* no lo soporta.

No pude evitar reírme y mirar a Jack, que levantaba las dos cejas y miraba hacia arriba, intentando contenerse de hacerle un comentario al delicado de Alexander.

—Gracias, chicos. En serio —dije.

Jack les había mantenido informados de mi estado en todo momento, así que no tardó en relajarse el ambiente.

—Tres semanas se pasan volando, Olivia —dijo Harper—. Y antes de que te des cuenta, estarás saltando otra vez.

Mi sonrisa se desvaneció ligeramente, y un nudo de ansiedad me invadió el pecho. Solo con pensar en volver a saltar, sentía un vacío en el estómago. Pero no dije nada. Seguramente, en tres semanas lo vería todo más claro y ya enfrentaría ese miedo cuando llegara el momento.

Jack se despidió diciendo que iba a dormir con el móvil encendido y que cualquier cosa le llamara, mientras que Harper, Alexander y Grace no se atrevían a volver tan tarde a sus residencias por miedo a que les pillaran. La jefa de la residencia, la señora Hathaway, daba verdadero miedo enfadada si los pillaba. Así que Harper durmió con Emily, Grace con Brooke y Alexander se acurrucó en el minisofá que teníamos en la habitación, en el cual se le salía medio cuerpo.

Ahora, solo necesitaba descansar y dejar que mi cuerpo y mi confianza se recuperaran.

Antes de dormir, saqué mi móvil para enviar un mensaje rápido a mis padres.

> Familia, estoy bien, no os preocupéis. Ya he salido del hospital y he vuelto a la academia. Los médicos dicen que solo tengo que descansar, pero todo está bien. Os llamo mañana, os quiero.

Guardé el móvil y me acurruqué en la cama sintiendo en extremo cada hueso, músculo y articulación de mi cuerpo.

Capítulo 14

Los días después del accidente, la biblioteca de la academia se había convertido en un refugio para mí. Aislada y silenciosa, era el único lugar donde podía concentrarme sin distracciones. Desde mi caída con Winterfell, parecía que toda la academia estaba pendiente de mí las veinticuatro horas del día, pero en este rincón, al menos por un rato, podía estar tranquila y centrarme en mis cosas.

Siempre me sentaba en la misma mesa, ahora cubierta de libros, apuntes y mi portátil. Como no podía mover del todo el brazo izquierdo, iba dejando todo un poco desperdigado, sin poder tenerlo todo ordenado como a mí me gustaba. Los trabajos se acumulaban: Historia de la Equitación, Análisis de Biomecánica, *Horsemanship*… y eso sin contar las clases prácticas en las que asistía como oyente, pero me ponían trabajos extras. Todo se me estaba haciendo una montaña.

Suspiré, apoyando la frente en la palma de la mano. El brazo me seguía doliendo y los puntos me tiraban según el movimiento, aunque mucho menos que el primer día, lo cual era una muy buena señal y me tranquilizaba. Sin embargo, el dolor de cabeza seguía molestándome un poco.

Al menos Liberty está en buenas manos, pensé, intentando encontrar consuelo. Al día siguiente de la caída, organizamos cómo nos encargaríamos de sus cuidados. Obviamente, Liberty necesitaba seguir con sus entrenamientos, así que Alexander se ofreció para montarlo mientras yo no estaba en condiciones de hacerlo. Confiaba en él, y Mrs. Sabina supervisaría todos los entrenamientos, pero no podía evitar sentir envidia de no ser yo quien estuviera encima de él.

Mientras repasaba mis notas y pasaba los apuntes a limpio, una sombra cubrió mis papeles. Levanté la mirada y me encontré con Jack, enseñándome una Coca-Cola.

—Te he traído esto. La cafeína no es la mejor idea, pero pensé que lo necesitarías para despejarte y coger energía.

Suspiré. Jack llevaba días siendo… excesivo, por decirlo de una manera suave. Desde el accidente, parecía haber asumido el rol de mi sombra personal. No podía dar un paso sin que él supiera qué hacía, ofreciendo ayuda, consejos, mensajes a todas horas o simplemente observándome como si fuera a romperme en cualquier momento.

—Gracias, Jack, pero no tengo sed ahora mismo. —Intenté sonreír, aunque mi paciencia ya estaba al límite.

—¿Has comido? —preguntó, ignorando mi respuesta mientras colocaba la Coca-Cola sobre la mesa—. No puedes trabajar todo el día sin comer algo.

—Jack, estoy bien, solo me duele un poco la cabeza —repetí, esta vez con más firmeza.

—¿Llamo al médico para que te dé algo y te revise? Porque no parece que estés bien. No deberías estar sola.

Lo interrumpí antes de que pudiera seguir.

—¡Jack! Estoy perfectamente y soy capaz de decidir lo que necesito.

Él levantó las manos en un gesto de rendición, pero por su expresión noté que seguía estando preocupado.

—Solo intento ayudarte.

—Lo sé, pero no necesito ayuda. Estoy bien.

Volví a mis apuntes, esperando que entendiera la indirecta y me dejara sola. Pero, como era de esperar, Jack no se movió.

—Jack… Nos vemos en la cena. No me dejas concentrarme mirándome tan fijamente.

—De acuerdo. Eres lo más testaruda del mundo. Prométeme que, si te duele más la cabeza, llamarás al médico.

—Prometido —le dije solo para que se callara de una vez, mientras se iba.

Pude seguir con mis trabajos de Anatomía y Bienestar Animal hasta pasadas las cinco, cuando puse rumbo al *paddock* de Liberty para ver el entrenamiento con Alexander. Me sentaba al lado de Mrs. Sabina en cada clase para que pudiera escuchar todas las indicaciones que le daba, y eso, la verdad, me animaba porque podía seguir aprendiendo. Además, ver a Liberty montado por otra persona me permitía notar detalles que desde arriba no era capaz de percibir. Liberty estaba trabajando muy bien. Desde el primer momento, él y Alexander habían hecho muy buenas migas, y Alexander lo trataba con mucho cariño y tranquilidad.

Después de entrenar y desensillar a Liberty, nos reunimos con las chicas y pusimos rumbo al gimnasio para empezar con mis ejercicios de fuerza. Aunque no podía entrenar con normalidad, tenía una rutina especialmente hecha para mí, con algunos ejercicios que no implicaban los brazos. Pero lo de no montar lo estaba notando muchísimo; cada ejercicio me costaba el doble.

Terminé la rutina de *core*, pero a Brooke y Emily aún les quedaban algunas series, así que fui a sentarme para recuperar el aliento.

Jack estaba también en el gimnasio, muy sudado y con los guantes de boxeo puestos, encadenando *jabs, crosses* y *hooks* contra el saco sin descanso, hasta que me vio sentada. Se detuvo de golpe y se acercó a mí.

Respiré hondo, intentando mantener la calma.

—Olivia, ¿estás bien? ¿Te duele aún la cabeza? —dijo con voz de preocupación una vez más.

—Estoy bien, Jack, solo descansando después de la rutina.

—No tienes buena cara, déjame acompañarte a la residencia para que descanses —insistió.

La verdad, me notaba cansada, y el dolor de cabeza no terminaba de desaparecer, pero no era nada del otro mundo. Mucho menos como para irme a la cama.

—Jack, estoy lidiando con los trabajos, la caída, Liberty, no poder montar… Déjame respirar, por favor.

—Pero…

—¡Basta! —Mi voz resonó más fuerte y con más rabia de lo que pretendía, y varias personas en el gimnasio se giraron hacia nosotros. Bajé el tono, pero mi enfado seguía siendo evidente—. No necesito que me digas qué hacer, cómo hacerlo o cuándo hacerlo. Estoy bien. No necesito una niñera.

Jack me miró en silencio, sorprendido por mi contestación y tono.

—Gracias por preocuparte, de verdad, pero necesito hacer esto a mi manera. Estoy bien —dije intentando volver a la calma y serenidad de mi voz.

Me levanté, buscando entre las máquinas a Emily y Brooke.

—Olivia, espera… —le salió a Jack con un hilo de voz.

—No, Jack. Para.

Y así, me giré y me fui.

Solo tenía ganas de llorar. No entendía de dónde había salido esa rabia para hablarle así de mal a Jack, pero estaba enfadada. Se lo había dicho a la cara, por mensaje y de todas las maneras posibles: yo estaba bien. Sabía que Jack solo intentaba ayudar, pero su constante atención lo único que hacía era ahogarme.

Al salir del gimnasio, el aire me dio de golpe. Me paré un momento, mientras Brooke y Emily seguían andando, y cerré los ojos, intentando calmarme. Jack era mi amigo, supongo, pero necesitaba entender que no podía estar tan encima de mí.

Capítulo 15

Brooke y Emily habían notado lo mal que había estado estos últimos días por mi discusión con Jack. Aunque ellas me aseguraban una y otra vez que volvería a hablarme, que era yo la que le había pedido un poco de espacio y que me lo estaba dando. En los últimos días ni lo había visto, ni me había mandado ningún mensaje, ni siquiera me lo había cruzado en los pasillos entre clase y clase. No puedo negar que había mirado el móvil unas ochenta veces al día…, pero nada. Me sentía fatal por mi actitud y echaba de menos hablar con él.

Brooke tampoco estaba mucho mejor. Finalmente, lo había dejado con Will y, por las noches, le venía el bajón y se las pasaba llorando. En fin, menudo equipo formábamos. La única que se salvaba era Emily, que, como pasaba del tema de los chicos, no tenía estos problemas.

Por suerte, estar con ellas me ayudaba. Además, me mimaban más de la cuenta. Aunque yo les decía que no hacía falta, que mi brazo ya estaba casi bien y que apenas notaba los puntos, ellas insistían en hacerme el desayuno, llevarme los libros y ayudarme en todo. Al final, no podía decir que no porque se ponían en modo muy pesado.

—Chicas —soltó Emily el viernes por la noche mientras veíamos *Wicked*—, este fin de semana toca… ¡fin de semana de chicas! Os venís las dos a mi casa, y no acepto un no por respuesta.

—Pero, Emily, tendrás que avisar. ¿Seguro que tus padres no se van a enfadar por tener a dos invitadas para una pijamada? —pregunté.

—La verdad, me apetece el plan. Estoy harta de los chicos y de llorar. Necesitamos un fin de semana para nosotras —dijo Brooke, levantándose con determinación.

Al día siguiente, a la una en punto del mediodía, nos esperaba un coche en el *parking* de la academia para llevarnos a casa de Emily. Era el mismo coche en el que ella se subía fin de semana tras fin de semana, despidiéndose de mí para ir a pasar unos días a su casa.

El trayecto duró poco menos de dos horas y, cuando nos acercábamos, Emily nos contó un poco más:

—Mi familia tiene las cuadras en casa con todos los caballos de compra y venta, así que aquí no hay un solo momento sin caballos. Aunque espero no tener que ver muchos este fin de semana.

El coche desaceleró y giró por un pequeño camino, hasta que una valla blanca se abrió, dejando a la vista un camino rodeado de árboles. La casa de Emily se ubicaba justo en medio de un frondoso bosque. La fachada de la casa, de ladrillo rojizo, estaba parcialmente cubierta por enredaderas de jazmín blanco que empezaban a florecer, dándole ese toque de casa antigua de película. Desde fuera, se veían las grandes ventanas con marcos blancos a ambos lados del amplio porche, donde había varios sofás de mimbre. Era una casa grande, pero acogedora. Ya podía imaginar a Emily corriendo de pequeña por ahí, jugando al pillapilla con sus hermanos.

El jardín que rodeaba la casa estaba extremadamente cuidado, con caminos de piedra bordeados de florecitas de colores vibrantes. Detrás quedaban las cuadras, impecables, construidas en madera oscura barnizada, con espacio para hasta veinte caballos, según nos había contado Emily. Las puertas de los boxes tenían pequeñas placas de bronce con los nombres de los caballos de la familia, mientras que los de compra y venta solo llevaban un cartel con el nombre y la cantidad de comida que se le tenía que dar a cada uno.

Junto a las cuadras había varios *paddocks* verdes, delimitados por vallas blancas y muy bien cuidados, donde algunos caballos disfrutaban del poco sol de Inglaterra. En el terreno también había dos pistas. Una de ellas era cubierta, con grandes vigas de madera,

ventanas que dejaban pasar la luz natural y un imponente *chandelier* colgando del techo, que le daba un aire elegante y sofisticado. Al fondo, los anillos olímpicos brillaban en la pared, colocados ahí después de que la madre de Emily participara en los Juegos Olímpicos de Barcelona. La otra pista, al aire libre, tenía un suelo de sílice blanco y se podía ver desde el gran ventanal del salón de la casa. Qué divertido, pensé, desde el sofá tan pronto puedes ver Netflix en la televisión como a tus padres o hermanos entrenando caballos fuera.

El interior era tan impresionante como el exterior: techos altos, suelos de madera brillante y muebles clásicos. La cocina era amplia y luminosa, y en ella trabajaba una mujer a la que Emily saludó efusivamente.

—¡Elizabeth! Estas son Olivia y Brooke —nos presentó Emily.

—Encantada, Elizabeth —le dije con una sonrisa, sorprendida de que en casa de Emily hubiera alguien interno viviendo. En mi casa, mis padres hacían malabares para llegar a todo y llevarme a todos sitios. Seguro que debía ser una gran ayuda, sobre todo si los padres de Emily trabajaban tantas horas, como nos habían comentado algunas veces, porque ni siquiera habían venido a recibirla.

—Ella ha estado con la familia desde que éramos pequeños —nos explicó Emily con orgullo—. Nos ha cuidado siempre, nos cocina, nos llevaba a la escuela… Ha sido como una segunda madre para mí.

—¡Qué ilusión que estéis aquí! ¿Qué queréis para cenar, chicas? —nos preguntó Elizabeth—. *¿Pizza* y *hamburguesas?* Esa academia es demasiado estricta y en el restaurante seguro que no os dan de comer estas cosas, pero sois jóvenes y la vida está para disfrutar. Emily me dijo que hay que subir los ánimos, así que os he preparado la habitación y en unas horas os subiré cositas.

Elizabeth se había pasado el juego. En la habitación de Emily, había tres colchones en el suelo, juntos, llenos de almohadas y mantas. Delante de cada colchón, una cajita personalizada con mascarillas faciales hidratantes, pintauñas, un par de velitas y, al

fondo de la habitación, una pantalla blanca con un proyector. Nos había dejado tres películas para que escogiéramos.

Nos pasamos la tarde hablando mientras los padres de Emily seguían trabajando. Sobre las siete de la tarde, Elizabeth nos subió la comida.

—Emily, tus padres terminarán en un rato, han preguntado por ti. ¿Bajaréis a saludarlos en una hora? —dijo mientras entraba en la habitación.

—Claro, sobre las ocho bajamos —dijo Emily—. Mil gracias, Elizabeth.

Cuando nos dejó las bandejas, no podía creerlo. Teníamos un par de pizzas recién hechas, un bol enorme de palomitas y una bandeja con frutas frescas como plátano, manzana, fresas y mandarina. Junto a todo eso, varias bolsitas de chocolates: Kit Kat, Maltesers, Twix, M&M's y, por si fuera poco, tres *cupcakes* decorados con un glaseado de colores y pequeños detalles de azúcar *tutti colori*. ¡Se acababa de convertir en la mejor noche de mi vida!

Nos sentamos en el suelo, rodeadas de almohadas, y nos pusimos a hablar. La luz tenue de las velitas y el aroma suave a vainilla que se desprendía de ellas me hacían relajarme. Mientras nos pintábamos las uñas y nos hacíamos mascarillas, hablamos de todo un poco, dejando de lado nuestros problemas por unas horas.

A las ocho en punto, bajamos a ver a los padres de Emily. Mientras bajábamos por la escalera de madera, me di cuenta de un detalle en el que no había caído antes: las paredes de la casa estaban llenas de fotos. Algunas eran retratos familiares, pero la gran mayoría eran de caballos en competiciones, trofeos y momentos que parecían importantes.

—Toda mi familia ha estado en el mundo del caballo desde siempre —comentó Emily al ver mi interés—. Mis bisabuelos ya montaban a caballo, así que esto viene de muchas generaciones atrás. Mi madre y yo somos como dos gotas de agua, ¿verdad? —añadió Emily.

Me fijé en una foto en particular. La madre de Emily llevaba un elegante frac de color verde oscuro y sujetaba una enorme copa con una sonrisa idéntica a la de Emily.

—Sois igualitas —dije con admiración.

—Mis padres se conocieron en una competición y, cuando se retiraron del alto rendimiento, decidieron centrarse en la compraventa de caballos. Convirtieron lo que antes era solo una pequeña cuadra familiar en un negocio internacional.

Era fascinante escucharla. No solo era un negocio, sino una tradición familiar que se transmitía de generación en generación. Obviamente vi claro que el futuro de Emily estaba ahí, siendo la próxima en coger las riendas de esto, aunque a ella no le convencía mucho.

Al llegar al salón, sus padres nos recibieron con una sonrisa.

—Así que vosotras sois Olivia y Brooke —dijo su padre, con voz firme pero amigable—. Hemos oído hablar mucho de vosotras.

—Solo cosas buenas, espero —respondí con una sonrisa nerviosa.

—Por supuesto —dijo su madre—. Emily siempre nos habla de sus amigas de la academia. Nos alegra que estéis aquí.

Nos sentamos con ellos unos minutos, y la conversación fluyó de manera natural. Nos preguntaron sobre la academia, nuestras aspiraciones y cómo nos sentíamos en este mundo tan exigente. Se notaba que eran personas apasionadas por lo que hacían, y aunque en un principio imponían respeto, su calidez hacía que fuera fácil hablar con ellos.

Después de un rato, nos despedimos y volvimos a la habitación para seguir con nuestra noche de chicas.

Nos sentamos de nuevo en los colchones para seguir hablando de todo lo que se nos pasaba por la cabeza.

—Chicas, tengo que pasar página con Will —soltó de repente Brooke, suspirando profundamente—. Esto de que me haga elegir entre los caballos o él… no. Pregunta errónea. ¿Qué esperaba que contestara?

Emily y yo nos quedamos en silencio, escuchándola. Brooke seguía dándole mil vueltas al tema.

—Me ha costado mucho llegar hasta aquí, y estoy persiguiendo mis sueños. Si podemos compaginarlo, genial, pero, si no, no tiene sentido seguir. Todo el mundo cree que estamos locas, pero montar a caballo y querer dedicarse a esto es un estilo de vida, no es algo para un rato y ya. Estoy segura de que, si se colaran en nuestra cabeza, verían que es un 24/7 pensando en caballos.

—Claro que sí, Brooke —le dije, convencida.

—¿Y tú, Olivia? ¿Qué vas a hacer con Jack? —preguntó Emily.

—No lo sé, chicas. Quitando estos últimos días, que no entiendo qué le ha pasado, estos meses me lo he pasado muy bien con él. No sé… ¿qué hago si me vuelve a hablar?

—Yo hablaría con él. Quizás tiene una razón de peso para estar así. Creo que no es tan chulo como aparenta, es una coraza. He escuchado que ha tenido una vida complicada. Aunque, si deja de hablarte por esto, voy a pensar que es idiota por completo.

—¿Y si no me escribe? —les dije.

—Pues en unos días le pones un mensaje de: «Oye, idiota, ¿ya has dejado de preocuparte por mí o qué?». Y te quedas tan ancha. Al menos lo habrás intentado.

Estallamos todas a reír a carcajadas.

Las tres películas que nos había dejado Elizabeth eran perfectas para una noche de chicas. Teníamos para escoger entre: *Un pequeño favor, El diario de Bridget Jones* y *Pequeña Miss Sunshine*. Finalmente, optamos por *Pequeña Miss Sunshine* mientras seguíamos pintándonos las uñas.

Entre risas, secretos y algún que otro comentario sobre lo desastrosa que era nuestra vida amorosa, el tiempo se nos pasó volando. Para cuando la película terminó y nos cansamos de hablar, ya eran casi las tres de la madrugada, pero aún seguíamos picoteando restos de chucherías.

—¿Os dais cuenta de que, cuando estamos juntas, todo lo malo parece menos importante? —dijo Brooke, abrazando una almohada.

—Es porque somos un equipazo —respondió Emily, sonriendo—. Y nada ni nadie va a cambiar eso.

—Gracias, chicas, por aparecer en mi vida en la academia, de verdad que no sé qué habría hecho sin vosotras —dije, con una sonrisa sincera mientras las miraba—. Habéis estado ahí en los buenos y en los malos momentos.

Capítulo 16

Al día siguiente, me desperté con un mensaje de Instagram en el móvil que decía:

@Jack.Hawthrone: ¿Podemos vernos?

Parecía que alguien nos había escuchado la noche anterior, o que yo lo había manifestado tan fuerte esa noche que se había hecho realidad. Siguiendo el consejo de las chicas, acepté hablar con él. Así que respondí:

@Olivia.Thorn: ¿Cuándo y dónde te gustaría? ¿Qué quieres hacer?

@Jack.Hawthrone: Hablar. Entrada del castillo a las doce de la noche. De nueve a diez estoy castigado quitando hierbas de la pista.

¿Castigado? pensé, sorprendida. ¿En qué momento Jack había hecho algo tan malo como para acabar recogiendo hierbajos?

@Olivia.Thorn: Nos van a pillar.

@Jack.Hawthrone: No te preocupes, yo me encargo. No vas a romper más normas de las normales.

Esa noche, Jack apareció vestido con un pantalón de chándal, una chaqueta bastante gruesa, el pelo mojado como si acabara de salir de la ducha, y con su característico estilo de chico malote.

—Ey, ¿cómo te encuentras? —dijo.

—Bien, Jack. Si he venido solo para que sigas vigilando mis constantes vitales cada minuto, me vuelvo a la residencia.

—No… Perdona, no era mi intención. Es solo que estoy preocupado —me dijo mientras me tocaba el brazo—. Me gustaría contarte algo —continuó mientras sacaba un manojo de llaves y abría una de las puertas laterales del castillo.

—¿Cómo…? ¿Por qué tienes estas llaves?

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dijo mientras cerraba la puerta a mis espaldas—. Vamos a sentarnos en un sitio más cómodo.

Era una parte del castillo de la que nunca me había percatado. Tampoco me había dado mucho tiempo a investigar, porque de normal las clases nos tenían absorbidos y nunca me había planteado qué salas había más allá de las veinte aulas que usábamos para las clases. Pasamos por varios pasadizos oscuros y giramos varias veces, tanto a la derecha como a la izquierda. Los pasadizos eran fríos, y solo estaban vigilados por gárgolas de diferentes tamaños y formas que se mostraban colgadas en las paredes.

—Jack, sé que no estás interesado en secuestrarme, pero esto me está dando un poco de mal rollo.

—¿Estás asustada? —dijo girándose a la vez que me cogía la mano—. Enseguida llegamos.

Ahora sí lo estaba, pero no por el lugar al que íbamos, sino por todas las emociones que me invadieron al sentir su mano firme, guiándome hasta la puerta.

Entramos en una estancia donde estaban dispuestos dos sillones. En uno de los laterales de la sala había otra gran puerta que parecía dar a un despacho, pero quedaba tan oscuro que era difícil de ver.

—Esta es el ala oeste del castillo. Ahora apenas se usa, pero solía jugar en esta sala cuando era pequeño, mientras esperaba que mi madre terminara de trabajar —continuó—. Antes no tenía este aspecto lúgubre y oscuro, había mucha luz, y los alumnos entraban y salían del despacho mientras yo tenía toda una colección de

caballos de juguete con sus respectivos boxes y *outfits* de la marca *Lemieux*.

—No sabía que tu madre trabajara aquí en la academia.

—Trabajaba, en pasado, Olivia —su rostro se apagó de golpe—. Justo esto era lo que te quería contar —dijo señalando los sillones.

Estaba claro que Jack había preparado el ambiente para que estuviéramos cómodos. Un pequeño fuego en la chimenea calentaba la sala, y en cada sillón había dos mantas de cuadros rojos y beiges para taparnos y resguardarnos del frío. Me senté en uno de ellos mientras observaba a Jack.

—Mi familia, al igual que la mayoría de las familias de alumnos de esta academia, ha tenido su historia aquí —empezó, y su tono se volvió más serio—. Mis padres eran jinetes de salto, y muy buenos, eran un *dream team*. Mi padre era profesor de la academia, entrenaba a los alumnos de último año, y mi madre era la directora más joven que había tenido esta academia. Por eso me pasaba largas horas jugando aquí de pequeño.

Me recoloqué en el sillón mientras seguía escuchando atentamente a Jack

—Cuando tenía seis años, en una competición, el mejor caballo de mi madre rehusó y ella salió disparada hacia delante. Impactó contra las barras de los saltos. Al levantarse parecía que todo estaba bien, la miraron en la ambulancia y la dejaron irse, le dijeron que solo tenía una pequeña contusión en la espalda —dijo Jack, entrecortando las palabras e intentando respirar con tranquilidad—. En la pista de calentamiento, volvió a montar a su caballo para quitarse esa espinita. Fue bien y todo parecía normal, hasta que volvimos a casa, y todo lo normal se volvió oscuro. Mi madre solo se sentía un poco rara y mareada, así que decidió irse a dormir. A la mañana siguiente, no despertó. La autopsia reveló que había tenido una contusión en la cabeza muy fuerte, aunque llevara el casco, y una hemorragia interna. Además, si hubiera ido al hospital, probablemente se habría salvado.

Por un momento, me quedé petrificada. No sabía qué decir y solo me salió:

—Oh, Jack… No sabía nada de esto…

—No te preocupes, no lo llevo escrito en la frente —dijo, intentando sacarle hierro al asunto, aunque su voz denotaba una tristeza evidente.

—Debió ser un golpe muy duro para ti.

—Yo era muy pequeño, aunque sí, fue muy complicado. Pero para quien fue realmente difícil fue para mi padre. Se querían muchísimo, eran como dos almas que se habían encontrado, y él no supo pasar página. Dejó el trabajo, dejó de montar, empezó a descuidarse y los servicios sociales le quitaron lo único que le recordaba a ella: a mí.

Jack bajó la mirada, respirando profundamente.

—Cayó en una depresión, mientras que a mí me mandaron con mi tío Erik que vivía en el pueblo del lado. Así, mi padre podría recuperarse del todo. La verdad es que a mi tío esto de ser padre de golpe le quedó grande, aunque tenía todo el dinero del mundo para nanis y un servicio que cuidara de mí.

—¿Y a tu padre? ¿No lo ves?

—Sí, lo veo de vez en cuando, pero cuando decidí volver a montar y se lo conté, no le sentó muy bien. Prefirió poner un poco de muro entre nosotros antes que afrontar que me podía caer y pasarme como a mi madre. Supongo que necesita más tiempo.

—¿Y a ti, no te dio miedo montar?

—No sé si eso corre por mis venas o es genética, pero no pude evitarlo. Pasé un tiempo lejos de los caballos, pero a los siete u ocho años, lo único que me hacía feliz era estar con ellos.

—¿Y cómo volviste a este mundo?

—Lo único bueno de criarme con Erik fue la poca atención que quería darme y los caprichos que me daba con tal de no escucharme. Así que pedí un poni y empecé a entrenar cada día con los mejores. Quería esforzarme al máximo. Al principio, quería

montar tan bien para no caerme nunca, hasta que aprendí que caerse del caballo iba implícito dentro de la palabra equitación.

—¿Y cuando te caías? —En mi cabeza había mil preguntas que quería hacerle, pero dejé que él continuara.

—Me daba pánico, pero lo fui controlando. Me chequeaba muy bien después de una caída, hasta…

—¿Hasta qué, Jack?

—Hasta que me dijeron que te habías caído y te vi en el suelo, y después en el hospital, y cuando volviste a la academia seguías diciendo que tenías molestias… Ahí tuve un *déjà vu* que me invadió y me hizo actuar como no debía.

—Jack…, me siento fatal ahora mismo.

—No te preocupes, Rompenormas, no tienes por qué saberlo todo.

—Hasta en Navidades te puse que disfrutaras con tu familia… —contesté sintiéndome aún peor—. Madre mía, y seguro que echabas muchísimo de menos a tus padres. Qué mal.

—Ven, quiero enseñarte algún secreto más de la academia —dijo cambiando de golpe su expresión y sonriendo otra vez.

—¿Exactamente cuántas normas estamos rompiendo? —dije tratando de aligerar el ambiente.

—Mmm… déjame que cuente: son las doce de la noche, cuando a las diez deberíamos estar durmiendo, somos dos alumnos de dos casas diferentes, escondidos, y eso se podría malinterpretar. Estamos hablando en una zona prohibida para los alumnos… Mmm… creo que hemos roto suficientes normas como para que nos echen.

—¡JACKK!

—¡No te preocupes! Si nos echan, no va a ser esta noche.

Capítulo 17

Por las grandes ventanas que había en los laterales de los pasillos, se podía ver el cielo negro, lleno de pequeñas estrellas brillando fuerte. Solo se escuchaba el eco de nuestros pasos resonando por los pasillos del ala oeste. Menos mal que confiaba en Jack y no creía en fantasmas, porque ese sitio daba muy malas vibraciones. Me acerqué a Jack, ahora mismo solo quería estar cerca de él, y más después de todo lo que me había confesado. Se notaba que algunos pasadizos estaban poco transitados, aunque alguien debía usarlos de vez en cuando.

Jack caminaba delante de mí y jugaba con las llaves en su mano. Había más de una, y yo solo me preguntaba qué íbamos a hacer allí y qué abriría cada una de esas llaves.

—¿Seguro que deberíamos estar aquí? —pregunté, por quinta vez en la noche de hoy.

Jack me miró por encima del hombro, con una de esas sonrisas suyas que parecía decir «confía en mí, aunque no deberías».

—No te preocupes, Olivia. Nadie viene aquí nunca. No romperemos más normas.

Le lancé una mirada escéptica.

—¿Y tener esas llaves no cuenta como romper alguna norma?

Él se encogió de hombros.

—Ventajas de ser yo.

Seguimos avanzando, y las cosas se volvieron aún más raras. Las puertas de las salas estaban cerradas con llave, pero en algunas se podía ver cómo se colaba una tenue luz proveniente del interior. Me detuve frente a una que tenía un cartel que decía «Criogenización».

—¿Criogenización? —murmuré, leyendo en voz alta. Luego miré otra puerta, que decía «Clonación», seguida de una de «Reproducción».

—Jack, ¿qué es todo esto? —pregunté, tratando de mantener mi voz neutral, aunque por dentro tenía una mezcla de fascinación y escalofríos.

Jack se detuvo, apoyando la espalda contra una pared y cruzando los brazos, haciéndose el interesante.

—No tengo ni idea —contestó.

—¿Cómo que no tienes ni idea? —pregunté, frunciendo el ceño —. Entonces, ¿por qué tienes las llaves?

—Para hacer experimentos secretos en mi tiempo libre, obviamente —respondió, poniendo los ojos en blanco con dramatismo y una sonrisa traviesa.

—Jack…

—Vale, vale —alzó las manos, como rindiéndose—. La verdad es que nunca me ha importado mucho lo que hacen aquí. Descubrirlo significaría romper muchas más normas, y bueno, creo que ya rompo suficientes normas contigo.

No pude evitar reírme un poco.

—Me parece fascinante a la vez que estremecedor —dije, mirando otra puerta por la que, por el zócalo, salía un rayo de luz—. Esto es de locos.

Seguimos andando. Los pasillos parecían no tener fin, como si el ala oeste fuera un laberinto diseñado para perderse. Finalmente, llegamos a un rellano más amplio. Había tres puertas. Una era enorme, de madera oscura con herrajes antiguos y tallada a mano con cabezas de caballos, jinetes y libros, y un cartel en el que se leía «Biblioteca histórica». Otra era más pequeña y tenebrosa, con un letrero que decía «Cripta». Y finalmente, la puerta a la que se dirigía Jack: la puerta que daba acceso a la sala de trofeos y reliquias. Tallada en madera oscura también, estaba decorada con ramas de laurel que se entrelazaban entre ellas.

Jack abrió la puerta con una de sus muchas llaves. Al cruzarla, me vino un olor a madera antigua y cuero envejecido. Las paredes estaban cubiertas de vitrinas de cristal, llenas de trofeos antiguos, medallas de oro, plata y bronce, cada una cuidadosamente etiquetada con el nombre del jinete, la competición y el año en el que se ganó. En el centro de la sala, sobre una gran pieza de mármol, había piezas icónicas: sillas de montar de cuero negro, espuelas doradas que debían tener más de doscientos años y bridas engalanadas.

Una gran lámpara colgante iluminaba toda la sala.

—¿Una sala de trofeos? —pregunté, arqueando una ceja.

Jack asintió y señaló hacia una de las vitrinas.

—Ven, quiero enseñarte algo.

—En la cripta que has visto al lado están enterrados los jinetes más famosos de Inglaterra —explicó Jack, con una voz más suave de lo habitual—. En estas tierras hace siglos, se formaban guerreros a caballo. Los que se ganaban el título de caballeros eran enterrados aquí, junto con las cenizas de sus caballos, como un símbolo de su vínculo. Cuando se construyó la academia se trasladaron los restos a la cripta —continuó mientras yo escuchaba atentamente—. Y en esta sala de trofeos, tienen sus pertenencias más importantes. Hay monturas aquí que deben ser de las primeras que se hicieron.

Caminé a su lado, observando los nombres y las fechas de cada trofeo. Algunas eran tan antiguas que apenas se podían leer. Entonces, Jack se detuvo frente a una vitrina que era diferente. Estaba impecable. El oro de los trofeos relucía mucho más que los otros, no había una mota de polvo. En la parte de arriba había una montura algo más nueva que el resto de ellas, y una fotografía enmarcada apoyada en frente a las medallas.

Me acerqué, y mi corazón dio un vuelco al ver la imagen de una mujer que, aunque más joven, se parecía mucho a Jack.

—¿Es ella? —susurré.

Jack asintió, con una expresión serena.

—Mi madre. Tiene aquí sus cosas porque este lugar era todo para ella. Aprendió a montar aquí, creció aquí, trabajó aquí y decía que nunca se sentía más en paz que cuando estaba en la academia.

Tragué saliva, sintiéndome muy pequeña respecto a este lugar tan lleno de significado.

—Es precioso, Jack, que conservéis sus cosas aquí —dije finalmente, porque no sabía qué más decir.

Jack sonrió.

—Sí, lo es.

Me fijé en otros nombres. Estaba el fundador de la academia, sir Edmund Harrington, jinetes que habían hecho historia en doma, salto y carreras, y también un espacio dedicado a los caballos. Grandes placas con nombres y grabados que contaban las historias de los mejores caballos de Inglaterra y sus hazañas.

—Todo esto… —empecé, mirando a mi alrededor—. Hace que te des cuenta de cuánto significa este lugar, cuánta historia hay detrás.

—Sí, me encanta descubrir todos estos rincones, aunque lo mejor es la biblioteca histórica. Te morirías ahí —dijo Jack, con una sonrisa que volvía a ser esa mezcla de travesura y sinceridad.

—Sería brutal poder ir —dije, poniendo cara de «por favor, llévame», y añadí—. Entonces, ¿siempre vienes aquí?

—Bueno…, aquí vengo algunas veces, pero también uso las llaves para evadirme y explorar el castillo.

No pude evitar reírme.

—Claro, Jack. Porque a mí me llamas Rompenormas, pero estoy descubriendo que a ti te pertenece el título oficial.

Él me miró y, en ese momento, todo se me revolvió por dentro. De verdad que no sabía qué me estaba pasando. Estos últimos momentos con Jack, solo me daban ganas de abrazarlo y decirle que todo estaba bien. Solo tenía ganas de estar más y más horas molestándonos el uno al otro, haciendo bromas y sintiendo esas mariposas en el estómago que sentía cuando me miraba así. Definitivamente se me había pasado el enfado de la semana anterior, porque ahora lo entendía todo.

Jack me acompañó hasta la puerta de mi residencia, volviendo a escondidas por el bosque para evitar que nadie nos viera, mientras seguíamos comentando en voz baja todas las cosas que debía ocultar la academia y que nosotros no sabíamos. Nos paramos en la puerta y, apartándome un mechón de la cara, dijo:

—Me gustas mucho, Olivia. Nos vemos mañana. Buenas noches.

Era la primera vez que alguien me decía algo así. Y así de sincero. No supe qué responder, mi mente estaba completamente en blanco. Apenas logré articular un «buenas noches» mientras lo veía alejarse, de nuevo hacia el bosque.

Entré de puntillas en la habitación. Brooke y Emily dormían profundamente. Me senté en el borde de mi cama, aún sin saber cómo procesar todas las emociones de esa noche. Quería contarles todo, desde las luces que se colaban por debajo de las puertas del ala oeste, hasta la cripta y la sala de trofeos. Pero, de momento, la historia de la familia de Jack me la iba a guardar para mí. Sin embargo, sobre todo, necesitaba que me ayudaran a descifrar lo que yo misma sentía.

Capítulo 18

No era fan de los pasillos blancos de hospital ni del olor a desinfectante, pero si traían buenas noticias, podía soportarlo todo. Me senté en la sala de espera, con las piernas temblando bajo la mesa. No podía evitarlo. Habían sido casi dos semanas largas, eternas, alejada de la montura, pero finalmente había llegado el día: la revisión final y el momento que me iban a quitar los puntos.

El médico entró con una sonrisa, me retiró la venda y revisó mi brazo. Después de algunas preguntas, dijo una de las frases que más deseaba escuchar:

—Está curando muy bien. Vamos a quitar esos puntos.

No pude evitar soltar una pequeña risa de alivio. Sentí un pinchacito tras otro mientras retiraba cuidadosamente cada punto de sutura, y aunque dolía un poco, lo único que pensaba era en volver a montar. Cuando terminó, me colocó una nueva venda fina y me dio las recomendaciones finales: evitar que le diera el sol directo si no quería que me quedara una marca más visible.

Hizo unos movimientos más con mi brazo y añadió:

—Definitivamente, estás lista para volver a montar —dijo con una sonrisa—. Pero de manera progresiva: diez minutos al día y empezarás dentro de tres días. No hagas locuras: tu brazo aún tiene menos fuerza, así que ve entrenándolo poco a poco.

No salté de la silla y lo abracé, porque habría quedado muy raro, pero mi corazón estaba acelerado. Si me hubieran preguntado cuál era la frase que necesitaba escuchar, era esa.

El viaje de vuelta a la academia fue un torbellino de emociones. En cuanto llegué, corrí hacia los *paddocks*. Liberty levantó la cabeza,

parecía que me esperaba tan impaciente como yo. Su relincho al verme me sacó una sonrisa.

—¡Lib! —le dije mientras le acariciaba el hocico—. ¿Listo para volver a la acción conmigo?

Conté las horas, los minutos y los segundos de los dos días siguientes, mientras hacía ejercicios de refuerzo para el brazo, hasta que ya no pude más. Me notaba casi perfecta. Preparé a Liberty con más cuidado que nunca, estrené uno de los sudaderos granates de la academia que tenía guardados en las cajas, la ocasión lo merecía. Me aseguré de que estuviera perfecto. Lo cepillé a fondo, revisé la cincha y le ajusté la brida. Cada paso que daba lo saboreaba al máximo. Una vez preparados, nos dirigimos a la pista de doma.

Al entrar, respiré hondo, coloqué a Liberty al lado del banquito y puse un pie en el estribo. Escuchar desde arriba el sonido de los cascos de Liberty sobre la arena era música para mis oídos. Calentamos suave, con diez minutos al paso (estos no contaban como los diez minutos totales que nos había dicho el doctor, porque, desde un punto de vista técnico, no usaba mi brazo…, así que, en mi lógica perfectamente razonable, los diez minutos empezaban a contar cuando ya comenzara a trotar o galopar). Seguí con un trote suave, tenía que ir testeando cómo estaba el brazo después de esas semanas sin apenas usarlo. Dependiendo del movimiento, notaba un pequeño tirón en la parte donde había tenido los puntos, pero nada del otro mundo. Era una molestia que quedaba cubierta por la emoción. Parecía como si no hubieran pasado dos semanas. Alexander había montado muy bien a Liberty, lo notaba elástico, contento, y Liberty había avanzado bastante en ese tiempo. Probamos algunos ejercicios básicos: serpentinas, cesiones, vueltas directas e inversas. No me quería complicar mucho, simplemente quería volver a tener ese *feeling* montando.

—Eres increíble, Lib. Absolutamente increíble.

Cuando volvimos al *paddock*, organicé todas nuestras cosas con cuidado, todavía con una sonrisa de oreja a oreja. Aproveché que tenía algo de tiempo para limpiar todas las estanterías del

guadarnés, que ya les hacía falta. Abrí uno de los armarios para limpiarlo a fondo y, de repente, los papeles de Liberty cayeron al suelo. Me agaché para recogerlos, pero la cartilla holandesa con el árbol genealógico entero se había separado. Algo me hizo fijarme más de cerca.

Su padre, *For Gribaldi*, fue un famoso caballo negro de doma clásica. Eso ya lo sabía, ya que normalmente nos fijamos más en la línea del padre, pensé. Pero su madre… Miré la línea donde ponía toda su información y decía: *SpringPaard*.

—¿Una yegua de salto? —susurré, sorprendida. Porque nunca me había parado a mirar los papeles detenidamente. La habilidad natural para saltar de Liberty no era casualidad. Era porque realmente por sus venas corría sangre saltarina.

Sin pensarlo dos veces, le hice una foto a los papeles y se la mandé a Jack con un mensaje:

@Olivia.Thorn: ¡Jack! Mira esto. Su madre era de salto. ¡Ahora todo tiene sentido!

Su respuesta no tardó en llegar.

@Jack.Hawthrone: ¡Eso lo explica todo! Por cierto, tengo algo para ti. Esta noche, dejo la llave de la biblioteca histórica del ala oeste, escondida en la puerta principal. Pásate si te apetece cotillear.

Seguidamente llegaron dos mensajes más:

@Jack.Hawthrone: Pero no te pierdas. No quiero venir a rescatarte.

@Jack.Hawthrone: Ah, y nos vemos esta tarde con Winterfell. Vuelta al salto. Estaré ahí.

Tenía muchas ganas de volver a sentir la emoción de saltar y ver cómo estaría después de la caída, mentalmente. Cuando llegué a la pista de salto, todos se encontraban allí: Brooke y Emily me saludaron desde la valla con sonrisas emocionadas, Harper y Grace

estaban más cerca de la pista, y Jack hablaba alegremente con Alexander, quien ajustaba la montura de Winterfell. La yegua estaba preciosa; le habían cortado las crines hacía poco y las tenía tan rectas que parecían cortadas con una regla. Alexander la aguantaba mientras me saludaba.

—Está lista *per te*, Olivia —dijo Alexander con calma, pasando la mano por su cuello—. Winterfell hoy está tranquila, ¿vale? Le he dado un poco de cuerda antes, así que no te agobies. Poco a poco, solo nos quedaremos *lavorando* por aquí.

Asentí, pero al ver a Winterfell y a todos ahí, se me hizo un nudo en el estómago que crecía con cada segundo. Me acerqué a Winterfell y le acaricié el hocico. Decidí andar a su lado, hasta el cajón que había en una esquina de la pista para ayudarme a subirme.

—Puedes hacerlo —dijo Jack, acercándose a mi lado y poniéndome una mano en el hombro—. Solo respira.

—Me estáis poniendo más nerviosa entre todos, Jack —respondí, más brusca de lo que pretendía. Él me miró, un poco sorprendido, pero no dijo nada.

Alexander empezó a preparar la pista, colocando una cruzada en el centro, que apenas debía llegar a treinta centímetros del suelo en su punto más alto.

—Empezaremos con algo muy sencillo. Solo para que reconectéis un poco con el salto. Trota hacia la cruzada. Mirada al frente, no te centres en el salto. *Siamo tutti qui*.

Asentí con la cabeza y empecé a trotar con Winterfell hacia el salto con confianza. Pero a medida que nos acercábamos, todo mi cuerpo se tensaba. Winterfell fue acelerando poco a poco, por instinto; aunque no iba muy rápida, a mí me lo parecía. Mis manos empezaron a tirar de las riendas y, petrificada, paré justo delante del obstáculo.

—¡Vamos, Olivia! —gritó Harper desde la barrera—. ¡Puedes hacerlo!

—Es fácil para ti decirlo, Harper —respondí, con una voz cargada de irritación—. Tú no estás aquí arriba.

—¡Vuelve a intentarlo, Olivia! —gritó Brooke, intentando animarme—. ¡Si alguien puede hacerlo, eres tú!

Las palabras de ánimo no ayudaban. De hecho, parecían aumentar la presión. Lo intenté de nuevo al galope, pero el resultado fue el mismo: me congelé al coger la línea recta encarando la cruzada. El más mínimo cambio de velocidad de Winterfell me petrificaba. Aunque sabía que no había ningún peligro, me notaba incapaz de controlar mis piernas y mis manos.

Alexander se acercó, expresivo como siempre, pero esta vez podía ver la preocupación en cómo me miraba.

—No pasa nada, Libby. Estás aquí, lo estás intentando. Eso ya es algo.

—¡No es suficiente! —le grité, sorprendiéndome incluso a mí misma—. ¡No puedo hacerlo, Alexander! ¡No entiendo por qué no puedo!

Él dio un paso atrás, dejándome espacio, pero no apartó su mirada.

—Claro que puedes. Solo tienes que dejar de *pensare* tanto —contestó Alexander.

—No lo entiendes. Ninguno de vosotros lo entiende.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Grace intentó intervenir.

—Olivia, todos hemos pasado por alguna caída. Es normal tener miedo. Verás como, en un momento dado, tu cabeza hará *click* y volverás a ser capaz de saltar —añadió Grace.

—¡Esto no es miedo, Grace! Esto es… ¡es como si mi cuerpo se hubiera olvidado de saltar y montar!

Winterfell se estaba poniendo nerviosa. Lo notaba, así que paré y desmonté rápidamente. Me faltaba el aire, me puse a temblar.

—No puedo. Basta. —le dije a Alexander mientras le daba las riendas de Winterfell.

Salí por la puerta de la pista, dejando a todos atrás. Harper se acercó, pero la detuve antes de que pudiera decir nada.

—Déjame en paz. Todos. ¡No lo entendéis!

Apenas podía respirar, sentía una mezcla de frustración y miedo que me recorrían por dentro. Me adentré en el bosque de la zona de la casa de completo, mirando al suelo mientras las lágrimas empezaban a salir sin parar.

Desde lejos, escuché a Jack hablar con los demás.

—Dejadla. Necesita espacio.

Nadie se acercó. Me senté debajo de un árbol para relajarme, recuperando la respiración normal e intentando no llorar más. Quería ponerme a analizar la situación y ver qué podía hacer para revertirla. Solo escuchaba mi respiración errática, rápida y superficial, como si mi pecho no pudiera expandirse lo suficiente para coger todo el aire que necesitaba. Intentaba inhalar y exhalar lentamente, pero cada inhalación era entrecortada y venía acompañada de pequeños jadeos. Mi corazón parecía que se iba a salir del pecho, pero me forcé por cerrar los ojos y concentrarme en respiraciones largas.

Por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba completamente sola y me lo había buscado hablándoles así a todos. En mi cabeza no paraban de pasar una pregunta tras otra: ¿y si no soy capaz de volver a saltar?, ¿y si me echan de la academia?, ¿me van a quitar la beca si suspendo el examen final de completo de abril? Porque, claro, un jinete que no sea capaz de saltar no tiene sentido que se siga formando aquí, dada la importancia que se le da a las tres disciplinas olímpicas.

Aquella noche, agotada por la tarde que había pasado, pero sin poder pegar ojo, decidí usar la llave que Jack había dejado. Me colé en la biblioteca histórica del ala oeste a ver si, de esa manera, me despejaba un poco la mente. Jack había dejado la llave escondida en una maceta que había junto a la puerta del ala oeste, así que yo pude entrar sin problemas. Sorprendentemente, no me perdí y no me costó mucho encontrar la gran puerta de madera, con relieves

de libros y plumas. Al abrirla, un olor a páginas antiguas me envolvió.

No había visto una sala así en mi vida. Un gran candelabro colgaba del techo, iluminando las estanterías que se alzaban hasta lo más alto, repletas de libros de todos los tamaños. En las paredes, perfectamente ordenados por materias, había tratados de equitación, doma clásica, anatomía equina, e incluso volúmenes sobre el comportamiento del caballo. Algunos eran tan antiguos que sus solapas crujían al mínimo roce de mi dedo, como si fueran a desintegrarse en cualquier momento. En el centro, varias mesas de madera oscura tenían pequeñas lámparas que proyectaban una luz cálida y acogedora. Algunos libros estaban abiertos en atriles, como si alguien los hubiera estado leyendo hacía apenas unos minutos. Todo aquello era como viajar en el tiempo.

Me acerqué a una de las mesas y cogí el primer libro, Principios básicos del entrenamiento ecuestre, pero al lado había uno que me llamó más la atención. Estaba muy bien cuidado, lucía una tapa dura, negra, con letras doradas, papel amarillento, realmente parecía de los más antiguos de ahí. En la portada, con letras mayúsculas y grandes, ponía: JENOFONTE, *Sobre la equitación*, 401 a. C. Comencé a leer.

> (…) No puedo apreciar un asiento si estoy sentado en un sillón con las rodillas muy arriba. Correctamente, un jinete tiene que sentarse con las piernas abiertas y el busto recto, porque de esta forma puede agarrarse mejor con los abductores al caballo y así montar con más presión (…) Un caballo ha de ir reunido en los giros, ya que no es seguro, cómodo ni fácil para un caballo girar con velocidad y en poco tiempo… Pero si el jinete cierra el caballo, no debe de girarlo con las riendas inclinándolo ni inclinándose él mismo hacia el giro. Si no tiene esto en cuenta, ambos caerán al suelo… Si hemos entrenado unas lecciones lo suficiente, el caballo debe de poder descansar… No se debe de bajar fuera de la pista, sino allí, donde hemos exigido al animal su esfuerzo, allí debe de poder descansar también.

Página tras página, me parecía aún más increíble que tantos años atrás ya se hubieran hecho escritos como esos. Me quedé varios minutos pasando los dedos por las páginas. Leer seguía siendo mi refugio.

Pensé en mis amigos. Me sentí culpable por haberles hablado mal. Ellos solo intentaban ayudarme, pero yo no había sabido gestionarlo, y no se merecían que les hablara así.

Mientras cerraba uno de los libros, para volver a la residencia mucho más tranquila y algo más positiva, mi teléfono vibró. Era un mensaje de Jack.

> **@Jack.Hawthrone:** A veces es necesario perderse y fallar para volver a encontrarse y volar. Descansa, Olivia, y cuando estés preparada, hablamos.

Sonreí tímidamente. Tal vez Jack tenía razón. Tal vez estaba bien perderse de vez en cuando, si eso me ayudaba a encontrar el camino de vuelta.

Capítulo 19

El autobús arrancó del *parking* de la academia rumbo a Twin Oaks Driving Academy, el lugar donde íbamos a practicar la disciplina del enganche. Me hundí en mi asiento, evitando las miradas de Brooke, Harper, Emily y Grace, que seguían cuchicheando, todavía algo molestas por mi actitud de ayer. Me arrepentía de haberlas dejado plantadas después de que solo intentaran ayudarme, pero no estaba lista para hablar del tema que realmente me preocupaba: mi miedo a saltar. Si alguien mencionaba a Winterfell hoy, sabía que volvería a encerrarme en mí misma.

—Chicas…, siento lo de ayer —murmuré finalmente, sin mirarlas a los ojos.

Sentí cómo todas se giraban hacia mí de golpe.

—No debería haberos hablado así. Lo siento mucho. No os lo merecéis.

Brooke fue la primera en romper el hielo.

—Vale, pero no puedes guardártelo todo para ti. Cuéntanos qué pasa por esa cabecita tuya. Estamos aquí para ayudarnos, Olivia —dijo, mientras todas venían a abrazarme—. Lo conseguirás.

Asentí con un nudo en la garganta, pero no dije más. Afortunadamente, Mr. Arthur se levantó de su asiento al frente del autobús y empezó su explicación sobre la disciplina del enganche.

—El enganche es una disciplina muy emocionante —dijo con su característica voz firme—. Tiene sus orígenes en el concurso completo, con la diferencia principal de que aquí se usa un carruaje tirado por uno, dos o cuatro caballos o ponis. Hay tres tipos de pruebas: doma, maratón y conos. Hoy, en Twin Oaks, nos

centraremos en la doma, que se realiza en una pista de cien metros por cuarenta metros. Trabajaremos en parejas, escogidas de manera aleatoria, y que se os dirán una vez lleguemos ahí.

Un leve escalofrío me recorrió. ¿En pareja? Miré de reojo a Jack, que estaba unas filas más adelante, hablando con Charlotte. Realmente me apetecía ir con él, y me estaba dando cuenta de que me daba rabia verlo charlando con «súper Charlotte». Aparté la vista antes de que él se diera cuenta de que lo observaba.

Cuando llegamos a Twin Oaks, me quedé boquiabierta. Las instalaciones parecían sacadas de una postal. A lo lejos, una enorme pista cubierta, con paredes color cemento, se levantaba rodeada de ventanales que dejaban entrar la luz natural. A nuestro alrededor, los campos verdes para la prueba de maratón tenían puentes, lagos y amplios caminos diseñados para que pasaran los carruajes. El autobús había aparcado junto a una pista al aire libre, llena de conos (cada uno con una pelota de tenis en la punta), que formaban un circuito complicado, entre los que también debían pasar los carruajes.

—*Wow*… —murmuré.

Brooke, a mi lado, asintió con una sonrisa.

Nos dividieron en grupos y anunciaron las parejas.

—Jack Hawthorne con Olivia Thorn.

Mi corazón dio un vuelco justo cuando Charlotte ponía los ojos en blanco de forma exagerada y protestaba, exigiendo que la pusieran con él. Pero el profesor no cedió. Jack, por su parte, pareció indiferente, aunque noté una sonrisa pícara cuando se acercó a mi lado.

La primera parte de la clase fue una introducción teórica sobre la disciplina del enganche. El profesor nos explicó los movimientos que debíamos realizar con los caballos en la pista y enfatizó la importancia de la comunicación entre los integrantes de la pareja. Cada uno tenía un papel esencial para guiar el carruaje.

Cuando llegó el momento de la práctica, no podía negar que estaba nerviosa. Probar disciplinas nuevas siempre era divertido,

pero no tenía ni idea de cómo funcionaba esto. Jack subió al carruaje con la naturalidad de alguien que lo hacía cada día, mientras yo intentaba no tropezarme al subir el gran escalón que separaba el suelo del asiento del carruaje.

Los caballos que nos habían tocado eran dos imponentes castaños de raza de tiro, probablemente Clydesdale. Se parecían a los del famoso anuncio de Budweiser, esos que también habían aparecido en el último anuncio comercial de la Super Bowl. Tenían pinta de ser tranquilos; no movían ni una pestaña. Aun así, su tamaño imponía respeto.

—Relájate, Olivia —dijo Jack con su sonrisa ladeada—. Esto no es más difícil que saltar un *oxer* con Winterfell, ¿no?

Mi estómago se encogió. Lo que me faltaba. Le dirigí una mirada fulminante.

—Ja, ja. Jack, qué gracioso. No hablemos de eso, ¿vale?

—Vale —respondió, levantando las manos en gesto de rendición. Pero su tono despreocupado me hizo pensar que no había terminado con el tema.

Al principio, nuestra coordinación era un desastre. Yo llevaba las riendas y Jack iba detrás del carruaje como *groom*, encargándose del contrapeso. Aunque íbamos al paso y su función era, más que nada, darme instrucciones, yo giraba demasiado brusco, confundiendo a los pobres caballos y haciendo que el carruaje se tambaleara. Luego frenaba de forma tan fuerte que nos íbamos de golpe hacia delante. Jack intentaba darme indicaciones con calma, y para mi sorpresa, él no había perdido los nervios en ningún momento, pero yo estaba demasiado tensa.

—Tienes que confiar en los caballos —dijo, poniendo sus manos sobre las mías para conducir juntos—. Ellos saben lo que hacen, pero tú tienes que guiarlos sin dudar.

Asentí, tomando aire profundamente. Poco a poco, empezamos a entendernos mejor, a trazar círculos y diagonales, e incluso salimos un poco al trote. Cada vez que hacíamos un ejercicio bien, Jack me miraba y sonreía. En un par de momentos, entre bromas y

desentendimientos con las instrucciones, terminamos estallando en carcajadas mientras todo el mundo nos miraba.

—Eres toda una experta, señorita Olivia. Ya puedes competir en esto —dijo finalmente. Y, por un instante, me lo creí.

Mientras tanto, Charlotte, que estaba en otro carruaje, hacía todo lo posible por llamar la atención de Jack. Pasaba muy cerca, intentaba giros complicados para los que no teníamos permiso y, en un momento dado, empezó a trotar y luego a galopar descontroladamente por la pista. Cuando quiso detener a los caballos, no pudo. Su compañero intentó ayudarla, pero no había manera de que volvieran a la calma.

Jack no dudó ni un segundo. Saltó del carruaje y corrió hacia el suyo para ayudarla antes de que alguien saliera herido. Yo me quedé inmóvil, observando la escena. Con determinación, logró aguantar a uno de los caballos mientras el profesor se acercaba, visiblemente preocupado y con cara seria. Charlotte intentaba monopolizar la atención de Jack, haciendo como que los caballos se habían descontrolado solos, que ella no había hecho nada y aseguraba que necesitaba que la acompañara alguien con más nivel que su compañero Josh para controlar a los caballos. Pero todos habíamos visto perfectamente lo que había pasado. Exageraba su reacción, fingiendo estar más alterada de lo que realmente estaba. Aun así, no consiguió su objetivo, porque Jack no tardó en regresar conmigo.

—¿Estás bien? —me preguntó, como si la que hubiese perdido el control de los caballos hubiera sido yo.

—Sí, claro, perfectamente —respondí—. La que se va a meter en un buen lío es Charlotte si sigue así.

—Nunca se cansa de querer llamar la atención de todo el mundo.

—Tu atención querrás decir —añadí con ironía.

Jack ignoró mi comentario y, con voz baja, dijo:

—Te dije que lo harías bien, Rompenormas.

Su mirada se fijó en la mía, muy intensa, muy directa.

Le sonreí con una expresión tonta, de esas que cualquiera interpretaría como una señal de que me estaban empezando a

gustar demasiado estos momentos con Jack. Porque, para ser honesta, así era.

Cuando volvimos al autobús, Brooke y Emily no paraban de lanzarme miraditas. Finalmente, Brooke rompió el silencio.

—Tú y Jack… hay algo, ¿verdad?

—¿Qué? —respondí con rapidez, pillándome totalmente de imprevisto.

Emily soltó una risita.

—Por favor, Olivia. ¿Os habéis besado ya? Los mensajitos, las miradas… Hoy en la pista saltaban chispas.

—No todo se reduce a un beso —dije, bajando la mirada y sonriendo sin querer—. A veces, lo bonito es lo que pasa antes.

Brooke me miró con una ceja alzada.

—Eso suena a «todavía no».

—O a «ya veremos» —respondí, encogiéndome de hombros mientras me giraba hacia la ventana—. Algunas cosas merecen esperar.

Pero mientras miraba por la ventana, con la imagen de Jack en la cabeza (siempre ayudándome, preocupándose por mí, atento a cada detalle), me sentía a gusto al recordar su confesión: que le gustaba mucho cómo era. Y esa sonrisa suya hacía que la mía apareciera sin darme cuenta. No pude evitar preguntarme si, en el fondo, solo me estaba engañando a mí misma.

Cuando llegamos a la academia, el aire frío de la tarde empezaba a notarse. Debía darle la cena a Liberty antes de ir al gimnasio. Sin embargo, al acercarme al *paddock*, vi a Mrs. Sabina esperándome. Su expresión era serena, pero sus ojos me miraban con una mezcla de curiosidad y autoridad.

—Olivia, ¿puedes venir un momento? Necesito hablar contigo —dijo, señalando en dirección a nuestro guadarnés.

Tragué saliva y asentí. Por su tono, sabía que no era precisamente para felicitarme por algo.

Dentro del guadarnés, Mrs. Sabina cerró la puerta detrás de ella, señaló una de las sillas y luego se cruzó de brazos.

—Me han dicho que estuviste en el ala oeste de la academia hace unos días. ¿Qué hacías allí?

Mi mente se aceleró, buscando una excusa. Finalmente, opté por la verdad a medias.

—Fui a la biblioteca. Lo siento mucho, Mrs. Sabina, pero necesitaba un lugar tranquilo donde no hubiera nadie.

Mrs. Sabina alzó una ceja, pero su expresión se suavizó ligeramente.

—La biblioteca histórica del ala oeste es un lugar especial. Muy pocos estudiantes la conocen. Tiene algunos de los textos más antiguos y raros sobre equitación y ciencias equinas. Es comprensible que quieras estar en un sitio así, pero deberías haberme pedido permiso primero.

—Lo entiendo, no volverá a pasar —dije, intentando sonar lo más sincera posible, aunque tenía claro que, con su permiso o sin él, volvería a esa sala tan llena de magia para seguir leyendo y aprendiendo.

—Espero que así sea —respondió Mrs. Sabina, aunque su tono se suavizó ligeramente—. ¿Sabías que esa sala fue construida hace unos cientos de años? Sir Edmund Harrington ordenó su construcción casi al mismo tiempo que fundó la academia. Es una joya histórica. Hay documentos que datan de los inicios de la cría y el entrenamiento equino —dijo, mientras yo recordaba el libro de Jenofonte que había estado leyendo.

Aproveché que parecía haberse relajado un poco para hacer la pregunta que me había estado rondando la cabeza.

—Mrs. Sabina, ¿puedo preguntarle algo un poco… raro?

Mrs. Sabina ladeó la cabeza, intrigada.

—Claro, dime.

—Cuando estuve allí, vi unas salas en las que por debajo de la puerta se veían luces, como si estuvieran en funcionamiento. Me pareció curioso, porque, a simple vista, el ala oeste parece medio abandonada.

Por un instante, pareció dudar, pero luego sonrió levemente.

—En la academia hay muchas salas destinadas a proyectos especiales. Algunas están alquiladas para investigaciones. De hecho, estamos a la vanguardia de la tecnología equina. Trabajamos en temas como la clonación, la criogenización y la reproducción avanzada. Algunos estudiantes de tercer año, los más destacados, pueden formar parte de estos proyectos de manera extracurricular. Si te interesa, Olivia, podría mover algunos hilos para que tengas la oportunidad de participar en segundo año. La clonación es un tema fascinante.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿En serio? Eso suena… increíble.

Mrs. Sabina asintió.

—Lo es. Pero, por el momento, tengo que advertirte. No puedes estar en esa zona, y menos en la biblioteca, porque si necesitas consultar algún libro antiguo, requiere supervisión por parte del bibliotecario, que viene los lunes y los martes, y mucho menos ir acompañada de cierto señorito… Hawthorne —añadió, levantando una ceja—. Este es tu primer y último aviso.

Sentí el color subir a mis mejillas, pero asentí rápidamente.

—Entendido, Mrs. Sabina. No volverá a pasar —mentí. Volvería a pasar.

Mrs. Sabina me sostuvo la mirada un instante más antes de cambiar de tema.

—Ahora, hablemos de tu próximo examen.

Vuelta al tema estrella, pensé.

—Tienes que volver a saltar, Olivia. No puedes suspender la prueba de completo. Si necesitas ayuda psicológica, pídela. Los jinetes de la selección siempre trabajan con especialistas para desbloquear sus miedos. No es una debilidad, es una herramienta.

—Lo pensaré —dije en voz baja—. Me está costando un poco, pero sé que puedo.

Antes de dejarme ir, añadió:

—¿Cómo te has encontrado con Liberty? Alexander ha hecho un gran trabajo con él. Estoy segura de que en el examen os irá muy

bien y mejoraréis rápido.

—Liberty está increíble —admití con una sonrisa—. Está cómodo y con muchas ganas de trabajar, y eso es lo más importante.

Mrs. Sabina sonrió, satisfecha.

—Me alegra oírlo. Ahora, ve a darle de cenar antes de que llegues tarde al gimnasio.

Esa noche, de vuelta a mi cuarto, ya tumbada en la cama, mi teléfono se iluminó con una notificación. Era un mensaje de mis padres.

Al abrirlo, vi un *selfie* de ellos con las llaves en la mano y nuestra nueva casa de fondo. El texto decía:

> Ya nos hemos instalado. Todo ha ido muy bien y ahora empezamos a deshacer las cajas. Te echamos de menos. ¿Cuándo podrás venir a vernos?

La emoción me invadió al verlos tan felices. Les llamé nada más leer el mensaje y nos pusimos al día. Les conté que ya estaba al 100 % físicamente después del accidente, aunque evité contarles que mentalmente aún no me sentía capaz de volver a saltar para no preocuparlos. Ellos me dijeron que, con el nuevo trabajo, no habían podido venir, aunque Sabina les había estado informando casi a diario, ya que sabían que yo estaría liada arriba y abajo, y no querían molestarme mucho. Les prometí que, en cuanto pudiera, haría todo lo posible para visitarlos, aunque con la distancia entre la academia y la nueva casa, todo se complicaba un poco más.

Capítulo 20

Los últimos días había tenido mil dudas y miedos. Probar el enganche me había ayudado a desconectar un poco, y estaba decidida a seguir intentando saltar. Me preguntaba cómo había llegado hasta aquí. ¿Cómo un pensamiento podía paralizarme tanto y no dejarme avanzar? Me sentía pequeña e incapaz cada vez que pensaba en volver a saltar.

Jack parecía notarlo más que nadie y, aunque no había vuelto a ese extremo de control, siempre intentaba estar pendiente de mí. Tal vez porque él sabía lo que era pasar por esto.

—Sé que no quieres tocar el tema, pero los accidentes ocurren, Olivia —me dijo mientras nos dirigíamos a la biblioteca esa tarde—. Pero no tienen que definirnos. No pueden frenarnos ni alejarnos de lo que más nos gusta hacer. Yo lo he visto en mi familia…

Me detuve y lo miré. Había algo en su voz, en la manera en que evitaba mirarme directamente, que me hizo sentir que estaba recordando partes de su pasado otra vez.

—¿Te has bloqueado así alguna vez? —pregunté suavemente.

Jack suspiró y asintió.

—Sí, más veces de las que me gustaría admitir. He tenido momentos en los que pensé que nunca volvería a subir a la silla. En una competición con Phoenix, hace un par de años, caímos muy mal. No fue grave, pero yo… me paralicé. Cada salto parecía que se me fuera a comer. No podía ni mirar un recorrido sin que la ansiedad me invadiera.

—¿Cómo saliste de eso? —pregunté.

Jack se detuvo frente a la puerta de la biblioteca, con una mano apoyada en la pared.

—Tuve que recordarme por qué montaba —empezó Jack—. No era por las competiciones ni por la adrenalina. Hice una lista de lo que me gustaba de montar, volví a lo básico por un tiempo, monté otros caballos *schoolmasters* que me ayudaron a volver a confiar en mí. Salté mil veces pequeño, porque el problema estaba en mi mente, y así, poco a poco, fui rompiendo barreras y volví a ver que, encima de un caballo, saltando, era yo en mi mejor versión.

Asentí, aunque no estaba segura de entenderlo del todo.

—No sé qué me está pasando, Jack —solté—. Me bloqueo. Mis piernas, mis brazos… No sé cómo moverme cuando veo un salto frente a mí. Tengo…

—¿Qué tienes? —dijo, mirándome tiernamente—. Dilo, Olivia.

—Miedo —dije titubeando. No lo había dicho en voz alta hasta ahora. Era como si, al guardármelo dentro, no fuera real. Pero era más que real.

—Y está bien tener miedo —empezó Jack—. Todos deberíamos tener miedo. Si no, el mundo estaría lleno de gente haciendo locuras. El miedo nos enseña, nos frena cuando es necesario y nos hace valorar más lo que logramos superar —dijo mientras me abría la puerta de la biblioteca para pasar unas horas estudiando antes de ir a dormir.

Esa noche, cuando me acosté, recibí un mensaje:

> **@Jack.Hawthrone:** No es una competición. Ni es un entrenamiento. Es solo algo para ti. No necesitas hacer nada más que disfrutar. Domingo a las nueve de la mañana. Pista de salto.

No supe qué responder, pero después de la conversación de hoy, algo se le habría ocurrido a Jack, y a mí me picaba mucho la curiosidad…

El domingo por la mañana, cuando llegué a la pista, lo primero que vi fue la iluminación. Había luces led que bordeaban los obstáculos, dándoles un aire mágico. El día estaba muy nublado,

pero se podían ver perfectamente por el efecto de las luces. Los saltos estaban decorados con cintas de colores y, en algunos, había pequeños carteles con frases escritas a mano:

«Confía en ti»
«Puedes hacerlo»
«Eres más fuerte de lo que crees»
«Tus metas son más grandes que tus miedos»

En otros obstáculos había fotos: Liberty y yo en nuestra primera y única desastrosa competición, de los *selfies* que nos habíamos hecho en la noche de chicas con Brooke y Emily, más fotos con mi familia, una foto de la academia. Y en el obstáculo final estaban escritas todas las disciplinas que habíamos probado en carteles de colores: doma, salto, completo, *neck rope*, enganches, *horseball*.

Jack me estaba esperando en medio de la pista junto a un poni precioso. Era como el poni de la Barbie: una capa palomina perfecta, con crin y cola rubia casi blancas, y de un tamaño de no más de un metro y cuarenta y ocho centímetros.

—¿Es para mí, Jack? ¿Me has comprado un poni? —pregunté, acercándome con una mezcla de emoción y nerviosismo, mientras se me escapaba una sonrisa.

Jack me devolvió la sonrisa.

—Se llama Legacy. Fue mi último poni de competición antes de Phoenix. Corrimos grandes premios a un metro y treinta y cinco centímetros juntos, pero ahora está aquí. ¿Sabes la zona de la academia que es una escuela? En el primer año casi no lo habréis visto —dijo, y yo asentí—. Pues lo cedí para que niños más pequeños pudieran aprender. Hoy lo he cogido prestado. Es un *schoolmaster* y, confía en mí, sabe exactamente qué hacer. El suelo está más cerca montado en un poni, pero, si lo dejas, te llevará a lo más alto.

—Es precioso, pero… ¿tú crees que es buena idea? —susurré, acariciando suavemente su cuello.

—Confía en mí, insisto, en nosotros ahora, por favor, Olivia.

Asentí y le puse un pie a Jack para que me ayudara a montar. Legacy se movió con una suavidad que me hizo sentir segura desde el primer momento. Calentamos, y qué sensación la de montar un poni: el trote era como una batidora, tenía que levantarme y sentarme tan rápido que parecía que hacía el doble de esfuerzo que montando un caballo; y el galope, aunque no era rápido, resultaba extremadamente plano. Legacy me transmitía control, mantenía todo el rato el mismo ritmo, parecía un reloj y escuchaba cada mínima orden que le daba, y eso era de agradecer.

—Cada uno de estos saltos representa una parte de ti —dijo Jack, mientras caminábamos juntos hacia el primer obstáculo—. De lo que te gusta hacer. No tienes que hacerlo perfecto, ni siquiera terminarlo todo si no te sientes segura. Pero confía en Legacy e inténtalo, por favor. Solo quiero que recuerdes lo increíble que puede ser saltar.

Comencé con algo sencillo: una cruzada, en la que el punto donde se cruzaban las barras casi tocaba el suelo. Jack me propuso algo:

—Ahora quiero que vengas en línea recta y, cuando queden pocos trancos, cierres los ojos. Yo te cantaré la distancia.

Lo miré con cara de «¿te has vuelto loco?», pero ahí estaba, tan convencido de lo que había dicho y con esa cara de «puedes hacerlo», que no pude negarme.

Legacy no dudó. Jack cantó:

—Tres, dos, uno… ¡arriba!

Pasé mi primera barra. Aunque solo fuera un salto de veinte centímetros, sentí algo increíble: alegría.

Jack aplaudió, exagerando como si acabara de ganar un campeonato.

—¡Eso es! ¿Ves? Lo tienes.

Me reí casi sin querer.

Poco a poco fui cogiendo confianza. Cada salto se me hizo más fácil que el anterior, aunque, cuando me acercaba a un obstáculo,

había un instante en que me asaltaban todas las dudas y me tensaba. Pero ahí estaba Legacy, con toda la tranquilidad del mundo.

Terminamos de saltar, logrando incluso algunos obstáculos de ochenta centímetros, y no podía sentirme más feliz y en paz conmigo misma.

—Bien hecho, Rompenormas. Parece que le caes bien a Legacy —dijo Jack.

—Sí… Siento decirte que ya no eres su jinete favorito, ahora soy yo —contesté mientras nos reíamos—. Aunque… lo que tengo que saltar es en el campo de *cross*, y es muy diferente a la pista.

Jack me miró con una sonrisa que no necesitaba palabras.

—¿Lista para una última cosa?

—¿Qué tienes en mente? No me digas que Legacy también es campeón del mundo en completo —pregunté con ironía, alzando una ceja y riendo.

—No, pero algo de completo sí ha hecho —dijo Jack—. Fuera bromas, volvamos a correr por el campo, como hicimos la primera semana de clase.

Legacy y yo seguimos a Jack y Phoenix, que ya estaba preparado en el caminador, esperando a que termináramos la parte de la pista, Jack lo tenía todo pensado. Al principio trotamos suavemente, pero pronto empezamos a coger velocidad. Jack debía adaptar el ritmo a la velocidad que podía llegar Legacy. El viento en mi cara, la risa a carcajadas de Jack a mi lado, el sonido de los cascos golpeando fuerte el suelo… Todo volvía a estar en su lugar.

—Vamos, Olivia, sin pensártelo. ¡Síguenos! —me dijo Jack mientras se colaba por un camino más estrecho donde había un árbol caído.

Me paralicé al verlo. Jack y Phoenix volaron por encima unos metros antes de que nosotros llegáramos. Yo solo podía mirar el tronco fijamente, agobiada. Pero entonces, Legacy tiró un poco de mí con las riendas, con decisión. La distancia era perfecta. Me dejé llevar, levantándome en el momento justo, colocando las manos donde tenían que ir.

Y volamos.

Volé por encima de ese tronco con el mejor poni que había montado en mi vida.

—¡Yujuuu! ¡Así se hace! —gritó Jack mientras seguía galopando con Phoenix y los brazos abiertos.

—¡Quiero volver a saltar! —grité al aire.

Por primera vez en semanas, no estaba pensando en lo que podía salir mal. Solo estaba disfrutando de eso que tanto miedo me había dado.

Ese mediodía, mientras me preparaba para una sesión de Netflix y lectura, repasando mentalmente lo increíble que había sido mi domingo, recibí otro mensaje de Jack:

@Jack.Hawthorne: ¿Por qué montamos?

Sonreí, recordando el día que me confesó la pregunta que le hacía a su madre, y respondí sin dudar:

@Olivia.Thorn: Para sentirnos vivos.

Capítulo 21

Ese mismo domingo por la noche, después de cenar con las chicas y ponernos al día sobre nuestros respectivos fines de semana, volvimos a la residencia para prepararnos para dormir. Yo seguía con la adrenalina del día y necesitaba explotar y contarles todo, así que, en cuanto entramos en nuestra habitación, me tiré en la cama con un suspiro exagerado.

—¿Pasa algo, Libby? —preguntó Brooke, quitándose las zapatillas.

Emily, que ya se estaba poniendo el pijama, me lanzó una mirada curiosa.

—Sí, os tengo que contar MUUUUCHAS cosas —dije, apretando la almohada contra mi cara—. Es Jack.

Las dos se miraron de reojo y corrieron a sentarse a los pies de mi cama.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Emily con un tono que mezclaba curiosidad y exasperación.

Me incorporé y las miré fijamente.

—¿Os acordáis de que me llama Rompenormas?

—¡Sí! —dijo Brooke—. Y que te pone de los nervios que lo haga.

—Sí, bueno…, en verdad me gusta ese mote —confesé—. Pues estos días, después de haceros caso y hablar con él, hemos vuelto a tener conversaciones… normales. Hoy me ha preparado una súper tarde con su antiguo poni, Legacy, para ayudarme a recuperar la confianza al saltar.

—¡Ese poni es una leyenda! ¿Lo has montado? —exclamó Emily.

—Sí, pero centrémonos. Lo de Legacy os lo cuento otro día. La cuestión es que Jack me ha contado muchas cosas, cosas que explican por qué se comportó así después de mi accidente. Aunque no os las puedo contar porque son… personales.

—A ver, Olivia —interrumpió Brooke, cruzándose de brazos—. Lo importante aquí no es saber por qué Jack hace lo que hace, sino qué sientes tú por él y entender ese caos emocional que tienes montado ahora mismo.

Suspiré profundamente, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—No sé… A veces quiero matarlo. Pero otras veces… quiero besarlo —admití, sintiendo cómo mis mejillas se encendían—. Aunque nunca me lo había planteado en serio, estos últimos días quiero besarlo más que matarlo. Pero vaya, que depende del día.

Las dos estallaron a reír.

—Eso es un clásico, Libby —dijo Brooke, dándome un suave codazo—. Yo creo que estás en la fase de «me gusta, pero me da miedo admitirlo».

Emily asintió y su mirada se iluminó con esa chispa traviesa que solía preceder a sus ideas más alocadas, como esa noche de chicas de hacía unos días.

—¡Vale, ya sé qué haremos! —exclamó de repente, levantándose de un salto.

—¿Qué haréis? —pregunté, entre desconfiada y curiosa.

—Vamos a organizarte una cita. Una cita real. Y va a ser… esta misma noche —añadió Emily emocionadísima.

—Pero si son las nueve de la noche —se quejó Brooke—. ¿Qué podemos organizar a estas horas?

—Brooke, ven aquí. Tenemos cosas que hacer —le dijo Emily, cogiéndola del brazo y llevándosela hacia el escritorio.

Antes de que pudiera protestar, ambas ya estaban en marcha, cuchicheando y moviéndose como un huracán por la habitación. Brooke sacó su móvil y empezó a escribir algo rápidamente.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté, empezando a preocuparme —. De verdad que empezáis a darme miedo.

—Le estoy mandando un mensaje a Jack —respondió Brooke con picardía—. Tranquila, solo le decimos dónde tiene que estar y a qué hora. Y le añadimos un pequeño mensaje extra.

Levantó la pantalla para que lo viera:

> **@Brooke.Ashcroft:** Hola, Jack. Te estamos organizando una cita para esta noche. Ahora te llama Emily para concretar. Por favor, bésala, porque esto se está haciendo demasiado largo. Las chispas que saltan van a acabar quemando la academia. Atentamente, sus mejores amigas.

—¡¿Qué?! —grité, levantándome de un salto—. ¡Borrad eso ahora mismo!

Pero ya era tarde. Emily se reía mientras Brooke le daba a «enviar».

—¡Voy a mataros! —exclamé, persiguiéndolas por la habitación.

Finalmente, cuando me rendí y me dejé caer sobre la cama, me di cuenta de que ya no había marcha atrás.

—Tienes una hora para prepararte, Libby —anunció Emily con una sonrisa triunfal antes de salir de la habitación a preparar la cita, mientras Brooke se quedaba conmigo.

El tiempo pasó volando mientras intentaba decidir qué ponerme. Opté por algo sencillo pero formal: unos vaqueros oscuros ajustados, un jersey ancho de cuello alto de color gris clarito, mis botas con un poco de plataforma y pelito por dentro también grises, y mi chaqueta de invierno favorita, que llevaba guardada en el armario desde que llegué, ya que casi no había hecho planes fuera de la academia.

Fuera seguía haciendo frío y no tenía ni idea de dónde había preparado todo Emily, así que mejor ir preparada. Notaba mis manos sudorosas mientras me recogía el pelo en una coleta alta y sentía un nudo en el estómago.

—¿Qué voy a hacer? —le pregunté a Brooke, mirándome en el espejo—. Si nos pilla Mrs. Sabina, nos echa directamente.

—Simplemente sigue igual que hasta ahora. Olivia, todos hemos visto que hay algo, y yo creo que Jack se muere por ti —respondió Brooke con un guiño. Yo también lo creía, especialmente porque él mismo me lo había confesado unos días antes—. Aunque mi consejo es que intentes no hablar demasiado de caballos… por una vez.

Efectivamente, la noche era fría. Había acertado por completo con el *outfit*. Cuando llegué al lugar que me había indicado Emily, el jardín detrás de la academia, pude ver un pequeño camino iluminado con luces tenues. No era un sitio por el que pasáramos mucho; quedaba bastante escondido, y los alumnos de último curso lo usaban para cultivar plantas medicinales y aprender a hacer remedios naturales para los caballos.

Al final del camino, debajo de un gran árbol, había una manta roja puesta en el suelo, rodeada de pequeñas velas que titilaban al ritmo del viento. Mi corazón se aceleró al ver que Jack ya estaba ahí, esperándome con las manos en los bolsillos de su chaqueta y la mirada perdida, observando las flores del jardín.

Definitivamente, ya no era el mismo Jack del último trimestre, ese chico chulo y seguro de sí mismo que parecía tener todas las respuestas. No, ahora estaba más nervioso que nunca pero con una sonrisa tranquila.

Me acerqué despacio, todavía dudando de si mis piernas seguirían funcionando correctamente y si conseguirían llevarme donde estaba él.

—¿Tú sabías algo de esto? —pregunté, intentando sonar tranquila mientras me cruzaba de brazos para ocultar mis nervios.

—Más o menos. Emily me llamó y me preguntó qué zona me gustaba más de la academia. —Sonrió sin moverse, todavía a unos metros de mí.

—Claro, porque tú conoces todos los rincones de este lugar —solté con sarcasmo.

—No te creas, me quedan algunos por descubrir —respondió Jack—. Aunque con el mensaje me quedó bastante claro dónde

quería tener una «cita oficial» contigo. —Dibujó unas comillas con los dedos en el aire al decirlo.

—No puedo creer que lo hayan hecho… —murmuré, llevándome una mano a la cara para esconder mi vergüenza.

—Pues yo se lo agradezco —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Dio un paso hacia mí y me miró como si yo fuera lo único importante en ese momento—. ¿Quieres sentarte?

Le hice caso, aunque sentarme no iba a ayudar a controlar mis nervios. Me puse cómoda junto a él en la manta, dándome cuenta de que cualquier movimiento mínimo haría que nos tocáramos. ¿Acaso Emily no pudo encontrar una manta más grande? No, claro que no. Esta apenas daba para sentarse y tapar a una persona, así que estar juntos, pegados, era la única opción si no quería morir congelada.

Aunque, sinceramente, frío no tenía.

Nunca había estado tan cerca de Jack. Bueno, ni de Jack ni de ningún chico.

Nos pusimos cómodos, mirando las estrellas. La noche lucía tan tranquila que no se escuchaba ni un solo ruido. Ese era el lado bueno de vivir en una academia en medio de la nada. Emily, que no había perdido el tiempo, nos había dejado una pequeña cesta con provisiones: un par de Kit Kat, Twix (mis favoritos), unos palitos que seguramente sacó de la máquina expendedora de la residencia y una botella de Fanta. Era lo más sencillo del mundo, pero, en ese momento, también lo más perfecto.

Hablamos durante un rato y, poco a poco, el nudo en mi estómago empezó a aflojarse. Jack, por su parte, estaba increíblemente relajado, abierto, bromista. Y entonces, en un momento de silencio, sucedió.

—Hay algo que… quería hacer desde hace tiempo —dijo en voz baja, mirándome a los ojos.

—¿Ah, sí? —pregunté, intentando sonar tranquila, aunque mi corazón parecía a punto de salir corriendo en dirección contraria.

—Sí.

Se inclinó ligeramente hacia mí, y la distancia entre nosotros (si ya era poca) se redujo hasta casi desaparecer.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, Jack me besó.

Fue un beso suave, con una delicadeza asombrosa. Toda esa fachada de chico chulo y engreído que se había ido desmoronando los últimos meses terminó de caer por completo, dejando al descubierto a Jack, y nada más.

Cuando se apartó, lo hizo despacio, como si quisiera alargar ese momento todo lo posible. Sus ojos, al abrirse, buscaron los míos al instante.

—Gracias por no matarme por esto —bromeó Jack, aunque su voz sonaba ligeramente temblorosa.

Yo no pude evitar sonreír, incapaz de decir nada coherente. Sin pensarlo demasiado, respondí con otro beso, que supo igual de mágico que el primero.

Porque, sin saberlo, ese momento era el que había estado esperando desde el primer día que lo vi y me llamó Rompenormas.

Jack abrió los brazos, invitándome a apoyarme en su pecho. Me apoyé sin pensarlo, sintiéndome extrañamente segura. Seguimos hablando un poco de todo: los caballos, las clases, los exámenes que se acercaban. Por supuesto, el consejo de Brooke de no hablar demasiado de caballos lo había ignorado por completo. Nuestra vida eran los caballos, ¿de qué otra cosa íbamos a hablar sino?, pensé.

A medida que pasaban los minutos, Jack dejaba caer algún que otro beso entre conversación y conversación, y yo solo quería quedarme en ese momento para siempre.

—¿Sabes? Esto, definitivamente, ha sido una mala idea —dije de repente, después de uno de sus besos, con una risa nerviosa.

Jack se encogió de hombros, despreocupado.

—Quizás sí. Otra norma más rota en tu lista, Rompenormas. —Sonrió, arqueando una ceja—. Pero ¿sabes qué? —continuó, inclinándose un poco más hacia mí.

—¿Qué? —pregunté, intentando sonar seria, aunque la sonrisa en mi cara era imposible de borrar.

—De todas las que has roto, esta es, sin duda, mi favorita.

Estallamos a carcajadas y, por un momento, todo pareció encajar perfectamente.

Cuando volvimos a la academia, pasadas las doce, Jack me acompañó de la mano, escondiéndonos una vez más entre los árboles hasta la puerta de la residencia. Le estábamos cogiendo el gusto a eso.

—¿Y por qué no te acompaño yo a ti? —pregunté de repente con una sonrisa desafiante—. No necesito a un jinete guapo y apuesto que me salve de los peligros de la academia.

Jack me miró sorprendido, pero luego se echó a reír.

—Me lo tomaré como un cumplido. No me dejas ni ser un caballero, Olivia —dijo—. Sé perfectamente que sabes cuidar de ti misma.

Mientras subía las escaleras del rellano de la residencia, me detuve en seco al recordar algo.

—Tengo que volver a saltar…, aún no he montado a Winterfell —dije en voz alta.

Jack apretó los dientes, negando con la cabeza, y antes de que pudiera seguir hablando, me calló con un beso.

—Shhh. Deja que termine de ser un domingo perfecto. Mañana, lunes, ya nos preocuparemos.

Cuando se apartó, sonreía con esa mezcla de seguridad y ternura que solo él podía tener.

—De verdad, relájate, Libby —dijo poniendo una mano en mi pelo y colocándome los mechones sueltos de mi coleta.

—¿Libby? ¿Desde cuándo me llamas así? —pregunté, sorprendida.

—A ver, si Alexander puede llamarte así, ¿por qué yo no? —respondió.

Levanté una ceja, divertida.

—Uuuh, ¿estás celoso, señorito Jack Hawthorne?

Jack soltó una carcajada.

—Nah…, solo me apetece picarte.

Luego, más serio, añadió:

—Ahora en serio, aún tienes tiempo. Además, si yo he caído rendido a tus pies, te aseguro que no hay nada que se te pueda resistir.

Lo miré unos segundos, entre sorprendida y divertida.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido decirme?

—See. —Se giró para irse, pero no sin antes añadir con una sonrisa de lado—: Buenas noches, Rompenormas.

Definitivamente, prefería ese nombre. Porque era algo nuestro.

Vaya domingo… Y tal vez Jack tenía razón: si había podido lidiar con él estos dos trimestres, estaba preparada para cualquier cosa.

Capítulo 22

Las clases de Anatomía me fascinaban, aunque en los últimos días no conseguía concentrarme. Lo único en lo que pensaba era en ver a Jack y en cómo iba a solucionar mi problema con el completo y Winterfell. Obviamente, con Jack teníamos que disimular mucho, y lo que había pasado solo lo sabían Emily, Brooke, Harper y Grace. Después de todo, evitar cogernos de las manos era casi una misión imposible, y esas sonrisitas tontas de enamorados que se nos escapaban inevitablemente, intentar disimularlas se había convertido en todo un reto. Tampoco podía acercarme demasiado a él, aunque era como un imán que me atraía sin remedio. Cada pequeño gesto, cada mirada, parecía gritar lo que ninguno de los dos quería admitir en público. Para el resto del mundo era un secreto, y a las chicas las tenía amenazadas con que no podían contárselo a absolutamente nadie.

—Olivia, ¿podrías darme una respuesta? —La voz de Mr. Landon me sacó de golpe de mis pensamientos.

Parpadeé, desconcertada. Todos me estaban mirando.

—Disculpe, ¿cuál era la pregunta?

—Estás en las nubes, Olivia —resopló, cruzándose de brazos frente a la clase—. Dime tres tipos de cólicos que pueden tener los caballos.

Menos mal que había pasado a limpio los apuntes y esta me la sabía. Carraspeé un poco y, tratando de sonar segura, respondí:

—Cólico de impacto, que ocurre cuando el intestino grueso se obstruye por alimentos o arena. Cólico de gases, causado por la acumulación de aire o fermentación en el intestino. Y cólico

espasmódico, que se debe a contracciones musculares anormales en el intestino.

El profesor asintió, aunque su mirada me decía que no estaba del todo satisfecho.

—Correcto, pero por favor, Olivia, ¡concéntrate! Esto es importante.

El resto de la clase pasó sin más sobresaltos. Cuando finalmente terminamos, recogimos nuestras cosas y nos dirigimos a la siguiente aula para la clase de Historia de la Equitación. Pese a que esta no me parecía tan interesante, nuestra profesora, Mrs. Helen, tenía una forma de narrar los hechos que te transportaba a esa época. Además, usaba presentaciones muy llamativas que te obligaban a estar atenta durante toda la clase. Nos habló sobre los antiguos caballos de guerra, cómo habían sido entrenados para la batalla y las distintas épocas en las que estos jugaron papeles cruciales. También mencionó cómo nacieron las primeras competiciones y analizamos los primeros Juegos Olímpicos de 1912, de las tres disciplinas principales.

—Y ahora, ¿puede alguien decirme qué civilizaciones antiguas fueron pioneras en las carreras de cuadrigas? —preguntó Mrs. Helen, recorriendo la clase con la mirada.

Harper levantó la mano casi al instante.

—¿Grecia y Roma, Mrs. Helen?

—Exactamente, Harper. Los antiguos griegos perfeccionaron las carreras de cuadrigas, convirtiéndolas en el evento principal de sus juegos. ¿Alguien sabe cómo llamaban a las personas que conducían estas cuadrigas?

—Aurigas —respondí con confianza, recordando mis lecturas de historia.

—Correcto, Olivia. Los aurigas no solo necesitaban estar fuertes para controlar los caballos, sino que también debían calcular la velocidad adecuada para los giros peligrosos del Circo Máximo. Es fascinante pensar cómo esas competiciones sentaron las bases de lo que hoy conocemos como equitación, ¿no creéis?

Por la tarde, teníamos una de las prácticas que más esperaba: Biomecánica, y la sesión superó todas mis expectativas. Nos llevaron al laboratorio, donde un caballo corría sobre una cinta de alta velocidad, como las nuestras del gimnasio, pero en grande.

El caballo llevaba un arnés de seguridad y, según nos explicaron, la cinta podía llegar hasta cuarenta y cinco kilómetros y trabajar con una inclinación de seis grados. Era increíble cómo podíamos ver cada movimiento de los músculos mientras el caballo corría.

—Este tipo de entrenamiento, al igual que el *aqua training*, mejora tanto la resistencia como la fuerza —explicó el profesor, señalando las pantallas que mostraban los datos en tiempo real—. Los estudios han demostrado que incorporar esto en la rutina del caballo puede marcar la diferencia en competiciones de alto nivel.

—Es impresionante —le susurré a Emily, que estaba junto a mí.

—Impresionante es poco. ¡Es el futuro del entrenamiento! —respondió con una sonrisa.

La clase terminó y, justo cuando pensaba que el día no podía mejorar, miré mi agenda por primera vez en toda la semana. Había escrito con letras bien grandes: «Veintinueve de marzo: **cumpleaños de Liberty».** Tenía que celebrarlo de alguna manera.

Esa misma tarde, después de clase, me encontré con Jack cerca del edificio principal. Le conté que quería celebrar el cumpleaños de Liberty, prepararle una tarta y que eso incluía romper otra norma. Sus ojos se iluminaron con esa chispa traviesa que tanto me gustaba.

—Así que quieres colarte en la cocina —dijo, cruzándose de brazos—. A norma rota por día vamos.

—Sí, pero necesito que vengas conmigo. Dos personas son más rápidas que una —contesté mientras ponía dirección a la cocina.

—¿Rápidas o más sospechosas? —respondió Jack.

Reímos en voz baja mientras avanzábamos, asegurándonos de que nadie nos viera, antes de que en cocina empezaran a preparar las cenas.

—¿Estás segura de que nadie nos va a pillar? —susurró Jack mientras nos colábamos por la puerta lateral del restaurante.

—Totalmente —mentí. En realidad, no estaba tan segura, pero quería hacerle un pastel sí o sí a Liberty.

Cuando llegamos a la cocina, empezamos a buscar los ingredientes entre las estanterías repletas de comida: avena, melaza, zanahorias y manzanas.

Mientras llenaba un bol con avena, Jack se apoyó en la encimera y me miró con una sonrisa.

—Creo que este es mi lugar favorito —dijo.

Lo miré, levantando una ceja.

—¿Por la cantidad de comida que hay?

—No, tonta. Porque estoy aquí contigo y no tengo que esconderme.

Se me escapó una pequeña risa, pero luego lo miré, intentando parecer seria, y añadí:

—Técnicamente, Jack, nos estamos escondiendo.

—Minucias —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero en serio, ¡esto es perfecto! Quizás deberíamos usar esta frase como un código secreto.

—¿Código secreto? —repetí.

—Cada vez que diga «este es mi lugar favorito», significará que te echo de menos y que quiero verte. Así, nadie sabrá de qué estamos hablando.

Me mordí el labio pensando en las posibles consecuencias si alguien se enteraba de lo nuestro. Ninguno de los dos quería dejar de formarse en la academia, y lo más probable era que eso pasara si nos descubrían. Asentí.

—Me parece bien.

Preparamos un pastel sencillo mezclando la avena, el azúcar y la melaza. Luego decoramos la parte superior con rodajas de manzana y zanahoria. Nos había quedado un postre enorme; lo de no saber las medidas exactas nos había hecho hacer suficiente pastel para cinco o seis caballos.

—Creo que a Liberty le va a encantar —dije, admirando nuestro trabajo.

—Y yo creo que te tomas esto muy en serio. ¿Quién celebra el cumpleaños de su caballo? —bromeó Jack, pero su sonrisa delataba que también estaba disfrutando.

—Jack, déjame ser feliz con mis cosas —le dije, intentando sonar seria.

Cuando volvimos al *paddock*, coloqué un trozo de pastel en el comedero de Liberty, quien lo devoró en cuestión de segundos. Adoraba todos los tipos de frutas y dulces, así que no tenía ninguna duda de que este pastel le encantaría.

—¡Feliz cumpleaños, Liberty! Seis añitos oficialmente —dije, acariciándolo.

Jack se acercó y me rodeó con un brazo.

—Creo que este es mi lugar favorito —murmuró de nuevo.

—Estamos solos. Técnicamente, ¿este código secreto tuyo no es para cuando estamos con más gente? —añadí mientras me acercaba a darle un beso.

Sonreí y apoyé mi cabeza en su hombro, pensando que también era mi lugar favorito.

Habían sobrado más de tres cuartos del pastel, así que Jack se llevó un trozo para Phoenix y yo fui a repartir el resto. Los primeros en recibir su porción fueron Kingsman y Bumblebee, que estaban tan tranquilos en su *paddock*, como siempre. Sin embargo, en cuanto me vieron, se acercaron a la valla.

—Aquí tienes, Kingsman —le dije, mientras le ponía el trozo de pastel en el comedero. Kingsman lo olfateó antes de empezar a mordisquearlo—. Sabía que te iba a gustar.

Les escribí a Grace y a Harper para ver si podíamos quedar en algún punto y darles un trozo a cada una, así que subí hacia la biblioteca para encontrarnos.

—¿Repartiendo sobras del pastel? —preguntó Harper, que se acercaba a mí con un par de zanahorias en la mano.

—No son sobras —respondí con una sonrisa—. Es una edición limitada del mejor pastel equino de toda la academia, que van a probar vuestros caballos.

—Revolution también se merece un poco del pastel de Liberty, ¿no? —añadió Grace.

—Tranquila, he pensado en los dos —dije, enseñando aún la mitad del pastel sin comer.

—¿Qué vas a hacer con el resto? —me preguntó Grace.

—Voy a ir un momento a la escuela para darle un trozo a Legacy y a los otros caballos de la escuela.

—Siempre he tenido curiosidad por ver esa zona de la academia —dijo Grace—. Te acompaño. Podemos ir, ¿no?

Grace y yo intercambiamos una mirada y añadí:

—Supongo, normalmente los alumnos de primero no van ahí, pero no creo que haya problema. Vamos —le dije, sonriendo—. Tengo ganas de verlo.

A Legacy, aunque solo había compartido unos pocos minutos con él, le había cogido un cariño especial. Cuando llegamos a la escuela, que quedaba justo detrás de la biblioteca, estaba en uno de los *minipaddocks*. No eran precisamente pequeños en metros cuadrados, sino que tenían las vallas adaptadas a la altura de los ponis, como unas instalaciones hechas a medida. Ahí debía pasar todo el día Legacy, salvo cuando tenía clase con algún niño. Me acerqué con cuidado y le di un trozo del pastel.

—Esto es para ti, campeón. Gracias por todo.

Legacy levantó la cabeza y olfateó el pastel antes de empezar a comérselo con tranquilidad.

La zona de la escuela era fascinante. Si nuestra zona tenía muchas hectáreas, aquí debía haber cinco o seis más, porque no era capaz de ver el final de los campos. Había varias pistas, pero lo que más me llamó la atención fue una pequeña pista de menos de veinte metros por cuarenta metros, con vallas diseñadas a la altura de ponis A y B.

Cada detalle se había pensado para los más pequeños: las letras de la pista estaban representadas por animales. En el sitio de la E había un elefante, en el cartelito de la S había una serpiente… Era una buena manera de que los niños lo entendieran todo más fácil, yo, no pude evitar sonreír al recordar la frase que Emma me había enseñado para aprenderlas y que nunca se me iba a olvidar, ya que nosotros no teníamos estas facilidades:

«A Kaballo Va El Señor Haciendo Cosas Muy Raras Bonitas Pero Fáciles».

Harper señaló la pista de salto, con unos miniobstáculos increíblemente coloridos.

—¿No te parece que tienen más vida que los de la casa de saltarines? —preguntó Grace, entusiasmada.

—Muchísima más. Además, son como en tamaño pequeño —respondí, maravillada por los tonos vivos y los diseños creativos. Algunos de los saltos tenían formas de arcoíris, otros de castillos y otros parecían haber sufrido un ataque de bolas de pintura.

Pero lo que más me llamó la atención fue el gran edificio principal. Era parecido a los nuestros de las residencias. A través de las ventanas se podían ver aulas con monturas y bridas cuidadosamente organizadas, y las paredes estaban llenas de infografías sobre temas interesantes, diagramas y pizarras.

—Estas son las aulas para hacer teoría —dijo Grace, señalando el edificio—. Son para cuando llueve mucho o para preparar a los peques para los exámenes de galopes.

Asentí, intentando observar cada rincón de aquel sitio.

—El próximo año estaremos aquí, aprendiendo a dar clases. ¿Tienes ganas? —dijo Grace.

—No puedo esperar, adoro los ponis y los niños —respondí, mientras Harper se acercaba a un grupo de ponis que pastaban cerca de las pistas.

Había ponis de todas las capas y alturas, mezclados con unos pocos caballos.

—Además, también está la zona de caballos rescatados —añadió Harper—. Espero que la descubramos pronto.

Se me había pasado la tarde volando. Cuando nos dimos cuenta, ya era hora de cenar e ir a dormir. Volví a la habitación sobre las nueve. Después de tomar una ensalada de tomate y una lasaña de berenjena y ricota, me dejé caer sobre la cama y revisé mi móvil antes conciliar el sueño. Había otro mensaje de Jack.

@Jack.Hawthorne: Este es mi lugar favorito.

Sonreí al leerlo.

—Yo también tengo ganas de verte, Jack —murmuré para mí misma, antes de apagar la luz.

Capítulo 23

Alexander y yo habíamos acordado intentar montar otra vez en el *cross* con Winterfell en cuatro días, pero la idea de hacer un recorrido entero campo a través me agobiaba mucho. Aunque sabía que no podía procrastinar más el tema, debía afrontarlo. Por mucho que Legacy me hubiera ayudado a recuperar algo de confianza, no era lo mismo saltar unos verticales y cruzadas en la pista que entrar en el *cross*.

Esa mañana, mientras acariciaba a Liberty, que se estaba terminando de comer el desayuno, una idea loca cruzó mi mente, para variar un poco.

—Liberty, si hemos saltado en la pista, ¿por qué no probamos el *cross*? No puede ser tan diferente, ¿no?

Era absurdo, lo sabía. Liberty tenía cero experiencia en *cross*, pero necesitaba ser resolutiva, necesitaba sentir que podía seguir saltando con un caballo en el que confiaba plenamente.

Decidí no decirle a nadie lo que planeaba hacer. La última vez que había saltado en secreto, todo había salido bien, así que, ¿por qué no intentarlo otra vez? Sin presión, sin nadie observando ni juzgando.

Era sábado por la mañana, y la mayoría de los estudiantes estaban ocupados preparando la maleta para irse a casa el fin de semana. Era el momento perfecto. Cogí la montura que nos había regalado Jack hacía unas semanas para ponérsela a Liberty. Claramente, no podía intentar saltar con mi montura de doma en el *cross*; habría sido un desastre asegurado.

El filete iba a ser el que usaba para dar cuerda, un *baucher* de tres piezas. Prefería algo un poco más fuerte que nuestro filete de anillas de tres piezas, con el que trabajábamos en el día a día.

El problema vino con el resto del equipo: unas tijerillas ayudarían mucho, pero obviamente no teníamos. Los protectores iban a ser los de borreguillo de doma, aunque no protegerían demasiado si Liberty tocaba algún salto. Y el mayor problema era el sudadero; la única opción era ponerle uno de doma, que quedaba un poco raro con la montura de salto, pero no había otra opción.

Si esto se nos da bien, pensé, tendré que empezar a reclamar a la academia que me den material de todas las casas restantes.

Terminé de prepararlo y miré a Liberty.

Genial, parecemos unos completos novatos, pensé mientras le pasaba las riendas por las orejas.

Me monté y nos dirigimos al campo de cross, intentando transmitirle tranquilidad. Cuando estábamos a punto de entrar por la puerta de madera que daba acceso al campo, me encontré con Harper, que me miró con una mezcla de incredulidad y sorpresa.

—¿Qué haces, Olivia? —preguntó, cruzándose de brazos y mirando a Liberty.

—Voy a probarlo con Liberty —admití, tratando de sonar más segura de lo que me sentía.

Harper levantó una ceja.

—¿Estás loca? ¿Vas a intentar saltar en un *cross* con un caballo sin experiencia? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—Lo necesito, Harper. Necesito probarlo con él antes de intentarlo con Winterfell.

Ella suspiró, evaluando si ayudarme, dejarme hacerlo sola o hacerme volver por donde había venido.

—Libby, puedo prestarte a Harmony. Es una poni con mucha experiencia en *cross*, es supersegura y es pequeña. O al menos déjame ayudarte. Esto no es algo que debas hacer sola, y si te pa…

No terminó la frase. Antes de que me diera cuenta, sacó el móvil del bolsillo.

—¿Qué haces? No se lo digas a nadie, por favor, Harper.

—No puedo dejarte hacer esto sin decírselo a nadie. Deberíamos estar todos aquí para ayudarte. Para algo somos tus amigos —contestó.

Y, efectivamente, en cuestión de minutos, Jack, Grace, Brooke y Emily aparecieron, como si Harper los hubiera teletransportado desde la otra punta de la academia. Jack iba el primero, corriendo y con una expresión de preocupación máxima.

—i¿Qué estás haciendo, Olivia?! —gritó Jack al verme en el *cross*.

—¿Estás loca? —añadió Emily, mientras Brooke se acercaba con una expresión de pánico.

—Olivia, saltar con un caballo sin experiencia en el *cross* no es la mejor de las ideas —dijo Brooke, poniéndose frente a mí y a Liberty.

Suspiré y giré a Liberty para empezar a calentar. No tenía la más mínima intención de discutir.

—Ya lo sé, gracias por los consejos. Pero necesito hacerlo —añadí mientras empezaba a trotar.

—¿Necesitas hacerlo? —repitió Brooke, nerviosa.

—Sí, necesito saltar en el *cross* antes de montarme en Winterfell. Y Liberty es el único caballo en el que confío ahora mismo —dije en un tono más elevado, alejándome de ellos.

Mientras trotaba entre los obstáculos más cercanos para calentar, sentía sus miradas clavadas en mi espalda. Liberty estaba relajado, parecía disfrutar de poder trotar fuera de una pista de sesenta metros por veinte metros y mirar todo a su alrededor, pero yo podía escuchar a la perfección los comentarios de mis amigos a lo lejos.

—Está loca, completamente loca —murmuró Jack.

—Y por esa misma razón te encanta, Jack, no nos mientas —le dijo Brooke, dándole un codazo.

Me giré hacia él, esperando verlo sonrojarse o responder, pero solo negó con la cabeza, aunque una pequeña sonrisa lo delató.

—Es tan cabezota —añadió Emily.

—¡Y mira su *outfit!* —exclamó Harper, casi riéndose—. Olivia, pareces una mezcla de domera y saltarina. ¿Es eso un sudadero de doma con una montura de salto?

—¿Qué importa el *outfit?* —replicó Emily, frustrada—. Lo importante es que esto es una locura.

No respondí. Sabía que estaban preocupados, pero ninguno de ellos podía entender cómo me sentía.

—Vamos, Lib, podemos hacerlo —le susurré a Liberty mientras empezábamos a galopar.

Al galope, sentí cómo se tensaba un poco. Yo no le dejaba ir muy rápido y él, viendo toda esa extensión de terreno, solo quería galopar más y más. Decidí tomármelo con calma, dar varias vueltas y pasar entre los saltos para enseñárselos bien.

Poco a poco fue bajando revoluciones y empezó a escuchar todas mis pautas. Ahora empezaba lo bueno.

—Por favor, Olivia, empieza con una banqueta fácil —gritó Grace desde la valla.

Grace tenía razón, ese era un salto relativamente sencillo para introducir a Liberty en el *cross*. En el campo teníamos tres banquetas, cada una de diferente tamaño. Escogí la más pequeña y me dirigí a ella con un galope lento, mientras subíamos y bajábamos de la banqueta como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Por un momento, aluciné al ver que Liberty no había dudado.

—¡Eso estuvo genial! —gritó Harper desde la valla—. Pero, Olivia, tienes que coger un poco más de velocidad, recuerda que con Winterfell será todo más rápido.

Asentí, aunque era consciente de que la velocidad no era lo mío. Por algo me había decantado por la disciplina de doma. Aumentar el ritmo significaba confiar aún más en Liberty y en que calcularía bien la distancia para llegar a la banqueta.

Es Liberty, pensé. Es mi lugar seguro.

Le pedí un poco más de velocidad y su respuesta fue inmediata. Volvimos a pasar la banqueta sin problema y, un poco más adelante,

había un pequeño obstáculo hecho con ruedas de coche que no debía medir más de sesenta centímetros.

—Vamos a ese, Lib, tú puedes —susurré.

Liberty saltó con una facilidad asombrosa, y mi asombro fue aún mayor. Porque, por un momento, lo estaba disfrutando. Había roto esa barrera mental y ahora sentía que podíamos superar cualquier obstáculo. Seguimos con un estrecho y un pequeño tronco. A cada salto que hacíamos, se me escapaba una sonrisa, mezcla de alivio y orgullo.

Mientras tanto, en la valla, las chicas estaban emocionadas, celebrando cada salto como si fuera la final de un concurso importante.

Jack, sin embargo, no decía nada. Lo veía ahí, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, observando, sin perder detalle, cada uno de mis saltos.

Poco a poco fui ganando confianza. Grace y Harper me indicaban qué obstáculos probar. A medida que avanzábamos, me vine arriba al notar a Liberty tan bien, que quise aumentar la dificultad. Terminamos saltando una empalizada de unos ochenta centímetros.

—La verdad, si me dices que es un caballo de completo, me lo creo 100 % —escuché a Jack comentar desde la valla. Después de estos últimos saltos, parecía que se había relajado un poco.

Eso me hizo sonreír.

—¿Cómo puede ser que haya gente que tarde años en preparar a sus caballos para saltar un metro en salto y ochenta centímetros en cross, y este caballo, habiendo saltado diez veces máximo, lo haga todo así? —añadió Grace.

—Lo lleva en la sangre —les grité, y luego, en voz baja, le susurré a Liberty—: Eres increíble, ¿lo sabes?

Lo puse al paso. Por hoy, ya habíamos tenido suficientes emociones.

Se me humedecieron los ojos. Era increíble pensar en todo lo que Liberty hacía por mí. No sabía cómo podría agradecérselo.

Volví con Brooke y Emily para dejar a Liberty en los *paddocks*. Estábamos todas emocionadas, comentando la sesión de entrenamiento. Definitivamente, lo había decidido: Liberty no solo sería domero, sino que también haríamos salto y completo. No importaba cuánto trabajo nos costara, ni todas las personas que nos fueran a juzgar. Iba a convertirlo en el caballo más polivalente que se había visto en la Academia Rider.

Y lo más importante: debíamos prepararnos.

Nada más entrar en mi habitación, saqué el bloc de notas y empecé a escribir todo lo que necesitaba para entrenar a Liberty como caballo de salto:

- Brida de salto
- Protectores de salto
- Hierro Pessoa de tres anillas
- Pechopetral de completo con tijerillas
- Sudaderos de salto
- Botas blandas para saltar

Miré la lista, sabiendo que no tenía idea de cómo iba a pagar todo eso, pero después de lo que acabábamos de lograr, estaba convencida de que encontraría la manera.

Capítulo 24

La biblioteca de la academia se había convertido definitivamente en mi segundo hogar. Ahora que solo quedaban dos semanas para los exámenes, se encontraba más concurrida que nunca. Al entrar, vi que las mesas estaban llenas de alumnos concentrados, rodeados de libros y apuntes; algunos murmuraban, agotados de tanto estudiar, mientras que otros repasaban e intercambiaban notas. A diferencia de Brooke y Emily, que preferían estudiar en nuestra habitación, yo encontraba demasiadas distracciones allí. Necesitaba el ambiente de concentración de la biblioteca.

Aunque tenía mis apuntes al día y las asignaturas teóricas más o menos bajo control, mi verdadera preocupación seguía siendo el completo. Todos los demás exámenes, aunque importantes, quedaban en un segundo plano.

Mientras repasaba Anatomía y una lista de enfermedades comunes en caballos de deporte, mi teléfono vibró. Era un mensaje de Jack:

@Jack.Hawthorne: Me han puesto entreno con Phoenix y no podré verte en el *cross*. Confía en ti. ¿Quedamos esta noche?

Suspiré, un poco triste, pero respondí rápidamente.

@Olivia.Thorn: Lo intentaré. No estoy muy convencida de poder hacerlo. ¿Cuándo y dónde?

Su respuesta no tardó en llegar:

@Jack.Hawthorne: En el jardín de nuestra primera cita, después de cenar. No tengo mucho tiempo porque necesito estudiar (voy un poco retrasado), pero tengo ganas de que me cuentes cómo te ha ido. Lo harás genial.

Sonreí al leerlo. Jack últimamente estaba siendo tan positivo.

Puntual, me dirigí al campo de *cross*, donde había quedado con Alexander para montar a Winterfell. Al llegar, me encontré con una sorpresa: Harper y Grace estaban allí, con sus caballos preparados. Los tres llevaban los sudaderos caqui de la casa de completo, combinados con orejeras del mismo tono.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, desconcertada, mientras me ponía el casco y el chaleco protector.

Harper, con una sonrisa y levantando las cejas un par de veces, me miró mientras terminaba de ajustar la brida de Harmony.

—Te acompañaremos en el *cross* —dijo Grace.

—Esto se llama *cross* en equipo —explicó Alexander mientras ajustaba los estribos de Winterfell—. Harmony y Harper irán delante, marcando el ritmo. Tú las seguirás con Winterfell, y finalmente, Revolution y Grace cerrarán el grupo. De esta manera, mantendrás un ritmo constante y no tendrás que preocuparte de tantas cosas. Solo debes concentrarte en saltar.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Esto es… un nuevo estilo de competición? —pregunté con curiosidad.

—Exacto. Es algo que la FEI y la academia están probando para introducir en competiciones oficiales, y nosotros queremos formar un equipo, así que hoy nos servirá de entrenamiento —explicó Grace, acariciando a Revolution.

No estaba segura de que esto fuera a funcionar. Por un lado, agradecía no tener que hacerlo sola. Por otro, sabía que no tendría excusas si algo salía mal.

Mientras subía a Winterfell, mis pensamientos iban y venían sin cesar. «¿Y si nos caemos? ¿Y si no controlo su velocidad? ¿Y si no puedo seguirles el ritmo? ¿Qué pasa y que hago si me bloqueo?»

Respiré hondo y cerré los ojos un momento. Necesitaba calmarme y concentrarme.

Comencé a repetir una serie de mantras mentalmente mientras calentábamos al trote y galope. «Ahora o nunca», me decía a mí misma. «Este es tu sueño. La Olivia de hace un año no habría sido capaz de hacerlo, pero he crecido y aprendido. Estar aquí es lo mejor que me ha pasado, y no voy a desaprovechar esta oportunidad».

Pensé en mi beca, en el esfuerzo que había hecho para llegar hasta aquí. Sabía que no tenía los recursos de muchos de mis compañeros en la academia, pero también sabía que eso no me hacía menos capaz. «El dinero ayuda, pero no lo es todo. No voy a dejar que unos saltos y un caballo acelerado me aparten de mi sueño. Vamos, Olivia. Monta como tú sabes y hazlo».

Harmony y Harper arrancaron al galope delante, marcando un ritmo constante pero lo suficientemente rápido como para que Winterfell estuviera cómoda siguiéndolos. Harmony, aunque era una poni, llegaba a una velocidad sorprendente. Me concentré en mantener mi posición, en molestar lo menos posible a Winterfell y en dejar que la velocidad fluyera.

El primer salto fue un obstáculo sencillo. Harmony voló por encima de él, y Winterfell, aunque más explosiva, la siguió sin problemas. De Grace y Revolution solo escuchaba el sonido de sus cascos golpeando fuerte contra el suelo, cerrando el grupo.

—¡Bien hecho, equipo! —gritó Harper, girándose para mirarnos. Mi cara debía ser de miedo, porque añadió—: Vamos, Olivia, sonríe. Acabas de pasar al otro lado del obstáculo. ¡Vamos a por más!

A medida que avanzábamos, Harper, con la ayuda de Alexander desde tierra, iba seleccionando obstáculos más complicados: un tronco caído muy ancho, la banqueta más grande del campo y una zanja de aproximadamente ochenta centímetros de ancho y treinta de hondo.

Con cada salto, mi confianza crecía. Debía admitir que saltar con ellas lo hacía todo más fácil. Winterfell respondía a mis indicaciones,

y volvía a sentir que trabajábamos como un equipo, como en nuestras primeras veces.

Desde la valla, escuché a Alexander comentar:

—De verdad, parece toda una completera. Tiene muchísimo *feeling* saltando. Y para ser una domera estirada, la posición está muy bien. Después de ver los vídeos con Liberty y ahora con Winterfell, creo que podría ser increíble en esta disciplina.

Sonreí, feliz por el cumplido. En doma, tanto mi posición como los movimientos de Liberty pasaban más bien desapercibidos, porque ni yo tenía el mejor asiento, ni Liberty tenía los mejores movimientos, así que escuchar estas cosas de vez en cuando me hacía sentir bien.

—Ahora que se te ve más confiada, no quiero amargarte el momento, pero te informo de que no va a ser la última vez que caigas —dijo Grace riendo—. Los completeros y saltimbanquis nos caemos cada dos por tres, así que tenlo en mente.

—Ya, es que los domeros casi nunca caemos, es muy raro.

—A ver, lo más normal es que te caigas, te levantes, te montes y sigas montando. Fin. Lo tuyo fue mucho, pero piensa que, cuando empecé con Harmony, en una de mis primeras clases, no me tiró ni una, ni dos veces, sino tres veces… ¡En cuarenta y cinco minutos, Olivia! ¡Imagínate!

—Sí, lo mío fue mala suerte. Sé que caerse es parte de montar, no hay otra.

—Dicen que no eres un buen jinete hasta que no te has caído ocho veces. Te quedan siete, Olivia.

Nos reímos juntas. Solo quedaba un paso para terminar de superar este obstáculo: saltar sola con Winterfell.

Después de enfriar bien, con las riendas largas al trote y galope, y caminar durante unos veinte minutos charlando, desmonté y acaricié a Winterfell.

—Lo has hecho genial, Winterfell —le dije mientras Alexander venía a buscarla y nos despedíamos.

Aún quedaban varias horas antes de contarle a Jack cómo nos había ido, así que me fui directa a la biblioteca. Entre los mil apuntes de Biomecánica e Historia de la Equitación, se me estaba haciendo una bola, y esta última asignatura se me resistía un poco. Brooke había hecho un resumen que nos ayudaba a todas a estudiar, pero había que completarlo con mil detalles más. Aunque, si me sabía esto, al menos podía rascar varios puntos en el examen:

> Los caballos fueron domesticados alrededor del 4000 a. C. en las estepas euroasiáticas. Inicialmente, solo se utilizaban por su carne y leche, pero hacia el 3000 a. C., empezaron a domarse para su uso como método de transporte. Civilizaciones antiguas como los egipcios y los sumerios los usaron para arrastrar carros de combate, mientras que los pueblos nómadas perfeccionaban cada vez más su manera de montar para moverse de un sitio a otro.
>
> En la Edad Media, los caballos se convirtieron en pieza clave de la guerra, con caballeros montados con armadura. Más adelante, en el Renacimiento, surgieron las primeras escuelas ecuestres, como la Escuela Española de Equitación de Viena.
>
> Además de la guerra, los caballos tenían otros usos. En la agricultura, se usaban para labrar los campos y, durante la Revolución Industrial, fueron fundamentales en las minas y en el transporte urbano. De hecho, en París se estableció una línea de carruajes tirados por caballos que realizaban siempre la misma ruta, este hecho supuso un precursor de los autobuses actuales.
>
> Curiosamente, los caballos desaparecieron de América durante un tiempo y fueron reintroducidos por los colonizadores españoles en el siglo XVI. Se expandieron y criaron por las Grandes Llanuras, adaptándose al entorno y formando parte de la cultura de los pueblos indígenas.
>
> Su rol práctico disminuyó en el siglo XX con la llegada de los automóviles, y fue entonces cuando su uso se destinó por completo al deporte.

Salí directa de la biblioteca, sin tiempo para ir a cenar al restaurante de la academia. Las horas se me habían pasado volando, pero aún tenía el tiempo justo para salir corriendo y llegar puntual al jardín.

El jardín detrás de la academia seguía tan bonito como hacía unas semanas. Era el lugar de nuestra primera cita, y no pude evitar

sonreír al recordar cómo había cambiado todo desde aquel momento.

Jack ya estaba esperando, sentado en uno de los bancos de madera. Al verme, se incorporó ligeramente y sonrió.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras me acercaba y, con un gesto, indicó que me sentara a su lado.

Suspiré, sin saber muy bien cómo responder. Había tantas emociones dentro de mí que era difícil ponerlas en palabras. En lugar de contestar de inmediato, dejé que me rodeara con sus brazos.

—Estoy orgulloso de ti —murmuró, acariciando suavemente el pelo y besándome en la frente—. Alexander me ha escrito un mensaje diciéndome que has estado increíble.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no era de tristeza, sino de alivio, emoción y, tal vez, un poco de orgullo. Aún no me había permitido llorar en todo este tiempo, quitando mi ataque en el que no podía respirar y sentía cómo lo tenía todo acumulado dentro. Me aparté lo suficiente para mirarlo a los ojos y, antes de que pudiera decir algo, me besó.

Cuando nos separamos, me observó con una mezcla de curiosidad y preocupación mientras las lágrimas seguían cayendo por mis mejillas.

—Ahora en serio, Olivia, ¿cómo estás?

Me quedé en silencio por un momento, buscando la respuesta adecuada. Podría decirle que me sentía aterrada, que el miedo a no ser capaz de repetir lo que había conseguido hoy por mi cuenta seguía atormentándome. Podría haberle contado que había sido una batalla constante con mi propia mente, luchando contra todas las dudas y los «¿y si no puedes?» que aparecían una y otra vez en mis pensamientos.

Pero también podía decirle que estaba orgullosa. Orgullosa de haberme enfrentado a esos miedos, de haber dado un paso adelante cuando todo dentro de mí quería retroceder.

—Es complicado —dije finalmente, intentando ordenar mis pensamientos—. Estos dos trimestres en la academia han sido un reto tras otro. Todo lo que hemos vivido aquí ha sido… intenso. Pero, si me preguntas cómo me siento ahora mismo, a grandes rasgos, te diría que feliz.

Jack ladeó la cabeza, mirándome, como si esperara que continuara.

—Feliz de haber dejado mi pequeño pueblo, Wickford Hollow, mi familia y mi hípica para venir aquí y vivir esto —añadí, levantando la vista para encontrarme con la suya—. Aunque no siempre salga todo como planeo, aunque haya días en los que todo parezca demasiado para mí, no lo cambiaría por nada.

Apoyé la cabeza en su hombro y dejé unos segundos de silencio. Sentía su respiración tranquila y las lágrimas que se iban secando en mis mejillas.

—Gracias, Jack —murmuré.

—¿Por qué?

—Por creer en mí, incluso cuando yo misma no lo hago.

Él soltó una risa y me apretó un poco más contra su cuerpo.

—Eso es fácil, Olivia. Eres increíble, aunque a veces te cueste verlo.

Sonreí, cerrando los ojos y dejando que sus palabras me abrazaran.

—¿Sabes? —dije después de un rato—. Hoy, mientras estaba en el *cross* con Winterfell, me di cuenta de algo.

—¿De qué, Olivia? Sorpréndeme.

—Me di cuenta de que quiero más. Quiero seguir mejorando. Quiero seguir montando, quiero empaparme de todo. No sé cómo explicarlo.

Jack asintió, como si entendiera exactamente a qué me refería.

—Ese es el espíritu —dijo con una sonrisa.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

Me apartó detrás de una columna, mirando hacia un lado y otro para asegurarse de que nadie nos veía. Entonces, Jack se acercó, y

sin decir palabra, me besó con suavidad. Después, con su pulgar, empezó a acariciar despacio la parte superior de mi mano, transmitiéndome una calma que no esperaba.

—Sé que estoy en el lugar correcto —le dije sin apartarme mucho de él—. Y aunque todavía tengo mucho que aprender, quiero demostrar que no necesitas tener los mejores caballos ni el equipo más caro para ser buena.

Jack cogió mi mano y la apretó.

—Y lo harás, Olivia. Lo sé. Tienes un gran futuro. Vamos, te acompaño a la residencia. Aún podemos estudiar un par de horas y debemos descansar bien, porque mañana tenemos volteo. Y tengo MUUUUCHAS ganas —dijo, alargando la palabra con diversión— de ver cómo se te da hacer acrobacias encima de un caballo.

Capítulo 25

Subimos al autobús y nos sentamos en las primeras filas, mientras repasábamos algunos apuntes y exámenes de años anteriores de Biomecánica con Brooke.

Emily y Grace, que iban juntas en la fila de detrás, decidieron hacer un descanso del estudio y charlaban felizmente sobre qué harían en los pocos días de vacaciones que tendríamos a finales de abril.

—Un momento de atención, chicos —dijo Mr. Arthur—. Hoy nos dirigimos a Windspire Vaulting School para probar la disciplina de volteo —añadió—. Ya sabéis cómo va esto, vamos a repasar en qué consiste antes de llegar, por si alguien no ha estado muy atento en clase. Harper, ¿nos lo podrías explicar?

Harper, que estaba sentada al lado de Alexander, tardó unos segundos en responder:

—El volteo —empezó— es una disciplina reglada por la FEI (Federación Ecuestre Internacional) que combina gimnasia y baile sobre un caballo en movimiento. El caballo es guiado por una persona que controla su velocidad y el aire con una cuerda de unos quince metros de largo. En todas las categorías, los volteadores, que son quienes realizan las acrobacias, ejecutan ejercicios obligatorios según su nivel y edad, además de hacer ejercicios de estilo libre —finalizó. Se notaba que los exámenes estaban cerca, porque Harper lo había explicado a la perfección.

Faltaban apenas cinco minutos para llegar y todos estábamos muy emocionados. Nos recibió una chica alta, de apariencia fuerte, pero con movimientos elegantes y ligeros. Llevaba un maillot violeta

lleno de brillantes que se le veía por debajo de su chaqueta abierta, junto con unas mallas. Nos saludó con una sonrisa antes de darnos la bienvenida:

—Bienvenidos a Windspire Vaulting School, escuela de élite de volteo. Soy Lauren, una de las alumnas que os introducirá en esta disciplina. Primero os enseñaremos un poco la escuela y luego tendréis un momento para cambiaros —comentó.

Cuando nos acercamos más a la escuela, el lugar nos dejó sin palabras. Nos habían advertido de que era un centro de élite, pero la estructura del sitio era impresionante. Yo seguía pensando que nuestra academia era la única de ese nivel en el país, pero a medida que avanzaba el trimestre, iba descubriendo sitios asombrosos. Aunque, en mi opinión, ninguno superaba nuestro edificio principal.

Nos detuvimos en la entrada y Lauren añadió:

—Un apunte importante: el volteo no se practica con botas, guantes ni casco. El casco puede ser un estorbo y causar accidentes, ya que reduce la visibilidad y, si hay más de un volteador sobre el caballo, un golpe con él podría hacer más daño que otra cosa. Así que olvidad todo lo aprendido hasta ahora y bienvenidos a la única disciplina en la que no necesitáis saber montar a caballo para practicarla —finalizó.

Las instalaciones parecían más bien un centro tecnológico de última generación que una escuela de volteo. Su estructura de líneas geométricas y superficies perfectamente rectas estaban recubiertas de paneles de vidrio que parecían oscurecerse o aclararse según la luz del sol. Este sitio debe tener una luz impresionante en el interior, pensé. En medio del edificio, justo debajo de la puerta, destacaba un gran escudo con la silueta de un caballo y un volteador haciendo una figura encima.

Lauren nos llevó al interior a través de una puerta giratoria. Nada más entrar, nos envolvió un aroma a limpio y a café recién hecho. A un lado, había una cafetería que parecía sacada de una revista de diseño, y al otro, estanterías repletas de libros sobre volteo, equitación y caballos. Pero lo más impactante estaba aún por llegar.

—Vamos a empezar con un recorrido rápido por las instalaciones —dijo Lauren, guiándonos hacia la pista de entrenamiento.

La pista cubierta era espectacular. El techo, completamente de cristal, y como ya había previsto, dejaba entrar una cantidad impresionante de luz. Debía medir unos ochenta metros de largo por treinta de ancho y tenía un suelo de sílice extremadamente blanco. Toda la pista estaba rodeada de gradas y se podía acceder a ella desde las cuatro esquinas.

En un lateral, había potros estáticos perfectamente alineados. Eran una especie de rectángulos acolchados y elevados del suelo con un cinchuelo atado. Conté al menos seis o siete, listos para ser usados.

—Estos potros sirven para calentar y practicar movimientos antes de subirse a un caballo real —nos explicó Lauren—. Todo aquí está pensado para la seguridad y el progreso de los jinetes. Si un ejercicio no te sale en parado, no puedes empezar a practicarlo sobre el caballo.

En el guadarnés, el orden y la limpieza eran impresionantes. Filas de cinchuelos de volteo colgaban perfectamente alineados, algunos blancos, otros negros, todos impecables. Pero lo que más me sorprendió fue ver monturas de doma clásica y diferentes bridas de filete, así como de filete y bocado, junto a los cinchuelos. Lauren, que debió notar cómo todos lo comentábamos, nos lo aclaró:

—Nuestros caballos no son solo caballos de volteo. En realidad, solo trabajan en esta disciplina dos veces a la semana. El resto del tiempo hacen doma clásica, paseos por el campo, salen cada día al *paddock* y pasan *cavalettis*. Esto nos asegura que estén equilibrados tanto física como mentalmente, porque, pensadlo, para ellos dar vueltas en círculo con volteadores encima debe de ser muy aburrido.

Cuando llegamos a las cuadras, vimos que había unos treinta caballos. No había caballos de otra disciplina. Según nos contó Lauren, la escuela tenía alrededor de cien volteadores de todas las edades.

Seguimos recorriendo el centro hasta que nos detuvimos en el gimnasio.

Este se encontraba equipado con todo lo que un volteador pudiera necesitar: máquinas de cardio, áreas de pesas, barras y aros para trabajar la flexibilidad y la fuerza.

—Entrenamos aquí dos o tres días a la semana —nos explicó Lauren—. El entrenamiento físico es esencial. Si no estás fuerte, es imposible hacer la mayoría de los ejercicios.

Después llegamos a una sala que parecía sacada de una película futurista: la llamaban la Sala del *Movie*. En el centro, había un simulador de galope que imitaba perfectamente los movimientos de un caballo. Podía ajustarse a diferentes velocidades y ritmos, lo que permitía a los jinetes practicar todos los movimientos con mucha más seguridad. Lauren, emocionada, nos explicó de qué se trataba:

—Aquí trabajamos otros dos días a la semana. Es perfecto para perfeccionar ejercicios sin la presión de estar sobre un caballo real. Además, el movie no se cansa, así que podemos repetir los ejercicios una y otra vez.

Finalmente, volvimos a la pista principal, donde algunos volteadores empezaban a preparar a los caballos. Llevaban sudaderos muy gruesos para minimizar los impactos en el momento en que los volteadores saltaban o realizaban algún ejercicio.

Lauren nos reunió en el mismo punto donde habíamos empezado el recorrido y habló con una mezcla de firmeza y entusiasmo:

—El volteo puede practicarse de manera individual, en parejas o en equipo. Hoy lo probaréis de manera individual. Os dividiréis en tres grupos: unos irán al gimnasio, otros a la sala del *movie* y el último trabajará directamente con los caballos. Preparaos para cansaros hoy, pero también os vais a divertir. Aquí tenéis el vestuario —dijo, señalando otra puerta—. Dentro encontraréis ropa adecuada para hacer volteo, porque con esos pantalones con *grip* —nos miró de arriba abajo— os vais a quedar pegados al caballo. Nos vemos aquí en cinco minutos.

El vestuario era amplio y estaba muy limpio. Había varias filas de perchas con uniformes perfectamente alineados: en un lado de la sala, los de los chicos, y en el otro, los de las chicas. Estos últimos eran de un tono violeta brillante, igual que el que llevaba Lauren, mientras que el de los chicos consistía en unas mallas negras y una camiseta violeta.

Teníamos pequeños bancos de madera y cubículos cerrados para cambiarnos en privado. Las chicas nos dirigimos a un lado y los chicos al otro. Al colgar mi sudadera, escuché a Jack decir algo detrás de nosotras.

—Este es mi lugar favorito —dijo, abriendo los brazos y mirando a su alrededor.

La frase era tan absurda que todas nos giramos para mirarlo como si se hubiera vuelto loco. Charlotte fue la primera en reaccionar, alzando una ceja.

—Claro, Jack, porque los vestuarios son el sitio más bonito del mundo.

Jack sonrió, pero sus ojos me buscaron entre el grupo. Yo lo miré, sintiendo que me moría de vergüenza por dentro, y cuando nuestras miradas finalmente se cruzaron, añadió:

—No te imaginas cuánto, Charlotte.

Sentí cómo me subían los colores, pero fingí que estaba demasiado ocupada sacando mis cosas de la mochila, intentando disimular mi nerviosismo.

Cinco minutos más tarde, los chicos ya se habían vestido con las mallas y camisetas ajustadas, y sin duda, esa ropa resaltaba sus físicos. Era imposible no fijarse en Jack, cuya confianza natural parecía haberse multiplicado con ese conjunto, mientras que el resto de los chicos intentaba distraerse charlando. Las chicas intercambiamos miradas y tratamos de ocultar nuestras risas, evitando mirarlos descaradamente.

Jack salió del vestuario de los primeros, pero en lugar de unirse al grupo, se quedó en una esquina. Cuando pasé cerca, noté una mano cogiendo mi brazo.

—Te echo de menos, por si no te ha quedado claro —susurró.

Antes de que pudiera reaccionar, la voz aguda de Charlotte rompió el momento.

—¡Vamos, Jack! ¿Te vas a quedar ahí todo el día o qué?

Seguramente nos había visto desde la distancia. Siempre controlando a Jack, y su expresión lo decía todo: celos.

Nos reunimos todos fuera, donde Lauren nos presentó a los entrenadores. Algunos llevaban el mismo uniforme violeta, mientras que otros vestían de negro.

—Estos son vuestros entrenadores para el día de hoy —dijo Lauren, señalando a los de violeta—, y los que van de negro son los *longeurs*. Ellos son los encargados de guiar al caballo con la cuerda y mantenerlo a un ritmo constante para que podáis hacer los ejercicios encima. Su trabajo es crucial.

Nos dividimos en grupos y nos llevaron a la pista principal. Dos caballos ya estaban calentando en círculos. Uno parecía tranquilo, sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pero el otro parecía un poco nervioso, galopando rápido mientras el entrenador intentaba calmarlo para que cogiera el ritmo adecuado para trabajar. Finalmente, el *longeur* logró relajarlo tras varias vueltas, y ese fue el caballo que le tocó a mi grupo. Mientras tanto, Emily, Harper y Jack ya estaban trabajando encima del otro caballo.

A Charlotte y a mí nos había tocado en el otro grupo, junto con su grupito de superamigas: Katherine, Ashley y Rose. Estábamos cerca cuando el entrenador me señaló.

—¿Puedes sujetar al caballo un momento? —me preguntó.

Antes de que pudiera moverme o asentir, Katherine se adelantó.

—Yo lo hago.

No tuve tiempo de insistir, pero no le di más importancia. Mientras ella cogía la cuerda de dar cuerda, miré hacia la pista y vi a Jack. Estaba de pie sobre el caballo al paso, practicando un ejercicio básico de equilibrio. Había conseguido soltar una mano del cinchuelo por unos segundos. A este chico, pensé, ¿por qué se le tiene que dar bien todo en la vida?

De repente, el caballo que Katherine estaba aguantando por el ramal empezó a moverse y a dar manotazos. Ella le dejó un poco de cuerda, quizás demasiada, porque en un instante el caballo se giró bruscamente y salió corriendo descontrolado por la pista.

Todo pasó a cámara lenta. El caballo de Jack, que hasta ese momento había estado perfectamente concentrado y tranquilo, se asustó al ver al otro caballo galopar desbocado. Jack, que aún estaba de pie sobre el pad, perdió el equilibrio cuando el caballo empezó a botarse.

—¡Jack! —grité, sintiendo un nudo en el estómago.

Él reaccionó rápido: se dejó caer con control sobre el *pad* y agarró las anillas con ambas manos, aguantando mientras el caballo daba un salto tras otro. Cada segundo se me hizo eterno.

Finalmente, uno de los *longeurs* logró coger la cuerda y calmar al caballo que había salido corriendo. El entrenador se giró hacia Katherine, claramente enfadado.

—¿Por qué soltaste toda la cuerda?

Katherine intentó balbucear una excusa, pero era evidente que todos los presentes sabían que había actuado mal. Mientras tanto, Charlotte se reía por lo bajo, sin molestarse en disimular. En la academia teníamos las herramientas suficientes para controlar este tipo de situaciones con caballos nerviosos.

Jack se bajó del *pad* de un salto y se acercó a Katherine con la cara roja por la tensión. Nunca lo había visto así.

—¿Estás loca? —le dijo, sin levantar la voz, pero con un tono extremadamente cortante que resonó por la pista—. ¿Tienes idea de lo peligroso que ha sido eso? Y justo antes de los exámenes finales. —Se dirigió a Katherine, que estaba visiblemente avergonzada—. Y tú, deja de sonreír así —añadió, mirando a Charlotte, a quien se le borró la sonrisa de la cara de golpe.

Charlotte intentó responder, pero las palabras no le salieron. Sus amigas, que hasta entonces la seguían a todas partes, la miraron con desaprobación y se alejaron lentamente. Por primera vez desde que la conocía, Charlotte estaba sola.

Me acerqué a Jack, incapaz de quedarme al margen.

—¿Estás bien? —pregunté, con mi voz aún temblando un poco.

Él me miró y sonrió, cambiando por completo su expresión de hacía unos instantes.

—Estoy bien.

Capítulo 26

Después del incidente en el centro de volteo y de haber completado el resto del entrenamiento sin más sobresaltos, me sorprendí a mí misma por la agilidad y facilidad con las que pude realizar todos los ejercicios que nos iban diciendo. Me dije que en algún momento volvería a practicarlo, porque me había parecido increíblemente divertido.

Estos últimos días, mi vida se reducía a dos cosas: libros y apuntes. Las mesas seguían cubiertas con torres de papeles subrayados en todos los colores posibles, cuadernos llenos de esquemas y libros que los jinetes se iban pasando entre sí. Entre los nervios generales y el café que todos llevábamos encima, el ambiente en la academia estaba más cargado que nunca.

Hoy tocaba la reunión previa a los exámenes, ya casi una tradición de cada trimestre. En el aula magna, el murmullo habitual se desvaneció en cuanto Mr. Charles, habló por el micrófono. Su tono captó nuestra atención al instante.

—Buenos días a todos. Como ya sabéis, en los tableros del vestíbulo principal se están colgando ahora mismo los horarios de los exámenes. Por favor, aseguraos de revisarlos bien para evitar problemas de última hora. —Hizo una pausa antes de continuar—. Al finalizar este trimestre, tendréis unos días de vacaciones antes de regresar para el tercero, que será especial. Celebraremos el gran evento trianual de la academia, una ocasión única que hará de este un trimestre diferente a los anteriores.

Un leve murmullo recorrió la sala. No tenía ni idea de lo que podía ser, pero seguro que era emocionante.

—Por último, pero no menos importante, recordad que durante los exámenes deberéis usar la equipación correspondiente de vuestra casa. La única excepción son los jinetes de la casa de doma, que deberán hacer el examen con americana.

Mr. Charles alzó una ceja, mirando directamente a nuestra dirección.

—Y, por cierto, un recordatorio importante: las pruebas deben ejecutarse como se os pide. Esto incluye el examen de doma. No es el momento para improvisaciones o mostrar habilidades fuera de la disciplina. Por ejemplo, no podéis usar el *neckrope*.

Sentí cómo el calor me subía a las mejillas mientras Emily y Brooke, sentadas a mi lado, contenían la risa. Desde aquel día en el examen del primer trimestre, me había ganado la reputación de «innovadora» en doma.

—Mientras que los exámenes de salto y completo son meramente para mantener el nivel, el examen de doma servirá como evaluación para determinar vuestro rendimiento en la categoría correspondiente por edad. Es importante que os lo toméis en serio —terminó Mr. Charles—. Eso es todo por hoy. Suerte y aprovechad bien estos días para prepararos.

Al salir de la reunión, el tema de conversación era inevitable.

—Así que vamos a tener un trimestre especial… —dijo Brooke, ajustándose la coleta mientras caminábamos hacia los tableros—. ¿Qué creéis que será el evento?

—Seguro que alguna competición entre casas. Creo que cada tres años se celebra la Copa de Naciones, pero no recuerdo exactamente cómo funcionaba —respondió Emily con su habitual tono despreocupado. Ella siempre parecía saberlo todo y tenerlo todo bajo control.

—Ni idea —contestó Brooke.

—Por cierto, ¿ya sabéis en qué categoría vais a competir en el examen de doma? —les pregunté.

Brooke y Emily se miraron y asintieron al unísono.

—Jóvenes jinetes individual —dijeron al mismo tiempo.

—Lo imaginaba… —suspiré—. Yo voy a centrarme en la *reprise* preliminar de seis años, que creo que es más fácil que la final. A ver si nos salen los cambios.

—Tiene sentido —dijo Brooke con una sonrisa alentadora—. Lo estáis haciendo genial y Liberty es joven, tiene mucho potencial.

Por fin conseguimos hacernos un hueco entre la multitud de jinetes que rodeaban los tableros. Los exámenes escritos estaban programados para el veintiuno de abril, seguidos por el examen de doma el veintidós, y el de completo el veintitrés. Y justo el veintitrés de abril era mi cumpleaños…, ni siquiera me había acordado. Podía ser un día increíble o un desastre total. Por suerte, el examen de intercambio de doma sería el veinticuatro, así que Liberty tendría un día de descanso entre pruebas. Con tan poco tiempo por delante, solo quedaba concentrarse al máximo.

Intenté estudiar sola en mi habitación, pero no tardé en mudarme a la biblioteca para evitar distracciones. Aunque eso no siempre funcionaba, porque esa tarde Jack había decidido unirse a mí para «repasar juntos».

—Entonces, ¿cuál es la diferencia entre la protracción y la retracción de la extremidad anterior del caballo? —pregunté mientras revisaba mis apuntes.

—Eh… espera, eso está aquí… —Jack empezó a buscar en su libreta, pero pronto se distrajo con sus pensamientos—. Por cierto, ¿sabías que Phoenix…?

—Jack, concéntrate. Ahora no es momento de hablar de Phoenix —lo interrumpí entre risas—. Por esto intento estudiar sola.

A la mañana siguiente, todos estábamos más tensos. Cada asignatura tenía varios temas; algunos los dominaba y otros no tanto. Pero confiaba en que salieran los que me sabía de pe a pa, y que, si aparecían los otros, podría salvarlos como fuera.

Empezamos con el examen de Biomecánica, seguido de Anatomía, Disciplinas e Historia de la Equitación.

¿Me ayudas a responder estas preguntas?

Biomecánica del Caballo:

1. ¿Cuántos tiempos tiene el aire del paso?
2. ¿Cómo se llama la fase del galope en la que ninguna de las patas toca el suelo?

Anatomía:

1. Nombra tres huesos principales del esqueleto del caballo.
2. ¿Qué función tienen los músculos?

Disciplinas:

1. ¿Cuáles son las tres disciplinas principales del concurso completo?
2. ¿Cuántos caballos van enganchados en el carruaje en una cuarta?

Historia de la Equitación:

1. ¿En qué país nació la disciplina de la doma vaquera?
2. Menciona un jinete actual famoso de una de las tres disciplinas olímpicas.

Salí del aula con una mezcla de alivio y cansancio mental después de más de dos horas de examen. El primer paso estaba hecho, pero todavía quedaban las pruebas prácticas.

Comentándolo con Brooke, Emily, Grace y Harper, me di cuenta de que, sorprendentemente, me había ido mejor de lo que esperaba. Sentí un alivio momentáneo. Era como si los profesores hubieran hecho los exámenes a propósito más fáciles o, quizá, por fin había entendido el método de estudio respecto al trimestre anterior.

Para el día siguiente, había planificado todo al detalle. La noche anterior dejé preparado el *retrotiming*, apuntando a qué hora debía hacer cada cosa para asegurarme de que nada se me escapara. Quería ir tranquila y mantener el control en todo momento. Así que, a media mañana, ya estaba en la cuadra preparando a Liberty.

Lo primero era trenzarle la crin. Con paciencia, empecé a hacer moñitos cosidos. Cada vez que le daba una pasada con la aguja a las trenzas, veía esa pequeña cicatriz alargada en mi brazo, que me hacía rememorar todo una y otra vez.

Había dejado siete trenzas perfectas. Tenían que ser impares, ya que hacerlas pares traía mala suerte. Me aseguré de que cada

mechón quedara en su lugar. Un toque de laca final ayudó a recoger los pelos más rebeldes y cortos. Cuando terminé, Brooke apareció y me dejó su *spray* con purpurina.

—Si no destacáis en la *reprise*, al menos que lo hagáis por lo guapos que vais —bromeó con una sonrisa.

No me lo pensé dos veces. Un pequeño *flis flis* de purpurina sobre la grupa de Liberty le dio el brillo especial que nos faltaba.

Mientras terminaba los últimos detalles, no podía evitar que mi mente diera vueltas a la *reprise* que teníamos que hacer. La visualizaba en positivo, recordándome que los cambios de pie los teníamos bastante controlados, aunque solo llevábamos unas semanas trabajándolos. Había estado tan preocupada por el examen de completo, que casi me había olvidado de que este también contaba para la nota final.

En la pista, la atmósfera era eléctrica. Todos los ojos estaban puestos en los jinetes y amazonas que realizaban sus pruebas. No era tan divertido de verlo como en el trimestre anterior, cuando todos habíamos bailado al ritmo de nuestras músicas favoritas, pero para los domeros siempre era un gusto ver *reprises*. En cambio, los saltarines y completeros no paraban de hablar entre ellos y comentar temas ajenos a las pruebas.

Los horarios estaban asignados por orden alfabético, así que Brooke y Emily, Ashcroft y Delacroix, respectivamente, ya habían competido horas antes. Lo habían hecho muy bien, como siempre. Ambas estaban elegantísimas. Emily llevaba un frac lila precioso que le había prestado Brooke, y esta llevaba uno gris oscuro que le quedaba impecable. Verlas me inspiró.

Cuando llegó nuestro turno de entrar en pista, llevé a Liberty hasta una de las esquinas del cuadrilongo, esperando a que sonara la campana y nos dieran permiso para entrar y empezar. Respiré hondo, lo acaricié y le susurré:

—Pase lo que pase, estoy muy orgullosa de ti. Estamos aprendiendo. No pasa nada por fallar, seguirás siendo el mejor caballo del mundo entero.

La campana sonó y entramos por la línea central. Esos primeros segundos antes de entrar siempre se me hacían eternos. Por alguna razón, justo antes de empezar la *reprise*, sentía que no me sabía la *reprise*, como si todo lo que había aprendido se hubiera esfumado y no fuera capaz de recordar el orden de los ejercicios. Pero en cuanto noté a Liberty seguro debajo de mí, mis nervios desaparecieron un poco y me concentré. Apreté las piernas en la montura y comencé cada uno de los ejercicios de la *reprise* de seis años.

La parte del trote fue consistente y bien ejecutada. Quizá podría haber sido un poco más expresiva, pero decidí no presionar más de lo necesario. Era más importante mantenerlo regular, cómodo y relajado que buscar expresividad a costa de perder fluidez en los ejercicios. Entre el trote y el galope, teníamos unos minutos de paso para coger aire antes de enfrentarnos a los cambios de pie.

El primer cambio fue perfecto. Estaba eufórica, pero no quise relajarme demasiado. En el segundo, aunque intenté prepararlo de la misma manera, Liberty se escapó un poco por las espaldas y el cambio de pie salió en dos tiempos. No pude evitar poner una leve mueca de frustración, porque sabía que había sido fallo mío en la preparación. Aun así, enseguida acaricié a Liberty para transmitirle lo bien que lo estaba haciendo. Había dado lo mejor de él, y eso era lo que importaba.

Cuando terminamos, salí de la pista con una mezcla de sensaciones. Estaba contenta, pero, como buena domera perfeccionista, no podía dejar de pensar en el fallo en el cambio de pie. Jack vino enseguida a felicitarme.

—¡Buen trabajo, Olivia! —dijo con una gran sonrisa.

—He fallado un cambio —respondí, mordiéndome el labio.

Él se encogió de hombros.

—Los domeros sois demasiado tiquismiquis. Te bajará algo la nota, pero no se acaba el mundo. Anda, ve a descansar, que mañana los dos tenemos examen de completo.

Asentí, aunque descansar era lo último que tenía en mente.

Esa noche, dormirme fue un auténtico tormento. A pesar de estar agotada, cerraba los ojos y veía todos los posibles escenarios que podrían salir mal. Me imaginaba una caída, un rehúse con Winterfell o incluso equivocarme de recorrido. Cada vez que algún pensamiento intrusivo se colaba en mi mente, intentaba borrarlo, pero no era fácil.

Me desperté varias veces en medio de la noche, sudando y con el corazón acelerado.

A la cuarta vez que me desperté, decidí que era inútil seguir luchando contra mi mente. Me levanté, me bebí un vaso de agua y me senté junto a la ventana. Me obligué a respirar profundamente, recordándome que todo estaba bajo control, que habíamos entrenado para esto y que, pasase lo que pasase, lo daríamos todo.

El reloj marcaba las cuatro y media de la madrugada cuando, finalmente, conseguí volverme a dormir.

Capítulo 27

El sonido del despertador me sacó de golpe del sueño. Eran las siete de la mañana y, a pesar de haberme despertado tantas veces durante la noche, sentía que en estas últimas horas había dormido bien. Esa mezcla de emoción y nervios se hacía notar en mi estómago. Hoy era el día: el examen de completo. Me senté en la cama y respiré profundamente unos segundos para despejarme antes de levantarme.

Me preparé un bol de cereales mientras miraba el móvil. Jack tenía su prueba de completo a las once, y yo quería estar allí; primero, para repasar juntos el recorrido, y segundo, para apoyarlo al cien por cien. Después de la hora de la comida, sería mi turno. Me puse mis mallas más cómodos, un jersey de la casa de doma y dejé listo mi chaleco protector, casco y espuelas para no tener que preocuparme después.

A las ocho de la mañana abrieron el recorrido de *cross* para la inspección, así que me encontré con Alexander, Jack y Grace para revisarlo juntos. Empezamos viendo los saltos de la pista, que parecían bastante asequibles. Luego cruzamos la puerta hacia el *cross* y nos encontramos con los primeros obstáculos. Al llegar al cuarto, sentí cómo se me encogía el estómago. Era el salto donde había caído. La imagen de aquel momento regresó a mi mente de golpe y noté cómo mi corazón se aceleraba. Jack, al darse cuenta, se acercó y puso una mano en mi hombro.

—No te agobies, Olivia. Has saltado cosas más difíciles. Te diría que este es hasta el más fácil del recorrido —dijo con una sonrisa, intentando tranquilizarme.

Grace y Alexander también asintieron, dándome ánimos. Respiré hondo. Tenían razón. Había mejorado. Podía hacerlo.

A las once, Jack y Grace ya estaban calentando con Revolution. Los observé desde la valla, sintiendo también nervios por ellos. Jack lo estaba montando de forma impecable, especialmente en la parte de salto, donde se notaba que se sentía como pez en el agua. En el *cross* también les fue bien, aunque les faltó un poco de velocidad. Aun así, me sentí muy orgullosa de ellos.

A medida que se acercaba mi turno, los chicos se encargaron de distraerme, hablando de todo menos del examen. Me puse mi equipo y nos dirigimos a la pista para empezar a calentar. Winterfell llevaba un sudadero blanco impecable y tenía unas veinte castañitas perfectamente hechas.

—Alexander, ¡qué guapa está Winter! Podrías ser peluquero —bromeé, intentando relajarme.

—*Ti* aseguro que lo pensaré si me va mal en esto de los caballos —respondió con una sonrisa.

Ajusté mis estribos, primero el derecho y luego el izquierdo, el mismo que me había hecho el corte en el brazo durante la caída. Tenía que dejarlos a la misma medida para las tres pruebas, así que, una vez listos, empecé a calentar. Habíamos programado unos minutos extra en el calentamiento, por lo tanto, si la notaba con demasiada energía, tendríamos tiempo de cansarla un poco más. Alexander se centró en transmitirme calma con cada comentario, asegurándose de que estuviera concentrada y positiva.

RIIIIING.

Sonó la campana: empezaba nuestra prueba.

La parte de doma fue bien. Los jueces estaban colocados en sus respectivas posiciones: uno en la letra B, otro en la C, y el último en la E. Intenté ir ejercicio a ejercicio, enfocándome en cada movimiento, sintiéndome segura y mostrando confianza en la pista.

La parte de salto tampoco nos fue mal. Winterfell estaba en su mejor forma, respondiendo perfectamente a cada ayuda. Pero lo difícil estaba por llegar: el *cross*.

Salimos de la pista de salto por una pequeña puerta que daba directamente al primer obstáculo del recorrido. Empezaba con un salto en mitad del lago. Por suerte, a Winterfell le encantaba el agua, y en ningún momento, dudó cuando la guie hacia allí.

Los tres primeros obstáculos los superamos sin problemas. Pero entonces llegó el cuarto. El mismo salto. El mismo sitio.

El miedo me invadió. Todo en mi cabeza me decía que no podía hacerlo. A tres trancos de distancia del salto, giré a Winterfell y pasé por el lado. Podría haber seguido y aceptar la penalización, pero algo dentro de mí gritaba que no. Me negaba a dejar que el miedo me dominara.

«Yo puedo hacerlo. No soy la misma que llegó aquí hace unos meses. Soy más fuerte, más valiente. Sé montar mejor. Es un simple salto, como todos los demás».

Hice un círculo, respiré hondo y encaré el obstáculo de nuevo. Desde la valla, escuché los gritos de ánimo de todos. Cogí la velocidad perfecta y, acordándome de cada consejo de Jack, Grace, Harper y Alexander, saltamos.

¡Lo habíamos logrado!

Nuestro examen de completo no habría sido perfecto, pero al menos lo habíamos hecho.

Terminé el recorrido con buen ritmo y confiando en Winterfell. Fui a buscar a los chicos, que estaban junto a la valla con la adrenalina por las nubes, lista para comentar la prueba, pero Jack y Grace habían salido corriendo hacia los jueces, dejándome con la palabra en la boca y completamente desconcertada.

¿Qué les pasa a estos dos? ¿Qué están haciendo?, pensé.

Hablaban con los jueces gesticulando, parecía que estaban negociando algo importante. Antes de que pudiera ir tras ellos, escuché unos cascos acercándose a toda velocidad. Me giré y vi a Emily y Brooke que traían a… ¿Liberty?

—¿Qué está pasando? ¿Qué hace Libs aquí? —pregunté, aún sin haber recuperado el aliento tras la prueba con Winterfell.

Jack volvió con una sonrisa enorme.

—¡Los jueces han dado el visto bueno! Vas a hacer la prueba con Liberty. Tienes veinte minutos para calentar y serás la última en salir.

Por un momento, me invadió la ansiedad. ¿Voy a competir con Liberty? No era la idea, en la vida me lo había planteado, pero, en el fondo, me hacía ilusión. Nos conocíamos a la perfección, él me había demostrado que le encantaba el salto, así que… ¿por qué no intentarlo?

No había tiempo que perder. Liberty venía equipado con todo lo necesario, como si fuera un auténtico completero: protectores, greda en las patas para protegerlas en caso de tocar algún obstáculo, pecho petral con partes de borreguito, brida, tijerillas…, incluso un sudadero verde caqui de la casa de completo. Emily y Brooke lo habían dejado impecable.

—Es todo tuyo, Olivia —dijo Grace con un brillo especial en los ojos, al verme observar cada detalle del equipo de Liberty.

—¿El qué? —parpadeé, sin entender del todo.

—Hemos reunido cosas viejas de todos los de la casa de completo —explicó Emily—. Los protectores eran de Alexander, la cabezada de Harper, la mantilla es de Grace, el pecho petral nos lo dio un chico de tercero… Así que, cada vez que hagas salto o completo, llevarás una parte de nosotros contigo.

No sabía qué decir. Solo podía pensar en que, en este trimestre, me había dado cuenta de que tenía los mejores amigos que se podían pedir.

—No sé cómo agradeceros esto.

—Solo hazlo —respondió Brooke, guiñándome un ojo.

Respiré hondo y miré a Liberty. Después de tanta doma y accidentes, por fin íbamos a disfrutar, así que nos lanzamos directos a la pista.

Esta vez, no había nervios. Aunque sí estaba agotada físicamente por el esfuerzo de la prueba con Winterfell, había descubierto que, para hacer *cross*, tenías que estar en muy buena forma física, pero iba a sacar energía de donde fuera.

Por supuesto, la parte de doma y salto nos fue extremadamente bien. Nada más cruzar la línea de salida al campo de *cross*, Liberty resopló y aceleró, como si supiera que necesitaba esto.

La combinación dentro del agua era lo que más miedo me daba, porque Liberty nunca había pisado un lago, y menos con un obstáculo dentro. Pero solo tuve que empujarlo un poco con las piernas y acariciarlo para darle la confianza suficiente. Entramos al trote. El agua salpicaba a nuestro alrededor y no podía parar de sonreír.

A medida que nos acercábamos al cuarto obstáculo, sentí cómo el miedo intentaba colarse en mi mente. Pero esta vez Liberty estaba conmigo.

A tres trancos de distancia, miré hacia adelante convencida, aguanté el contacto y, cuando llegó el momento… ¡saltamos!

Aterrizamos con suavidad, y el resto del recorrido fue historia.

Por la tarde, casi de noche y después de todas las emociones del día, sentí mi móvil vibrar con un mensaje de Jack.

> **@Jack.Hawthrone:** Nos vemos en el jardín de atrás a las nueve. Solo tú y yo.

Parecía que el día no terminaba ahí. Intenté buscar a Brooke y Emily en la habitación para contarles que iba a salir un rato, pero no las encontré por ningún lado de la residencia, así que decidí mandarles un mensaje.

@Olivia.Thorn: Voy con Jack. No os asustéis si no me encontráis.

Cuando llegué al jardín, todo estaba en completo silencio. Igual que el día de nuestra primera cita oficial. El caminito estaba muy poco iluminado, apenas se veía y, aunque todo estaba tranquilo, me empezaba a preguntar qué estaba pasando, hasta que una explosión de voces me sorprendió.

—¡Felicidades, Olivia!

Me quedé paralizada de la emoción y del susto, hasta que empecé a ver cabezas asomarse entre los arbustos. Estaban todos allí.

Brooke, Emily, Grace, Alexander, Harper… y Jack, en el centro, con una sonrisa de oreja a oreja.

Grace pulsó un interruptor del suelo y se encendieron unas pequeñas luces, iluminando una mesa con comida y un pastel en el centro. Parpadeé, completamente alucinada.

—¿Cómo sabíais que hoy era mi cumpleaños? —pregunté, incrédula.

Jack se cruzó de brazos y me miró con una expresión divertida.

—Algo bueno tenía que tener ser el representante de los alumnos. Puedo ver todas las fichas —comentó con picardía.

No pude evitar sonreír.

—No me sorprende en absoluto —le contesté.

Jack dio un paso adelante, acercándose mucho a mí y, sin previo aviso, me besó, delante de todos.

Y, claro, la reacción no se hizo esperar.

—¡Uuuuuuuuh! —exclamaron todos en coro, seguidos de risas.

Me separé de Jack, riéndome y negando con la cabeza, pero en el fondo me sentía increíblemente feliz.

Había sido un día inolvidable.

Y esta, sin duda, era la mejor manera de cerrarlo.

Capítulo 28

Para mí, el trimestre ya había terminado. Mi mente ya estaba en otras cosas, con una sensación de libertad muy esperada. Solo quedaba el examen de Alexander con Liberty, pero la verdad es que me preocupaba entre poco y nada. Sabía que lo iban a bordar. Liberty y Alexander habían trabajado duro y estaban preparados para lo que les viniera. Lo único que me inquietaba era Alexander, que al llegar a la pista parecía visiblemente nervioso.

—Tranquilo, lo tienes más que controlado —le dije mientras le ajustaba la corbata.

—*Facile* de decir cuando no eres tú quien tiene que examinarse —respondió, pasándose una mano por el pelo, despeinándolo aún más antes de ponerse el casco.

—Venga ya, Alexander. Soy yo la que me he caído este trimestre y he tenido que volver a confiar en mí. A ti con Liberty te ha ido bien desde el minuto uno y os habéis entendido a la perfección —le dije, tratando de relajarle—. Por cierto, estás espectacular con esa americana tan ajustadita. Pareces sacado de una revista.

—*Mamma mia*, Olivia, al final me lo voy a creer y todo —bromeó, con una media sonrisa.

—Sí, pero no te lo creas del todo —reí mientras se subía y empezaba a calentar.

Como ya había previsto, el examen pasó sin mayor sorpresa. Faltó un poco de incurvación en los apoyos y en la espalda adentro, pero nada grave. Alexander entró en pista muy seguro de sí mismo y demostró todo lo que había aprendido estos meses.

Menudo trimestre habíamos pasado. Divertido, intenso, emocionante. Me había demostrado muchas cosas, entre ellas que tenía unos amigos a mi lado que valían oro: Brooke, Emily, Grace, Harper, Alexander… y, bueno, Jack, que ahora sí podía decir sin dudarlo que estaba completamente enamorada de él.

Siete días de vacaciones nos esperaban por delante antes de empezar el siguiente trimestre. Siete días para reponer fuerzas, volver con más energía y ver a qué nuevas aventura nos teníamos que enfrentar.

Aunque no eran muchos días como para hacer demasiadas cosas, mis padres me habían propuesto ir a ver la nueva casa y ayudarles un poco a terminar de abrir todas las cajas, ya que por fin estaban 100 % instalados. Pero los vuelos estaban caros, y Tyler tampoco iba a volver en estas vacaciones de primavera, porque se iba de viaje a Italia con sus amigos de la universidad. Así que, después de hablarlo con ellos, decidí quedarme en la academia.

—¿Seguro que prefieres quedarte? Podemos hacer las nueve horas en coche y recogerte —preguntó mi madre por teléfono.

—Sí, mamá. Además, son solo siete días. No tiene sentido gastar tanto dinero en un vuelo o en que hagáis cuatro viajes en coche de nueve horas, atravesando Reino Unido para tan pocos días.

—Está bien, pero prométeme que descansarás. No te pases el día en la cuadra o con Liberty y haz cosas con tus amigos —insistió.

—Lo intentaré —respondí, aunque ambas sabíamos que era una promesa que no iba a cumplir, dado que la academia iba a quedar casi vacía.

Cuando colgué, Brooke y Emily estaban en pleno proceso de hacer sus maletas.

—Si te cansas de estar aquí, puedes venirte conmigo unos días —dijo Brooke con una sonrisa.

—O conmigo —añadió Emily—, mis padres estarían encantados de que vinieras.

—Gracias, chicas, pero creo que aprovecharé estos días para estar tranquila aquí —dije, aunque me encantaba saber que tenía

amigas que se preocupaban por mí. Harper y Grace también volvían a casa, así que Alexander era el único que se quedaba por aquí. Bueno, y Charlotte, que tenía muchas ganas de visitar a sus padres en París, pero le habían dicho que mejor se quedara en la academia esos días.

Las acompañé hasta el coche, donde sus familias las esperaban. Me despedí de ellas con un fuerte abrazo y vi cómo se alejaban, como tantos otros coches llenos de alumnos.

Cuando volví hacia la residencia, me encontré con Jack en el camino.

—¿Listo para volver a casa y coger fuerzas para aguantarme otro trimestre más? —bromeé.

—¿Y tú ya tienes la maleta preparada para volver a casa? —me devolvió la pregunta.

—Me quedo aquí. Tenía ganas de volver a casa, pero siete días son muy pocos —contesté.

—Perfecto, entonces cambio de planes —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo que cambio de planes? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Mi casa está a treinta minutos de aquí. Puedo ir siempre que quiera, pero prefiero quedarme en la academia… contigo.

Me pasó la mano por detrás de la espalda y me apoyé en su pecho. No quedaba casi nadie, así que no me importó relajarme un poco. Me hacía sentir tranquila, segura.

—Este ha sido mi trimestre favorito desde que estoy aquí —confesó en voz baja.

Levanté la cabeza para mirarlo.

—Eres mi lugar favorito —susurré.

Y lo era. Jack se había convertido en alguien imprescindible, igual que mis amigos, igual que Liberty y cada momento en la academia.

¡NOS VEMOS EN EL PRÓXIMO TRIMESTRE!

Jack

Estaba montando en la pista cuando escuché un helicóptero muy cerca. No era algo normal. De hecho, era algo completamente fuera de lo común en la academia. No había aeropuertos cerca ni helipuertos; tampoco había escuchado ni visto aviones sobrevolar las instalaciones en estos años.

Mientras estiraba a Phoenix con las riendas largas y un trote relajado, Mike, que estaba también enfriando a su caballo, comentó:

—Se ve que una chica se ha caído mientras hacía intercambio de caballos en el campo de *cross*. Me lo acaba de decir Rob, que estaba ahí.

Me giré de inmediato hacia él.

—¿Qué? ¿Qué chica? ¿Cómo se llamaba? —dije, pensando que Olivia tenía que estar entrenando en ese preciso momento.

Mike frunció el ceño, como si le costara recordar.

—Mmm, me lo ha dicho, pero… no me acuerdo.

—¡Piensa, Mike! —le grité, empezando a ponerme cada vez más nervioso—. ¿Quién narices se ha caído en el *cross* como para que un helicóptero esté a punto de aterrizar aquí?

—Creo que montaba un caballo que se llamaba Winterland o Winterfil…

—¿Winterfell? —contesté sin dejarle terminar la frase, ya muy agobiado.

—¡Sí! ¡Ese!

—¡Joder! —exclamé mientras giraba a Phoenix y, sin pensarlo dos veces, salía galopando de la pista de salto dirección al campo de *cross*.

—¡Jack! ¿Pero a dónde vas? —escuché a Mike gritarme desde atrás, pero sus palabras apenas llegaron a mis oídos.

Volé con Phoenix. Llegué en tiempo récord a la pista de *cross*, con mi mente repitiendo una y otra vez: Olivia, Olivia, Olivia… Tiene que estar bien.

Cuando llegué, vi a Alexander pálido como un fantasma, y al lado tenía a Olivia, que estaba estirada en el suelo, inconsciente y con el brazo y el chaleco con manchas de sangre.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté casi gritando.

—Han cogido una mala distancia y Winterfell ha caído encima de ella. El salto no se ha partido, *non so perché* —balbuceó, temblando —. Yo pensaba que no le había pasado nada, porque Winterfell ha caído a su lado, pero… el estribo le ha hecho un corte bastante feo en el brazo y se ha desmayado.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Respira? —pregunté casi sin poder respirar yo.

—Sí, respira. Ahora se la van a llevar al *ospedale* en helicóptero para ver qué tiene —contestó, aliviado pero visiblemente preocupado.

El helicóptero aterrizó, levantando una nube de polvo que nos obligó a cubrirnos la cara. Los sanitarios bajaron corriendo con una tabla para inmovilizarla. Olivia seguía en el suelo, inconsciente, indefensa y con el casco y el chaleco puestos. Alexander había querido quitarle el casco, pero por suerte llegué a tiempo para gritarle que ni se le ocurriera. Eso debía hacerse en el hospital, después de comprobar que no tenía lesiones en la columna. Era una de las normas fundamentales en caídas a caballo o en moto, y yo lo había aprendido bien de mi madre.

Le di las riendas de Phoenix a Grace, que acababa de llegar corriendo. Su rostro estaba inundado de lágrimas al ver a Olivia, y parecía estar al borde del colapso.

—Relájate, Grace, es Olivia, va a estar bien —le dije, intentando sonar más tranquilo de lo que me sentía—. Ve con Phoenix y tranquilízate, te mantendré informada, prometido.

Asintió sin decir nada más.

Los sanitarios empezaron a pedir información. Alexander estaba tan conmocionado que apenas podía hablar, así que contesté yo sin pensarlo dos veces:

—Olivia Thorn, dieciséis años, primer año en la academia. Estaba montando a Winterfell, cuando no saltaron bien y la yegua cayó encima de ella después del salto.

Uno de los sanitarios asintió y me miró con seriedad.

—De acuerdo. Nos la llevamos al hospital de Northwood, que es el más cercano. ¿Algún adulto viene con nosotros?

—Yo mismo —dije sin dudar.

El sanitario me miró con escepticismo.

—¿Eres mayor de edad? —preguntó.

—Sí —mentí sin pestañear.

No podía dejar que Olivia se fuera sola o con algún profesor; quería estar con ella en todo momento. Cuando subieron la camilla al helicóptero, yo la seguí. Olivia llevaba un collarín, y los sanitarios estaban revisando su pulso y sus pupilas. Decían que parecía un desmayo provocado por el golpe, pero no podían descartar nada sin hacerle más pruebas en el hospital.

Justo cuando estaba abrochando el cinturón en el asiento que me habían indicado, Mrs. Sabina, que estaba un poco alejada del helicóptero y parecía al borde del desmayo, me miró muy seria.

—Señorito Hawthorne, no tiene usted permiso para subir a este helicóptero —gritó fuerte, pero su voz se entremezcló con el sonido de las aspas en movimiento.

Me giré hacia ella, fingiendo no oírla.

—No la escucho bien —dije en voz alta, mientras ponía mi mano detrás de la oreja, como si intentara captar su voz.

—¡Que se baje inmediatamente de ese helicóptero! ¡No lo volveré a repetir! —insistió, más fuerte.

La miré fijamente y grité con todas mis fuerzas.

—Venga aquí y bájeme usted misma.

Sabía que esta contestación me iba a costar cara. Tal vez una sanción, o un castigo como quitar hierbajos de las pistas durante un mes o incluso la expulsión directa. Pero no me importaba. No podía dejar a Olivia sola en esto.

Una vez aterrizamos en el techo del hospital, la bajaron del helicóptero tan rápido que apenas tuve tiempo de asimilarlo. Entramos por la puerta y, casi al instante, una enfermera me cogió por el brazo, sin dejarme pasar más allá de la sala de espera. Desde allí, pude ver cómo la llevaban en la camilla, rodeada de médicos que se movían sin parar a su alrededor, sus voces eran más bien murmullos, difíciles de entender.

Los vi iluminarle las pupilas con una linterna, revisar su cuello, su brazo, buscar heridas y cualquier indicio de dolor. Los sanitarios que habían estado con nosotros en el helicóptero hablaban rápido, explicando la situación:

—Llevaba casco y chaleco protector. La caída fue fuerte, pero los signos vitales han sido estables durante el traslado, aunque no sabemos por qué no despierta.

Cada palabra que conseguía descifrar me agobiaba más que la anterior. Estaba aterrado. Necesitaba saber que se encontraba bien, y por mi cabeza solo pasaban los peores escenarios posibles. Olivia era fuerte, lo sabía, pero verla allí, vulnerable, sin poder hacer nada, me estaba destrozando por dentro.

Las horas en la sala de espera fueron eternas. Intenté sentarme, pero mi cuerpo no me lo permitió. Caminé de un lado a otro, con las manos en los bolsillos y los puños apretados. La espalda me dolía de la tensión que tenía en todo el cuerpo. No tenía hambre, no había comido, y ya eran casi las seis de la tarde. Ni siquiera me molesté en buscar las máquinas expendedoras del hospital o el bar. Todo mi mundo se reducía a esa puerta cerrada que nos separaba.

Finalmente, después de lo que parecieron años, una enfermera salió y me indicó la habitación en la que ya podía entrar. Fui directo, casi corriendo.

Cuando abrí la puerta, la vi. Estaba acostada en la cama, con un cabestrillo en el brazo y algunos rasguños en la cara.

Parecía estar tranquila, se encontraba bien, y eso me dio un alivio inmenso.

Me acerqué despacio a la cama, cogí una silla y me senté junto a ella. Le coloqué un mechón de pelo y lo puse detrás de su oreja, nunca había estado tan cerca de ella. Le cogí la mano con cuidado, intentando no moverla demasiado, mientras rezaba a quien estuviera allá arriba que, por favor, se recuperara bien.

—Vas a estar bien, Olivia. Te lo prometo —murmuré, aunque parecía que me estaba convenciendo más a mí mismo que a ella.

No haberle dicho lo que sentía por ella antes de este accidente me estaba carcomiendo por dentro. En cuanto despertara, tenía claro que tendríamos una conversación pendiente. Sabía, además, que no iba a ser fácil para ella volver a saltar. Yo había estado en su lugar más veces de las que querría recordar. Las caídas podían romper algo más que huesos. Mentalmente, te podían bloquear si no las analizabas bien, y eso podía dañar mucho más la confianza en uno mismo que cualquier fractura de hueso.

La puerta se abrió de repente, y Mrs. Sabina entró en la habitación. Su rostro estaba tenso, seguía un poco pálida, pero más tranquila que cuando la había visto en la academia.

—Hawthrone, usted y yo ya hablaremos —me dijo, nada más entrar, con un tono que no dejaba lugar a discusión.

No respondí. Sabía que lo decía en serio y prefería hablar cuando se le pasara un poco el enfado.

Se acercó a la cama de Olivia y, sin prestarme atención, observó con atención el brazo de ella. Luego, se giró hacia mí y, tranquilamente, añadió:

—Acabo de hablar con los médicos. Olivia está bien, le han hecho varias pruebas. Solo tiene un corte profundo en el brazo y algunos rasguños. Nada grave, gracias a Dios. Esperan que despierte en breves, y si todo sigue así, podrá volver a la academia esta misma noche para descansar.

Sentí cómo un peso enorme se me quitaba de encima. No sé quién estaba ahí arriba, pero le agradecí por escuchar y por hacer que Olivia estuviera bien. Finalmente, solté un suspiro de alivio. Estaba bien, la habían revisado de arriba abajo, y no volvería a pasar lo mismo que con mi madre.

—Gracias —dije en voz baja.

Mrs. Sabina me miró de nuevo, esta vez con un toque de cariño.

—He llamado a la academia para que informen a sus compañeros. Estaban muy asustados. Y por su parte, Hawthorne…, más le vale quedarse quieto aquí. No haga ninguna locura más. Les recogeré en unas horas.

Asentí sin discutir. Mrs. Sabina salió de la habitación, dejándome a solas con Olivia.

Me relajé en el sillón de la habitación y empecé a pensar en cómo había cambiado mi vida desde que la vi aparecer por ese paddock aquella mañana. Empezaba otro año más en la academia y no podía dormir esa noche, así que me escapé temprano para que me diera el aire, buscando algo que me ayudara a despejar mi mente. Y ahí estaba ella, una chica que parecía totalmente fuera de lugar, pero que, al mismo tiempo, encajaba a la perfección en la academia.

Mi primer año había sido aburrido, sin motivación. Era el mejor lugar para aprender y mejorar, y sabía que mi madre estaría orgullosa de mí por estar aquí y aprovecharlo al máximo, pero no encontraba nada que me diera energía, esa chispa. Hasta que llegó ella.

Ahora, cada día quiero estar más aquí, porque ella está aquí.

Fui muy duro el trimestre pasado. Me lo reproché tantas veces durante las vacaciones de Navidad. Había cosas que me podría haber ahorrado, pero no podía volver atrás, solo me quedaba mejorar. De primeras, mi único objetivo en la academia era formarme, convertirme en el mejor jinete posible y salir de ahí lo antes posible para lanzarme al mundo real y empezar a vivir. Mis experiencias el año anterior habían sido poco interesantes y lo único

divertido había sido ver a Charlotte detrás de mí, intentando controlarme todo el día.

Pero Olivia… ella era diferente. No iba detrás de nadie. Era testaruda, determinada, inteligente, apasionada, y aprendió a saltar en cuatro días como si lo llevara en la sangre. Era perfecta.

Si alguien hubiera sido capaz de leer mi mente cada vez que estaba cerca de ella, habría sabido que quería besarla cada vez que la veía. Pero me contuve, una y otra vez, porque no podía permitirme el lujo de distraerme ni de distraerla.

Cuando finalmente despertó y por fin sentí un alivio total, nos recogió Mrs. Sabina para llevarnos de nuevo a la academia. La mayor parte del viaje de vuelta transcurrió en un silencio incómodo. Mrs. Sabina y Olivia intercambiaron algunas frases, pero Olivia estaba medio dormida, y yo no fui capaz de decir ni una palabra. Sin embargo, me quedé mirándola. Definitivamente, esta chica me tenía atrapado. No sabía qué había hecho para cautivarme de esta manera, pero lo había logrado. Me moría si la perdía.

Ella era mi lugar favorito, aunque, por el momento, no lo sabía.

Preguntas

Si has disfrutado leyendo este libro, quizás puedas responder a estas preguntas o comentarlas con tus amigas ecuestres:

1. ¿Qué tres disciplinas nuevas practican este trimestre?

2. ¿Cómo se llama el caballo de Grace?

3. ¿Cómo se llama la amazona de la poni pía llamada Harmony?

4. ¿De qué trabajaba la madre de Jack en la academia?

5. ¿Cómo se llama el poni con el que Jack corrió antes de tener a Phoenix?

6. ¿Qué es el *movie*?

7. ¿Dónde se dan el primer beso Olivia y Jack?

8. ¿Qué ejercicio tiene que aprender Liberty este año?

9. ¿Cómo se llama el caballo que monta Olivia de intercambio en completo?

10. ¿En qué parte del cuerpo se hace daño Olivia cuando se cae del caballo?

11. ¿En qué medio de transporte llevan a Olivia al hospital?

12. Dime dos salas que descubre Olivia en el ala oeste.

13. ¿Qué le regala Jack a Olivia para Liberty?

14. ¿De qué sala le deja las llaves Jack a Olivia?

15. Dime una norma de la Academia Rider que no puedan romper los alumnos.

16. ¿Quién acompaña a Olivia al hospital después de la caída?

17. ¿Quién es la entrenadora de Olivia?

18. ¿Quién monta a Liberty mientras Olivia no puede montar por la caída?

19. ¿Qué *reprise* tiene que empezar a hacer Olivia con Liberty este año?

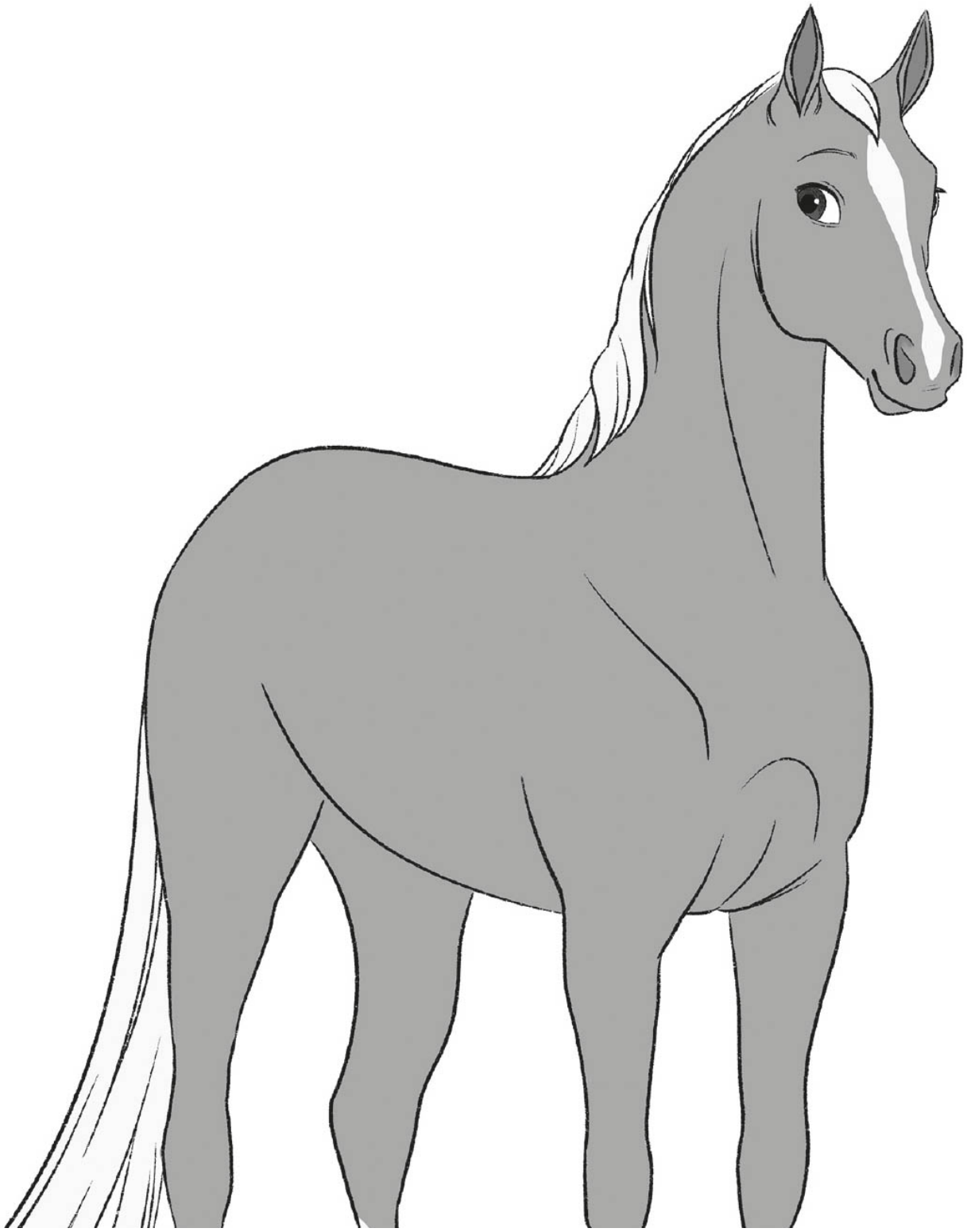
20. ¿En casa de quién hacen noche de chicas Brooke, Emily y Olivia?

DESCUBRE LAS RESPUESTAS Y MÁS SECRETOS SOBRE LA ACADEMIA RIDER:



¡Fichas *riders*!

Legacy



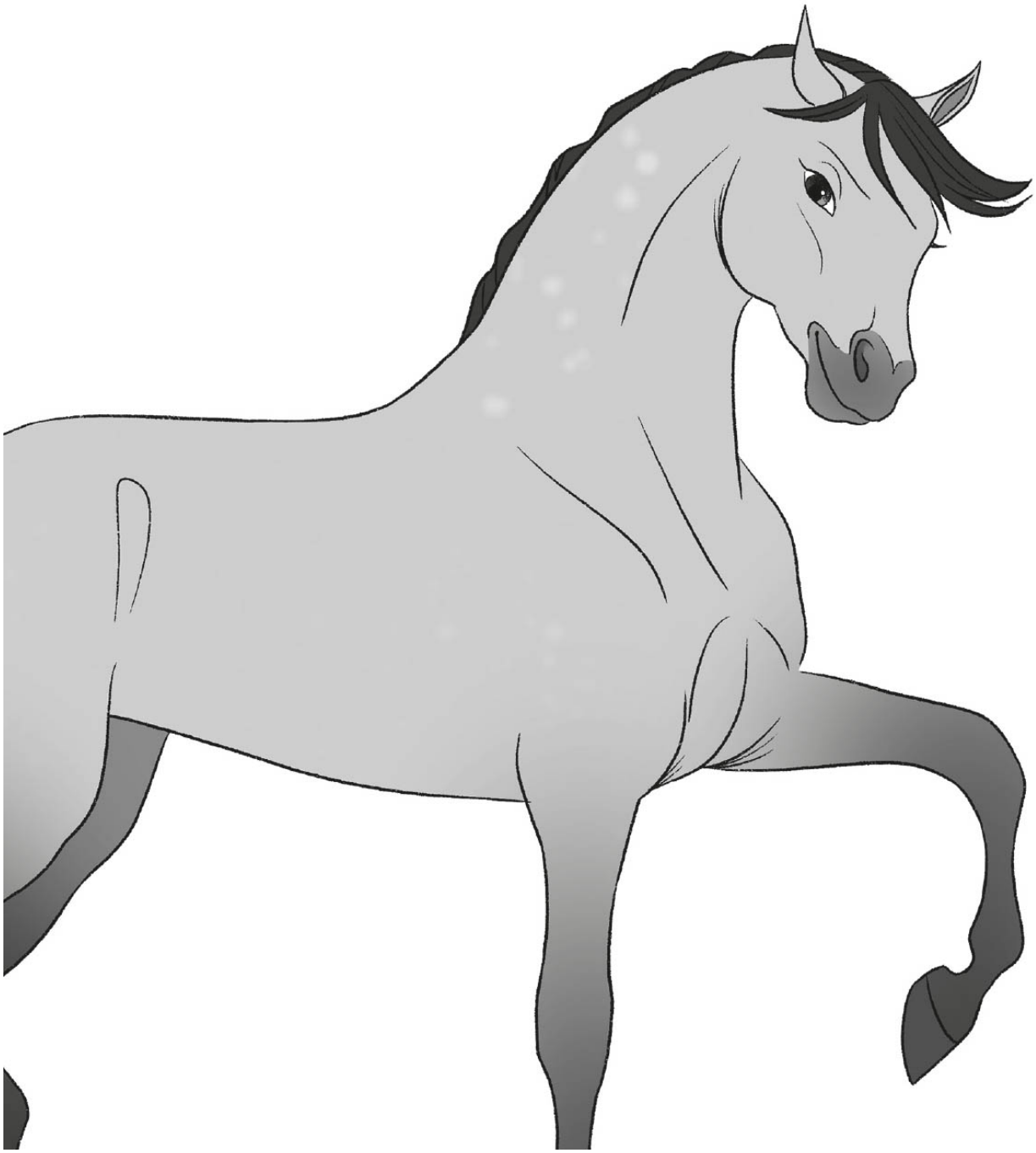
- **Nombre:** Legacy
- **Motes:** Legi
- **Raza:** *reiten german* poni
- **Capa:** palomina clarita, con crin y cola rubias casi blancas.
- **Lugar de nacimiento:** Reino Unido (UK), desde que nació, todo apuntaba a que Legacy sería un súper saltimbanqui. Sin embargo, sus primeros propietarios, que lo tuvieron hasta los diez años, no estaban seguros de si llegaría a ser un caballo o se quedaría tamaño poni. Por solo un centímetro, a los siete años logró ser medido oficialmente dentro de la categoría poni, con la altura perfecta. Fue unos años más tarde, cuando Erik, el tío de Jack, lo compró, justo cuando su sobrino tenía nueve años.

Los primeros años sirvieron para conocerse. Legacy era un poni rapidísimo, con muchísima energía, y a veces difícil de gestionar. Pero a partir de los diez años, cuando ya podían competir en la categoría de ponis D, no pararon de competir hasta llegar a lo más alto.

- **Personalidad:** ahora, ya más mayor, Legacy transmite confianza a todos los niños que lo montan. Sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Pero ¡cuando era joven, era un torbellino! El poni más rápido de todos. Si empezabas a tirarle de las riendas, él tiraba aún más y no dejaba de correr. Jack más de una vez había quedado eliminado de los concursos porque no paraba de dar vueltas y más vueltas a la pista sin poder parar, sin aún haber podido empezar el recorrido. No le gusta tocar ni un solo obstáculo, y probablemente podría haber seguido compitiendo en niveles altos, porque saltar es su gran pasión.
- **Estado:** castrado
- **Altura:** 1,47 cm
- **Edad:** 18 años
- **Disciplina:** salto de obstáculos
- **Marcas:** careto y cuatralbo

- **Nivel:** ha saltado grandes premios de ponis hasta uno con treinta y cinco centímetros. Actualmente, ha bajado de nivel y es un *school master* en la academia donde está cedido. Vive feliz en manada, en el campo, y cada día hace alguna cruzadita o saltos de hasta ochenta centímetros con los niños.
- **Comida favorita:** ¡las manzanas, sin duda!

Winterfell



- **Nombre:** Winterfell
- **Motes:** Winter
- **Raza:** *trakehner*
- **Capa:** torda, con crines negras
- **Lugar de nacimiento:** Winter nació en Italia, un país con mucha tradición en la disciplina de concurso completo. Desde pequeña estuvo compitiendo y cambiando de manos, viajando de un sitio a otro. Su carácter, fuerte y complicado, hacía que no siempre fuera fácil de domar, lo que provocó que pasara por varios jinetes. Todo cambió cuando el entrenador de Alexander, en Italia, decidió comprarla y se la dejó probar a Alexander de casualidad. Al ver que hacían *match* desde el primer día, y que se entendían a la perfección, no dudó en vendérsela. Desde entonces, su carácter mejoró y se volvieron un equipo imparable, aunque no han competido demasiado aún.
- **Personalidad:** tiene mucho carácter de yegua, es muy cabezota pero también extremadamente valiente. Justo lo que se necesita en el completo. Por todo lo que ha vivido, le cuesta confiar en los humanos, pero con Alexander ha encontrado su lugar seguro. Con él, se ha relajado y se siente protegida.

Es ligera, ágil, con un físico tonificado perfecto para su disciplina. Si algo no le gusta, no tiene problema en hacerlo notar. En los días que está en celo, se pone algo insoportable, pero Alexander ya la conoce bien y sabe que lo mejor es hacer una salida al campo, tranquila. Le da igual saltar una bala de paja, un río o un bidón oxidado, nunca ha rehusado un obstáculo. Eso sí, si te agarras demasiado a la cara…, ¡se enfada y corre más! Pero jamás tendrá un mal gesto.

- **Estado:** yegua
- **Altura:** 1,80 m
- **Edad:** 13 años
- **Disciplina:** concurso completo
- **Marcas:** ninguna

- **Nivel:** internacionales de una estrella
- **Comida favorita:** es muy especial con la comida. No le vale cualquier cosa…, pero lo que le pierde es el Horslyx.

Alexander Lombardi



- **Nombre:** Alexander Lombardi
- **Mote:** Alex
- **Edad:** 17 años
- **Cumpleaños:** 9 de septiembre
- **Color favorito:** verde pistacho
- **Descripción física:** Alexander es el prototipo de chico de la Toscana: alto, piel morena por el sol y pelo castaño muy oscuro, siempre va peinado a la perfección. Es extremadamente expresivo al hablar y gesticula mucho. Tiene un estilo al vestir muy personal, siempre se sale de la norma e intenta darle su toque único a cada *outfit*.
- **Años montando:** desde pequeño, Alexander tuvo claro que quería dedicarse al mundo del caballo, costase lo que costase. Entrar en la Academia Rider ha sido un gran logro para él, ya que ha tenido la oportunidad de formarse con los mejores aquí. Su idea es después volver a Italia con todo el conocimiento. Aunque su familia no pertenece al mundo del caballo, junto a su casa había una hípica a la que iba a ver caballos y a recibir clases desde que era niño. A los catorce años empezó a ir cada día, ayudaba a sus entrenadores en todo lo que necesitaran.
- **Caballos anteriores:** ha montado varios caballos a lo largo de su vida, aunque todos eran cedidos. Winterfell es su primera yegua en propiedad.
- **Comida favorita:** *pizza pepperoni*.
- **Aventura con caballos preferida:** Correr un buen *cross* en equipo por los viñedos de la Toscana.
- **Aficiones:** ir de compras.
- **Mejor concurso:** campeonato de Italia como junior.
- **Familia:** su familia vive en Italia. Alexander entró en la academia para seguir formándose como jinete y construir un buen futuro en la disciplina de completo. Su sueño es volver a Italia, tener su propia cuadra con caballos de competición, montar caballos de clientes y formar a jóvenes jinetes en completo.

- **Nacionalidad:** italiana

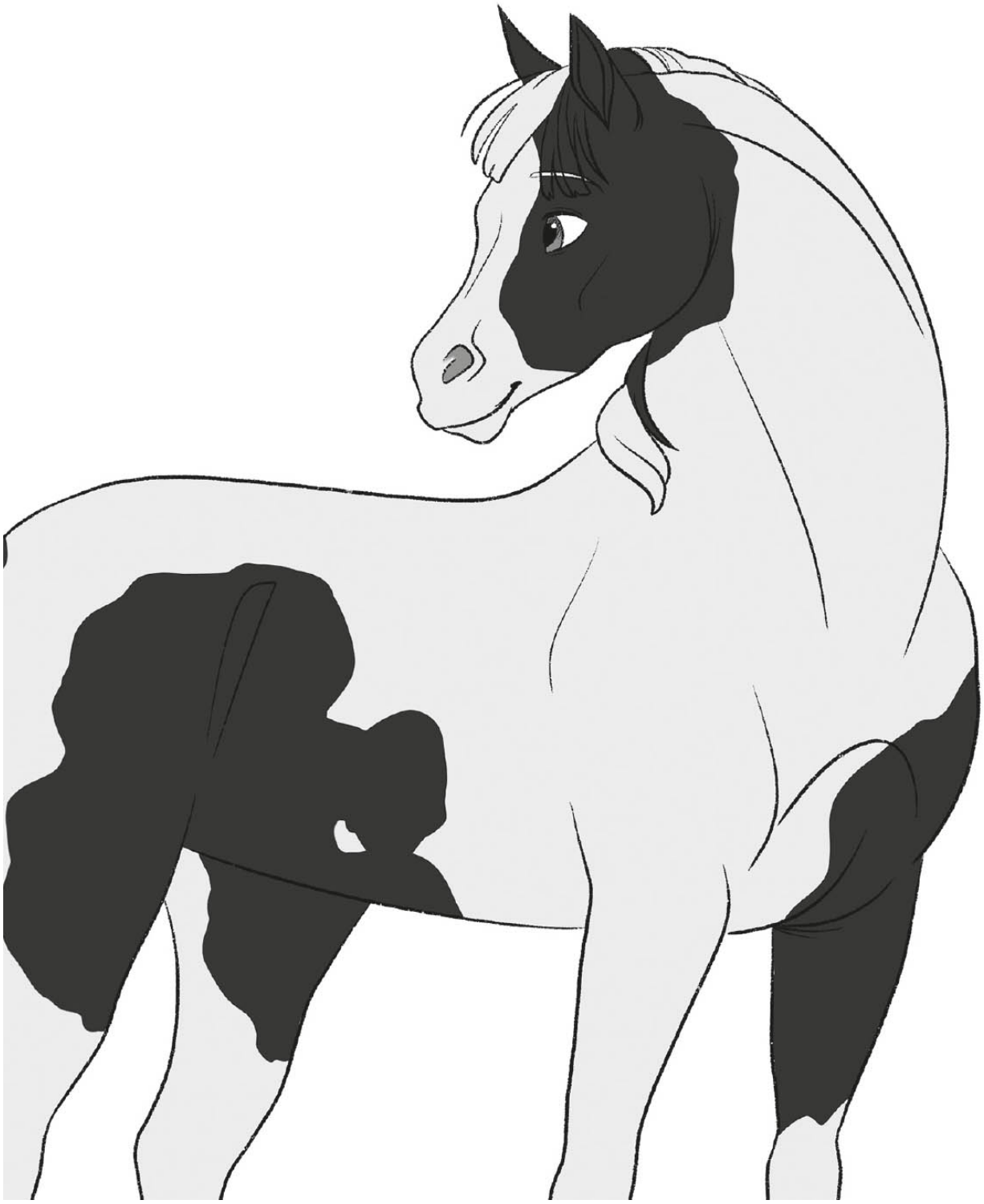
Harper Haugen



- **Nombre:** Harper Haugen
- **Mote:** Harpie
- **Edad:** 17 años
- **Cumpleaños:** 16 de febrero
- **Color favorito:** lila
- **Nacionalidad:** irlandesa
- **Descripción física:** Harper es pelirroja, con mucha cantidad de pelo, el cual siempre le cuesta mantener bien dentro de un moño y el casco para montar. Tiene la piel muy blanca, salpicada de pecas, y unos ojos verdes superexpresivos. Es bajita, y eso ha marcado también su camino como amazona: siempre ha tenido una conexión especial con los ponis, y ha sido domadora estrella en su casa desde pequeña.
- **Años montando:** lleva montando desde la infancia. Nació y creció en Cloverhill Equestrian Centre —la colina del trébol—, el club familiar en el sur de Irlanda que dirigen sus padres, tíos y hermanos. Allí, rodeada de ponis y niños aprendiendo a montar desde los cinco años, se ha formado como jinete, ha ayudado desde los catorce años en clases, ha domado ponis, ha participado en concursos y ha vivido el día a día de un centro hípico. Además, ha montado muchos caballos diferentes y pasado por varios ponis que marcaron su infancia y adolescencia: Latte, Rhapsody y Galaxy. Ahora, con diecisiete años, está dando el salto (nunca mejor dicho) a las categorías de caballos con una nueva adquisición muy especial. Pese a que en su hípica se practica de todo, Harper siempre ha destacado más en concurso completo y salto de obstáculos.
- **Aventura favorita a caballo:** correr a toda velocidad por los campos verdes infinitos de Irlanda con sus amigas del club.
- **Comida favorita:** le chifla el estofado irlandés, guiso típico con cordero o ternera y patatas que huele a casa y a domingo.
- **Aficiones:** cuando no está con un casco puesto, le encanta cocinar. Siempre es la primera en preparar desayunos, postres o improvisar una cena para sus amigas.

- **Mejor concurso hasta ahora:** El Campeonato de Europa de Ponis Junior en completo.

Harmony



- **Nombre:** Harmony
- **Mote:** Harmi
- **Raza:** *connemara*
- **Capa:** pía negra, con un sinfín de manchas que la hacen inconfundible desde cualquier rincón del campo.
- **Altura:** 1,48 cm
- **Edad:** 11 años
- **Estado:** yegua
- **Disciplina:** concurso completo
- **Líneas:** The Fugitive
- **Nivel:** categoría máxima en ponis (concurso completo)
- **Comida favorita:** Manzanas, siempre. Da igual cuántas haya comido, siempre hay hueco para una más.
- **Lugar de nacimiento:** Harmony nació en Irlanda, en Fernville Pony Stud, una conocida ganadería especializada en ponis *connemara*. Aunque venía de padres de talla no muy grande (prácticamente caballos pequeños), la vida en la manada no fue fácil. No le dejaban acercarse a los mejores pastos, y eso hizo que no se desarrollara del todo, por lo que se quedó justo en el límite de la categoría poni. Cuando tenía seis años, la familia de Harper estaba buscando nuevos ponis para incorporar al centro Cloverhill Equestrian. Durante una visita a Fernville, la vieron corretear entre los demás y hubo algo que les llamó la atención. Fue Harper quien más insistió en llevársela.

Desde el primer momento, Harper se encargó de su doma, aunque no fue un camino fácil. Harmony tenía tanta energía que, al principio, era casi imposible mantenerla al paso más de cinco segundos y Harper estaba aprendiendo a domar ponis. Pero, poco a poco, con paciencia y muchas horas de trabajo, Harper fue enseñándole a canalizar su velocidad, introducirse en el salto y en la disciplina de completo.

Viendo el vínculo que se había creado entre ellas, y todo el esfuerzo y cariño que Harper estaba poniendo, su familia tomó una

decisión muy especial: le regalaron a Harmony por su décimo cumpleaños.

- **Personalidad:** Harmony es una poni valiente hasta el extremo, con una energía inagotable y un corazón inmenso. Aunque no tiene la zancada larga de un caballo, lo compensa con potencia, rapidez y muchísima decisión. Siempre está lista para salir al campo, y si ve un obstáculo, no hay que decírselo dos veces, va directo a por él. Harper ya sabe perfectamente cómo leerla y cómo sacar lo mejor de ella.

Este año es muy importante para las dos. Harper ha cumplido ya los diecisiete, y solo puede competir en la categoría de ponis hasta los dieciséis, así que Harmony va a participar en algunos concursos más para enseñarla y buscarle un nuevo jinete. Aunque la idea de separarse duele, Harper sabe que Harmony, con la edad perfecta que tiene, tiene mucho por dar y que hay más niños que podrán aprender a volar con ella.

Grace Ellington

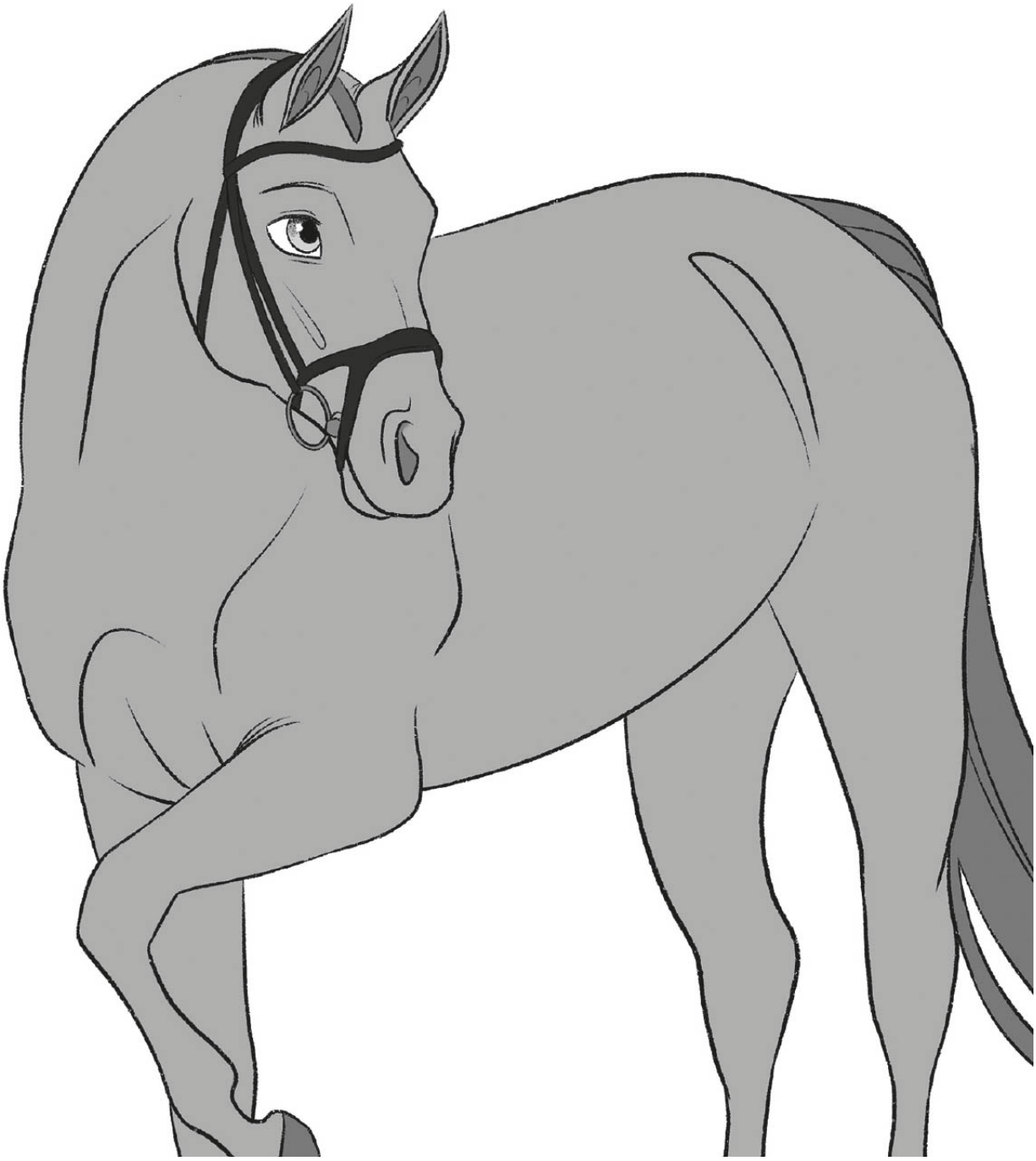


- **Nombre:** Grace Ellington
- **Mote:** Gracy
- **Edad:** 17 años
- **Cumpleaños:** 12 de diciembre
- **Color favorito:** naranja
- **Nacionalidad:** noruega
- **Descripción física:** Grace tiene el pelo rubio con mucho volumen y unos ojos azules claritos, casi transparentes. Es alta y cae muy elegante en el caballo.
- **Años montando:** aunque empezó «de casualidad», Grace lleva casi toda su vida subida a un caballo. Lo curioso de su historia es que no proviene de una familia de tradición ecuestre: sus padres, ambos médicos, apenas habían visto un caballo de cerca. Todo cambió cuando, con siete años, se subió por primera vez a un poni en una feria de pueblo. Desde aquel día, no paró de insistir para volver a montar, y sus padres, al ver su entusiasmo, comenzaron a llevarla a clases de equitación de manera regular.

  Grace ha probado todas las disciplinas imaginables: *pony games*, doma, polo, *horseball*, volteo… Sus padres pensaban que se le pasaría esta «fiebre por los caballos», pero fue justo lo contrario. Cada disciplina le enseñó algo nuevo, y eso le dio una perspectiva muy amplia de lo que realmente quería hacer: dedicarse al cien por cien al concurso completo. A los catorce años, tras años de trabajo, compromiso y muchas clases, sus padres comprendieron que esto no era una fase y le regalaron a Revolution, su primer caballo propio.
- **Caballos anteriores:** no ha tenido otros caballos antes de Revolution, aunque ha montado muchos en su proceso de formación, especialmente durante los años en los que probaba diferentes disciplinas.
- **Comida favorita:** salmón, especialmente cuando lo prepara su madre al horno con limón.

- **Aficiones fuera de los caballos:** además de su pasión por los caballos, Grace toca el piano desde pequeña.
- **Aventura ecuestre favorita:** una de las experiencias más increíbles y que siempre le encanta repetir es salir a galopar sobre la nieve.
- **Mejor concurso:** hasta ahora, su mayor logro ha sido competir en el Campeonato de Noruega de Concurso Completo.
- **Familia:** al principio sus padres estaban totalmente perdidos en el mundo del caballo, pero con el tiempo han aprendido a apoyarla en su gran pasión. La familia Ellington está muy unida, y aunque siguen sin entender del todo lo que significa una *reprise* o un *cross*, siempre están en las gradas animando.

Revolution



- **Nombre:** Revolution
- **Motes:** Revo
- **Raza:** purasangre inglés
- **Capa:** *isabelo*, con crines rojizas y unos ojos azul claro que hipnotizan.
- **Estado:** castrado
- **Altura:** 1,71 m
- **Edad:** 13 años
- **Disciplina:** concurso completo
- **Nivel:** internacionales a un metro de altura
- **Comida favorita:** fresas
- **Sitio de nacimiento:** Revolution nació en Noruega, fruto de un proyecto un tanto inusual de una yeguada que buscaba criar purasangres con capas llamativas (palomino, bayo, isabelo…), sin sacrificar la esencia deportiva de la raza. El objetivo era ofrecer caballos visualmente espectaculares para el mercado internacional a un precio elevado. Desde potro fue preparado para las carreras, y empezó a competir a los tres años. Sin embargo, en la pista no destacó: ni era el más rápido ni el más constante en cuanto a resultados.

Tras dos temporadas sin ganar ni una carrera, fue descartado rápidamente y vendido a bajo precio a un jinete sin mucha experiencia, que creyó que podría reconvertirlo en caballo de paseo. Pero Revolution no era un caballo fácil. Aquella etapa fue complicada, el nuevo dueño, sin las herramientas necesarias para canalizar su energía y nervio, sufrió varias caídas. Revolution terminó trasladado a una hípica, donde se practicaba concurso completo, la misma donde entrenaba Grace. Allí, su entrenadora decidió darle una segunda oportunidad. Con muchísima paciencia, entrenamiento constante y sin presionarlo, logró transformar a ese caballo asustado y que salía corriendo a la mínima que podía en un atleta con verdadero potencial para el completo.

- **Personalidad:** pie a tierra, Revolution puede parecer reservado e incluso desconfiado. Le cuesta comunicarse con otros caballos. No le gusta compartir espacio y prefiere estar solo en el prado. Sin embargo, una vez que tiene un jinete encima y entra en «modo trabajo», se transforma por completo: se vuelve valiente y decidido.

Tiene una capacidad de adaptación asombrosa. Si lo monta alguien que no tiene demasiada experiencia, se vuelve tranquilo y no pone un pie en falso.

Glosario

- **Arestines**.

Son unas bacterias que afectan a la piel de los caballos, sobre todo en la parte posterior de la cuartilla. También se conoce como «fiebre del barro».

- **Cambio de pie en dos tiempos.**

El cambio de pie es un ejercicio de doma. En dos tiempos significa que el caballo cambia de pie, primero cambia la mano y en el siguiente tranco cambia el pie, esto se considera incorrecto. Debería cambiar pie y mano al aire para considerarse correcto.

- ***Cavalettis***.

Son pequeños obstáculos utilizados para enseñar al jinete a saltar. Su altura es generalmente inferior a cincuenta centímetros.

- **Cinchuelo**.

Es una pieza de equipamiento utilizada para el trabajo a la cuerda o en ejercicios de volteo. Consiste en una cincha con asas para cogerte.

- **Cuadrilongo**.

El cuadrilongo es la delimitación de la pista rectangular utilizada en doma clásica, con medidas de cuarenta por veinte centímetros o de sesenta por veinte centímetros según el nivel. Está señalizado con letras en puntos específicos que sirven de referencia para ejecutar los diferentes ejercicios que hay en doma clásica.

- **Clonación**.

Técnica científica que permite crear un organismo genéticamente idéntico a otro, a partir de su material genético. En el mundo del caballo hay empresas que se dedican a esto, y solo es necesario un poco de piel para poder clonar un caballo.

- **Crionización**.

Proceso de conservación de células, tejidos o embriones a muy bajas temperaturas (-196 °C) mediante nitrógeno líquido. En el mundo del caballo, se usa para preservar semen y embriones, para conservar material genético y para la posterior reproducción.

- **FEI (Federación Ecuestre Internacional).**

Es la organización internacional que regula los deportes ecuestres a nivel mundial. Establece las normativas y está presente en todas las competiciones, como en los Juegos Olímpicos, campeonatos del mundo y campeonatos internacionales.

- **Filete *baucher*.**

Es un tipo de filete con anillas fijas y un brazo superior corto. Proporciona un efecto leve de palanca, ayudando a tener un poco más de control.

- **Galope en firme.**

Es galopar a la mano correcta, si vamos galopando a mano izquierda, la mano que más avanzará el caballo será la izquierda, que queda en el interior.

- **Galope entrocado.**

El caballo galopa con la mano y el pie contrarios a los que serían correctos; es decir, si vamos galopando a mano izquierda, el caballo lleva adelantada la mano derecha en lugar de la izquierda.

- ***Hunter***.

Disciplina más conocida en Norteamérica, la principal diferencia con el salto es que se puntúa más la elegancia, presentación y posición del jinete, antes que la velocidad. El equipamiento del jinete suele ser más tradicional con americana y pantalones color *beige*.

- **Hierro *Pessoa***.

Embocadura con varias anillas para poner las riendas en diferentes posiciones, lo que permite variar la intensidad del efecto de palanca. Se usa normalmente en disciplinas como el salto.

- **Línea de cuarto.**

Es una línea imaginaria que divide la pista, sería trazar una línea paralela a la línea central, entre esta y la pared.

- ***Longuer***.

Es la persona encargada de dar cuerda al caballo en la disciplina de volteo, controla la velocidad y el diámetro del círculo.

- **Poni A.**

Ponis con una altura máxima de ciento diez centímetros a la cruz. Son la categoría más pequeña, quitando los caballos miniatura, y normalmente se usan para iniciación o para tirar de pequeños carruajes.

- **Poni B.**

Ponis que miden entre ciento once centímetros y ciento treinta centímetros a la cruz, ya son ponis un poco más grandes, adecuados para niños.

- **Poni C.**

Ponis con una altura entre ciento treinta y un centímetros y ciento cuarenta centímetros a la cruz. Ya no parecen tan ponis, son más estilizados.

- **Poni D.**

Máxima altura de ponis con una altura entre ciento cuarenta y un centímetros y ciento cuarenta y ocho centímetros a la cruz. Si el poni lleva herraduras, la altura máxima son ciento cuarenta y nueve centímetros.

- ***Show pony*.**

Es una disciplina en la que los jinetes tienen la oportunidad de exhibir a sus caballos y ponis. Las clases se dividen en diferentes secciones (montados y a la mano), y existen diferentes categorías según la edad, tipo o raza. Se evalúa la belleza del poni y la presentación.

- ***Springpaard*.**

Término holandés que significa «caballo de salto». Se refiere a caballos especialmente criados y entrenados para competiciones de salto.

- **Tijerillas.**

Accesorio que normalmente se usa en potros, salto y completo. Se constituye por dos tiras de cuero enganchadas al pechopetral o a la cincha, con dos anillas en los extremos, por las que se pasan las

riendas, de manera que, cuando el caballo quiere subir mucho la cabeza, se encuentra con un tope.

- **Zanjas.**

Obstáculos naturales o artificiales en una pista de *cross* o salto que simulan fosos. Es un agujero en el suelo de diferente amplitud y profundidad.